

PUNTO ROJO
LIBROS

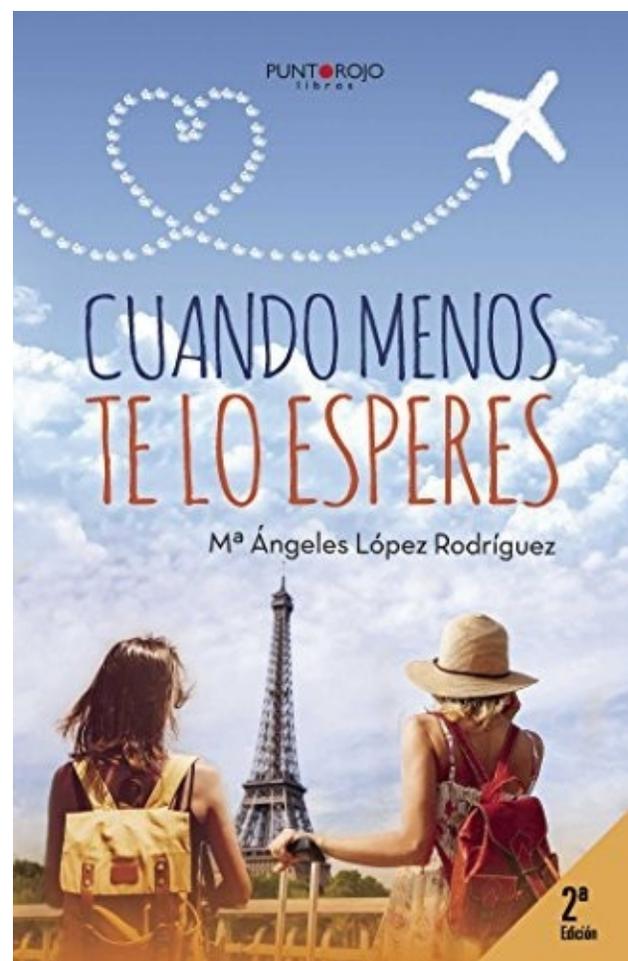


CUANDO MENOS TE LO ESPERES

M^a Ángeles López Rodríguez



2^a
Edición



Cuando menos te lo esperes

Una obra original de

Mª Ángeles López Rodríguez



Título original: *Cuando menos te lo esperes*

Primera edición: marzo 2016

© 2016, Mª Ángeles López Rodríguez

Diseño de la portada: Patricia Acinas Prada

Estilo y corrección ortográfica: Rocío López & Adrián Giménez

ISBN: 978-1530281336

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni ser registrada o transmitida utilizando ningún sistema de recuperación de información, en ninguna forma o medio, ya sea mecánico, electrónico, magnético, por fotocopias o por cualquier otro sin permiso expreso de su autora.

Diríjase a www.mariaang eleslopezrodrig uez.com si necesita reproducir algún fragmento de esta obra o de la imagen de la portada.

TABLA DE CONTENIDOS

[david y maría](#)

[rebeca](#)

[álvaro](#)

[todos](#)

[álvaro y rebeca](#)

[david y maría](#)

[todos](#)

[Sobre la autora](#)

[Agradecimientos](#)

A mi familia,

que aún en la distancia,

siempre está conmigo.

¡Os quiero!

Cuando menos te lo esperes

david y maría

david

Las bodas lo cambian todo...

Y precisamente eso es lo que sucedió cuando mi mejor amigo, Marcos, me llamó hace unas semanas. Para ponerlos en situación os puedo contar que hemos pasado la vida juntos y que no hay un solo recuerdo desde mi infancia en el que Marcos no esté presente. Mi primer día de colegio, el recreo en quinto curso en el que me rompí la muñeca, nuestra primera borrachera, las primeras vacaciones de desfase total en Ibiza a los dieciséis... y podría continuar con el día que decidimos abrir nuestra propia agencia de publicidad y llegar hasta esta misma mañana, mientras desayunábamos juntos en el bar de Carlos, debajo de la oficina. Por eso, volviendo a lo que os decía al principio, si tu mejor amigo te llama, cuando podría caminar los escasos tres metros que separan su despacho del tuyo, es porque no sabe cómo contarte hasta qué punto su vida y la tuya, aunque sea de rebote, están a punto de ser arrolladas por un tsunami llamado “compromiso”.

—Hola tío —me saludó Marcos inocentemente cuando respondí al teléfono.

—Marcos, ¿qué pasa? ¿Cómo ha ido la comida con los clientes?

—Todo bien, pero no te llamo por eso. Ana quiere que te invite el domingo 28 de agosto a una barbacoa en casa de sus padres —me propuso con una voz divertida.

—Aún quedan dos semanas, ¿por qué me avisas con tanta antelación? ¿Me estoy perdiendo algo?

No habrá sido su cumpleaños o algo por el estilo, ¿no?

—Más bien algo por el estilo. Vamos a anunciar nuestro compromiso.

—¿Qué? Espera, espera —de repente estaba hiperventilando y necesitaba respirar profundamente.

—David, ¡espabila! Tío, ¡me caso!

Y una vez soltó esa bomba de relojería, ¡me colgó! Así como si nada. ¿Os lo podéis creer?

Tu mejor amigo decide que se casa y de lo primero que eres consciente es de que, después de años de vidas paralelas, tu hermano de vida ha tomado la primera decisión importante de su existencia sin contar contigo. Así que en lugar de alegrarme, empecé a experimentar una serie de emociones completamente desconocidas para mí hasta ese momento. En cuestión de segundos, empapado de un sudor frío que me mantenía pegado a mi escritorio como una estatua de hielo, empecé a luchar contra una retahíla de sentimientos absurdamente contradictorios y desconocidos. Pasaba del rechazo a la incompreensión, de la rabia a la envidia, de la estupefacción al miedo.

De repente, una gran verdad me golpeó duramente y fue como si Obelix hubiera dejado caer sobre mis hombros un dolmen de 600 kilos. ¡Adiós a nuestros días de salvaje soltería! Mi amigo Marcos, que el mayor compromiso que había asumido en su vida había sido el contrato de permanencia con la compañía telefónica, me abandonaba para casarse con Ana. ¿Por qué no podían seguir viviendo juntos?, ¿qué diferencia había? Mi subconsciente se debatía en una auténtica batalla campal y el pánico que me invadía se materializó en el recuerdo de las sabias palabras de mi adorable abuela, que siempre me decía: “David, cuando una manzana se pudre, hay que tirar el cesto”. Y por si no tenía suficiente, podía escuchar alta y clara la implacable sentencia de mi madre: “hijo, ya te lo dije, a cada cerdo...”. Vamos, que si Marcos se casaba, al que le iba a llegar su San Martín era a mí.

Tras el miedo, en la espiral de los sentimientos en la que me hundía cada vez más, alcancé el bucle de la autocompasión. ¿Cómo me podía estar pasando esto a mí? No es por presumir, pero tengo treinta y cinco años, soy mi propio jefe y vivo en mi propio apartamento, lo que me permite disfrutar de la independencia que cualquier soltero necesita.

Y es que, a pesar de que mi “cama” ha visto desfilar a un buen número de bellezas en los últimos años, la noticia de Marcos despertó en mí el sentimiento más vil que un ser humano puede padecer: la envidia. Porque en el fondo, yo sabía que Marcos había encontrado a esa persona con la que despertarse el resto de su vida.

En lo que a mí respectaba, hasta ahora la búsqueda de “mi otra mitad”, ésa de la que tanto habló Platón

en *El banquete*, había sido un fracaso continuo.

Siempre me gustó ser el primero en todo, así que a los diecinueve años quise ver en Esther el amor de mi vida. Nos conocimos en la cafetería de la universidad y podría engañaros diciendo que me fulminó su mirada, que me enamoré de su belleza interior, pero lo cierto es que Esther era lo que se conoce como una “tía buena” y a esa edad, más que nunca, se piensa con la polla. El sexo con ella era genial, lo hacíamos en todas partes. Así que pasados tres meses, me dije a mí mismo “¿qué más se puede pedir?”, y me embarqué en una relación seria que convirtió el sexo espontáneo y fortuito en comidas los domingos en casa de mis suegros. Dos años más tarde, mientras los muchachos se divertían, emborrachaban y empalmaban una juerga con otra, yo jugaba a ser adulto, intentando afrontar la peor noticia que podía recibir a los 21: Esther estaba embarazada, o eso pensábamos. Y

ése fue el principio del fin. Imagino que ser conscientes de la responsabilidad que debíamos afrontar fue tan grande que, al ver que la prueba de embarazo daba negativo, sentimos un alivio que hizo aflorar la auténtica realidad, ya no sentíamos nada el uno por el otro.

Imagino que aprendí la lección temprano ya que, desde entonces, he estado con muchas mujeres, pero no me he vuelto a engañar a mí mismo confundiendo sexo con amor. El sexo es siempre bienvenido pero las relaciones, no.

En los últimos años, he visto caer en las redes del matrimonio a muchos de mis amigos, pero nunca me importó porque siempre podía contar con Marcos. Y lo digo en pasado porque una nueva llamada suya me sacó de mis cavilaciones y dio paso a un nuevo tsunami:

—David, Ana quiere que me confirmes si vendrás solo, ¿qué dices?

Y en ese preciso instante fue cuando la decisión de Marcos empezó a modificar el devenir de mi existencia. No es que la maldita pregunta hiciese replantearme la escala de valores por la que felizmente me regía desde hacía años, no. Lo único que ocurría es que sabía reconocer un reto cuando lo veía y Marcos me estaba desafiando a conseguir una chica a la que poder llevar a un acontecimiento como aquél.

—Si estás insinuando que no conozco a ninguna mujer que me quiera acompañar a tu fiesta de compromiso, estás muy equivocado.

—Estoy seguro de que cualquiera de tus últimas amiguitas estaría encantada de acompañarte aunque, si lo haces, igual piensan que quieres algo más serio. Además, no creo que ninguna de ellas te haga quedar muy bien delante de mis suegros y nuestros clientes más importantes —añadió Marcos con sorna.

—No tienes que recordarme de dónde viene tu familia política. Pero como mi mejor amigo que eres, deberías tener un poco más de fe en mí. Aún quedan dos semanas para el gran día y te apuesto lo que quieras a que acudiré del brazo de la combinación perfecta entre una primera dama de los EEUU y una top model internacional.

—Estoy deseando que llegue el momento y verlo con mis propios ojos.

El tiempo pasaba volando y ya solo quedaban setenta y dos horas para que se cumpliera el plazo.

Aunque aún no había encontrado a la mujer adecuada que me acompañase a la fiesta de compromiso de Marcos, tenía dos opciones. Podía rendirme, asumir la derrota y dar a Marcos un motivo para machacarme los próximos meses, o bien, podía luchar hasta que el árbitro pitase el final del partido.

O lo que es lo mismo, tirar de agenda y probar suerte. Por mucho que Marcos me tomase el pelo, entre todas las mujeres que habían pasado por mi vida, tenía que haber más de una que estuviera encantada de acompañarme.

Con mi venerada Biblia de soltero en la mano, hice una short list con los mejores contactos que encontré en la agenda, tras lo cual decidí empezar llamando a Marta. Éramos muy amigos en la universidad y tras dejarlo con Esther fuimos folla-amigos hasta que todo terminó cuando ella se lio con un tipo mayor. Con la moral muy alta, marqué el número de su casa y tras varios tonos una voz femenina respondió desde el otro lado de la línea telefónica:

—Buenos días. ¿Podría hablar con Marta, por favor? Soy David, un compañero de la universidad.

—Supongo que está de broma. Mi hija terminó la universidad hace años.

—Disculpe, creo que me he explicado mal, lo que quería decir es que somos amigos desde la universidad. ¿Está ella en casa?

—¿Y dice que son amigos? Permítame que lo dude. Si así fuera sabría que mi hija Marta no vive aquí desde hace más de cinco años.

¿Más de cinco años? Tirando de mi encanto natural conseguí que la madre de Marta se relajara y me contara que Marta se había ido de casa cuando se casó y que acababa de tener su segundo hijo, un bebé que ya tenía ocho meses.

La siguiente en la lista de muy probables era Sonia y como me sentía muy osado y estaba casi seguro de que iba a aceptar en cuanto le hiciera la propuesta, decidí dejarla para el final. La verdad era que me picaba la curiosidad, y mi espíritu de cazador de las cavernas me llevaba a querer explorar todas las posibilidades.

Con Sonia sentada en el banquillo de suplentes, decidí que era el momento de probar suerte con Patricia y Lucía. Dos llamadas, dos negativas. Igual no era mi día de suerte. Patricia parecía algo dolida por el modo en el que lo dejamos. Según ella, cuando le dije que la llamaría no pensaba que iban a pasar años... y Lucía, en cuanto respondió a mi llamada, me espetó:

—Ni te atrevas a preguntármelo. Acabo de hablar con Patricia y para tu información desde que nos dejaste somos muy amigas.

¡Qué agresividad! Con el convencimiento de que nunca fundarían mi Club de Fans, pensé de nuevo en Sonia. Era el momento de sacarla al terreno de juego. ¿O no lo era? La puerta de mi despacho se abrió de repente y ahí estaba de nuevo Marcos preguntándome con sorna:

—¿Ya has encontrado víctima? Te recuerdo que el domingo es el gran día.

—Y yo te recuerdo que eres un capullo.

—¿Tomamos algo? —preguntó cambiando de tema.

—Está bien. Espérame en el bar de Carlos.

—Ok, recojo y te veo allí en veinte minutos.

Mientras ponía en orden el escritorio, de repente apareció ante mis ojos la solución perfecta a todos mis problemas. La había tenido delante de mis propias narices todo el tiempo.

Escrito en rojo, con un círculo señalando las 10:00 horas, lo decía bien claro: “Llamar a la agencia de comunicación”.

Claro, ¡cómo había sido tan estúpido! ¡María! Ella era la solución. Excitado ante la idea de oír su voz una vez más, caí en la cuenta de que podría ser la oportunidad perfecta para conocer a la misteriosa María.

Estaba decidido. “Solo tengo que marcar su número y convencerla para que venga a Sevilla este fin de semana”, me dije mientras una vocecilla trataba de hacerse oír más allá de mis pensamientos:

“¿de verdad crees que una cita a ciegas es una buena idea?”.

Como de costumbre, hice oídos sordos a mi conciencia e insistí en que no había nada mejor que el placer de una victoria ante Marcos. Eso sin contar que el placer de tener, por fin, a María cerca, muy, muy cerca quizás fuera mucho mayor.

maría

Era viernes, por la tarde para ser más concretos, y aunque la mayor parte del país ya había empezado a disfrutar de un merecido fin de semana, yo seguía en la oficina contando los minutos para salir huyendo del radio de acción manipulador de mi querido jefe, el Sr. Ríos. No es que tuviera ningún plan en mente, más bien todo lo contrario... Tenía pensado dedicar todo el fin de semana a revolcarme en mi propia desgracia y “celebrar”, en completa soledad, que seguía soltera. No me malinterpretéis. No soy una de esas feministas exacerbadas que odia a los hombres, más bien todo lo contrario. Era solo que mi última y decepcionante relación hacía un año que había tocado a su fin y tenía pensado pasar el aniversario de mi libertad tirada en el sofá, rodeada de los únicos miembros del género masculino que nunca me fallan: los romances de película y el chocolate.

Cada vez más segura de que el Sr. Ríos solo trataba de hacerme recuperar la media hora de retraso del día anterior, (versión oficial, el metro se estropeó en un túnel vs. versión real, se me pegaron las sábanas otra vez), me levanté para dejarme ver por su despacho, esperando que se apiadase de mí y diera el visto bueno al plan estratégico que le había presentado esa misma mañana, para así poder

“largarme” a casa de una vez.

Sin embargo, la voz de Pablo Alborán que salía de mi bolso me hizo frenar en seco y recé para que no fuera mi madre, ni nadie que pudiese arruinarme el fin de semana. Sorprendentemente, lo que vi en la pantalla de mi nuevo iPhone me subió la moral al tiempo que me preguntaba: “¿qué querrá David un viernes por la tarde?”

Para que entendáis mi pregunta, os pondré en antecedentes. Conocí a David a causa de un cruce de llamadas provocado por la vulgaridad del apellido que comparto con la mitad de la población de este país, pero sobre todo gracias a la caótica vida amorosa de la recepcionista de mi empresa, que vivía en las musarañas de 9 de la mañana a 6 de la tarde. Durante meses, cada vez que David llamaba preguntando por Mercedes Gómez, la recepcionista me pasaba la llamada a mí, María Gómez. Y

llamada tras llamada, entre risas y confusiones se fue creando una cierta curiosidad entre nosotros y, por qué no decirlo, un tonto que le había llevado a proponerme, en más de una ocasión, y cada vez con más insistencia, que nos viésemos para “salir de dudas”.

A sabiendas de que la curiosidad mató al gato, quise saber qué se traería entre manos en esta ocasión y respondí a su llamada más contenta de lo que debería, sobre todo teniendo en cuenta la depresión transitoria en la que me encontraba hasta hacía unos segundos:

—Hola David, ¿cómo va?

—Bien, bien, ¿y tú? ¿Cómo te pillo?

—La verdad, aún estoy en la oficina —le dije haciéndome la interesante—. Estoy hasta arriba de trabajo. He suspendido una cena a última hora porque no doy abasto.

—Pues igual te he llamado para nada —me dijo con atractiva y profunda voz.

—¿A qué te refieres?

—A riesgo de parecer desesperado, te llamaba porque me encantaría que pasaras el fin de semana en Sevilla.

—¿Este fin de semana?

—Verás, estaba aquí, sentado en mi despacho, compadeciéndome de mí mismo un rato...

—Permíteme que lo dude...

—Es completamente cierto... Mi mejor amigo celebra su fiesta de compromiso este fin de semana

y de repente me ha dado por pensar que esas fiestas son muy aburridas y que están llenas de parejas estiradas y mustias...

—Y te has acordado de mí...

—¡Precisamente! Me he acordado de ti y de lo divertido que podría ser pasar el mal rato contigo.

—Pero, ¿tendrás cara? Es una locura, no conozco a tu amigo y además nadie me ha invitado.

—Eso no es verdad... Mira tu correo electrónico.

Y por arte de magia en la bandeja de entrada de mi buzón apareció un email cuyo asunto rezaba:

“Te necesito. ¡Di que sí!”. Ante una cosa así, ¿quién podría negarse? Pero decidí hacerme un poco de rogar aunque me estuviese muriendo por salir pitando de la oficina y olvidarme del fin de semana de encierro voluntario que había programado.

—Solo es una reunión de amigos. No corres ningún peligro, habrá mucha gente. Te puedes quedar en casa, por supuesto, aunque si lo prefieres, puedo reservarte una habitación en un hotelito que hay aquí cerca —insistió desesperado por obtener una respuesta rápida.

—Espera que lo piense. Tengo mucho trabajo como te dije antes y no sé a qué hora voy a terminar hoy —le respondí para no parecer desesperada y aceptar a la primera de cambio.

—María, esta vez no aceptaré un no por respuesta. Por favor... Además, te vendrán bien un par de días para despejarte. Venga, ¡dime que vendrás! —era como un niño de tres años pidiendo a su mamá que le dejase cinco minutos más en el parque. Y eso le hacía parecer aún más atractivo.

—Uhm... de acuerdo, pero saldré mañana temprano. Espero que estemos a tiempo para asistir a esa famosa reunión de amigos.

—Tranquila, es el domingo. Mañana aprovecharemos para conocernos y ponernos al día.

—Entonces decidido. Te aviso cuando sepa a qué hora llegaré.

—María —me dijo casi susurrando—, gracias por aceptar. No sabes cuántas ganas tengo de verte por fin.

Y ese “por fin” me sonó a promesa... No me lo podía creer. ¡Me iba a Sevilla!

Aunque pueda parecer una locura y sonar algo trivial, en la era de Internet, Facebook, WhatsApp..., he resistido a la tentación de buscar a David en la red. No quería romper la magia y descubrir que, tras su increíble voz, típica de un príncipe azul, se escondía un auténtico sapo. Y no del tipo de sapo que se despierta con un beso mágico, precisamente.

De camino a casa aproveché para llamar a mi amiga Rebeca. Marqué su número tan rápido como

mis dedos fueron capaces pero, para variar, saltó su maldito contestador. Y no es que me extrañase lo más mínimo porque ocho de cada diez veces que la llamas, ¡ella no contesta! Así que desafiando a la estadística me propuse tirar abajo la línea y seguí llamándola hasta que tras un timbrazo, dos, tres, cuatro...

—¿Se puede saber qué te pasa? Estaba en la ducha.

—Por fin contestas... Tengo algo que contarte.

—¿No era éste tu famoso fin de semana de encierro?

—Sí, sí, sí... —le dije súper alterada.

—María, ¿puedes tranquilizarte y contarme qué es lo que me tenías que contar con tanta prisa?

—Acabo de hablar con David, el tío de Sevilla, y me ha propuesto pasar el fin de semana con él y, además, me ha invitado a una fiesta que organizan unos amigos suyos.

—Así que el misterioso David ataca de nuevo, ¿eh? —me provocó en un intento de ver cómo reaccionaba—. Desde luego es mucho mejor que pasarse dos días sin hacer nada. ¿Cuándo te vas?

—Mañana a las 8:30 y todavía tengo que hacer la maleta. Y eso me recuerda que tengo la mitad de la ropa sucia, así que tendré que ir de compras —dije consciente de que estaba empezando a hablar cada vez más rápido—. Rebeca, estoy histérica. ¡Si nunca nos hemos visto! ¿Qué pasará si al verle es un tipo desagradable y no me gusta nada?

—Por partes... Primero, no te preocupes por la ropa. Por lo que me has contado hasta ahora de él, no creo que le importe mucho cómo te vistas. Me apuesto lo que quieras a que prefiere que no lleves nada encima —y se hizo el silencio al otro lado de la línea mientras Rebeca esperaba una reacción por mi parte, que obviamente no iba a llegar—. Y en cuanto a si te gustará cuando le veas... Me juego el cuello a que es tu tipo.

—No le habrás buscado en Internet, ¿no? —le pregunté haciéndome la ofendida, aunque en realidad me moría de ganas por hacerlo yo misma—. Y ahora te dejo antes de que tu mente calenturienta me haga pensar cosas que no son.

—Está bien. Bromas aparte, deja que te dé un pequeño consejo: déjate llevar aunque solo sea para saber lo que se siente, ¿vale?

—Lo intentaré pero no te prometo nada. Anda, deséame suerte.

—No la necesitas... sobre todo si llevas algo sexy —y me colgó dejándome sola con mis pensamientos y con un millón de cosas que hacer y que preparar para un fin de semana inesperado.

david

Tras unas cañas rápidas en el bar de Carlos, nos fuimos directos a la casa que compartían Marcos y Ana. Como preludio de su fin de semana “de compromiso”, Ana había organizado una minireunión

con los más íntimos y a la que también se apuntó su hermano Juan, un abogado laboralista muy reputado en Sevilla, que tras el divorcio se dedicaba a volar de flor en flor.

Nada más llegar Ana besó a Marcos con pasión y me vi obligado a acallar una punzada de envidia.

—Y para mí, ¿no hay nada? —le piqué.

—No te pases —saltó decidido y entre bromas Marcos.

—Pues claro que sí. Ven aquí —y me plantó un abrazo de hermana mayor que me hizo sentir como en casa.

—Gracias por la invitación preciosa —le dije devolviéndole el abrazo.

—No me lo agradezcas. No he tenido tiempo de cocinar y he encargado pizza para todos.

Poco después apareció el repartidor de la pizzería con dos cajas inmensas y humeantes, así que nos sentamos a cenar. Imagino que Ana pensó que ése era el momento idóneo, así que con una cara de “no te vas a escapar” que muchos agentes de la CIA ya quisieran empezó su ataque directo:

—Dime, David, ¿qué tal ha ido la búsqueda de la pareja ideal?

—¿Tú también...? Pensaba que esto era algo entre Marcos y yo.

—¡Qué dices! Todos seguimos tus aventuras con curiosidad —apuntó el hermano de Ana.

—Bueno, pues ahí va la buena nueva. Mañana llegará María.

—¿Quién es María? —quiso saber Ana mirando inquisitivamente a su futuro marido.

—¿La misma María que no quiso venir en Semana Santa? —me miró Marcos incrédulo en busca de confirmación. Y volviéndose al resto continuó con su explicación—. María trabaja en Madrid. Se conocieron por un cruce de llamadas que al parecer ha sido más oportuno de lo que imaginé al principio.

—¡Ah! Ya lo recuerdo. Me lo contó Marcos —y dirigiéndose a su hermano, Ana prosiguió lo que su chico había empezado—. Debe ser la única mujer en este país que le ha dicho que no alguna vez.

Por cierto, ¿cómo la has convencido justo ahora?

—Espera, no contestes —pidió Juan muy interesado en el tema—. ¿Pretendes decir que vive en Madrid y que va a venir hasta aquí a la fiesta de compromiso de éstos? ¿Es que no hay en Sevilla una sola mujer que te aguante?

—Juan, eso no es lo mejor —intervino Marcos—. Mañana será la primera vez que se vean las caras —agregó disfrutando como un niño.

Al parecer a todos les divertía de lo lindo la situación. No era algo raro, ya que yo solía ser el centro de todas las bromas a causa de mi agitada vida sexual. Pero tenía que reconocer que ésta era la primera vez que me molestaba y se debía a que, ahora, bajo los focos, no estaba solo yo, también estaba María. Y por lo que había podido averiguar sobre ella hasta ahora, María no era como las mujeres que había frecuentado últimamente.

Ella me importaba y me intrigaba de un modo especial. Tenía todo el fin de semana para averiguar si podíamos ser un par de amigos que iban a ir juntos a una fiesta o algo más.

maría

El AVE entró en la estación de Santa Justa a la hora prevista, bajo un calor infernal. No llevaba ni diez segundos en Sevilla y ya me temblaban hasta las uñas de los pies. Aunque sabía que David no podía estar en la estación, miré detenidamente a todos los hombres que esperaban en la puerta de salida del andén diez, preguntándome si habría seguido mi sugerencia de vernos directamente en el hotel o si me daría una

sorpresa y sería uno de los tipos que pululaban a mi alrededor.

La noche anterior, cuando le había mandado un WhatsApp para decirle a qué hora llegaría se ofreció a recogerme. Pero mi miedo a enfrentarme a lo inevitable y a encontrarme ante una situación embarazosa, me hizo responderle que prefería ir al hotel sola para deshacer el equipaje, darme una ducha y descansar antes de vernos para ir a comer.

No sé si os lo había dicho hasta ahora, pero me encantan los hoteles, sobre todo los de estilo victoriano y el que David había reservado para mí parecía una auténtica casa de muñecas del siglo XVIII. En la recepción, las paredes estaban forradas de seda pintada y una alfombra tejida a mano protegía un suelo de madera que se extendía hasta unas escaleras algo desgastadas por el uso. El ascensor de puertas enrejadas subía hasta la tercera planta, pero si tomabas la señorial escalinata descubrías que el hotel escondía seis medias plantas, separadas por pequeños tramos de escalones que giraban sobre sí mismos, abriendo paso a minúsculos pasillos por los que se hacía difícil caminar cargando con mi maleta y mi bolso de mano. ¿Cómo harían para subir los baúles de la Piquer?

La habitación era preciosa y nada más entrar en ella, la única cosa que pude pensar fue que para encajar en ese decorado, mi Samsonite debería ser una maleta de cartón y estar repleta de un vestuario bastante más conservador que el que había decidido traer.

Y hablando de equipaje, nunca entenderé cómo hace la gente para viajar con las maletas de cabina.

Para mí hacer la maleta supone abrir un mar de dudas. Nunca sé lo que voy a necesitar, así que mi maleta está llena de “por sis”... Por si llueve, por si salimos a cenar a un restaurante de lujo, por si vamos al teatro, por si hace frío, por si me mancho más de lo habitual. Mientras deshacía la maleta y colgaba cuidadosamente todos mis looks para el fin de semana, repasé mentalmente todo lo que debería haber traído, luchando contra el miedo irracional a descubrir que me había dejado encima de la cama de mi apartamento lo más importante, los conjuntos de La Perla que me compré en el último momento “por si”... David merecía la pena.

Ya eran casi las dos, y una vez colocada la ropa, duchada y lista para el gran encuentro, estaba tan nerviosa que decidí salir de la habitación antes de correr el riesgo de desgastar el suelo de tanto ir de aquí para allá. Antes de bajar, llamé a la recepción y les avisé de mi pequeño cambio de planes:

—Buenos días. Llamo de la 212. Estoy esperando a alguien. ¿Sería tan amable de decirle que María le esperará en el bar? Se llama David Martínez. Muchas gracias señorita.

Antes de salir, repasé de nuevo mi aspecto frente al espejo. Pelo perfecto, maquillaje aceptable, vestuario bien. Jamás he entendido por qué no te enseñan a enfrentarte a estas situaciones en la escuela. Todavía recuerdo las interminables “Clases de Hogar”, donde pretendían hacer de todas nosotras unas intachables amas de casa del futuro. Nos enseñaban a bordar “Tú y Yo”, en esos manteles tan pequeños que nunca es el momento de usarlos; a limpiar la plata y a cocinar succulentos manjares. Bueno, esto último no estuvo tan mal. Por lo menos no me muero de hambre desde que decidí irme a vivir sola. Pero, ¿es que a nadie se le ocurrió pensar que hoy en día no se conquista a los hombres como en la Edad Media? Todo eso puede resultar muy útil cuando ya tienes pareja, pero hasta entonces, ¿cómo piensan que sobrevivimos? Personalmente hubiera agradecido alguna lección extra sobre seducción e, incluso, alguna clase en la que la sexualidad no tuviese nada que ver con el maravilloso mundo de la reproducción de las

flores. Os aseguro que los pistilos, el polen o las abejas no fueron de mucha ayuda la primera vez que me enrollé con un tío.

El bar del hotel seguía el mismo estilo que el resto de la decoración, por eso me resultó algo extraño que el camarero me sirviese un combinado sin alcohol de color azul que dudo mucho que fuera típico de la era victoriana. Mientras lo saboreaba, miré a mi alrededor preguntándome si alguno de los presentes podría ser David, aunque enseguida lo descarté al darme cuenta de que aún quedaban diez minutos para la hora en que habíamos quedado. ¡Hay que ver los inconvenientes que tienen las citas a ciegas!

En la barra, dos tipos de mediana edad estaban inmersos en una férrea discusión sobre el tipo de inversión que les reportaría una mayor tasa de gravamen. Demasiado profundo para mí a esas horas.

A mi izquierda, un chico bastante guapo le pedía un café al camarero. Su cara de sueño delataba las pocas horas de descanso que llevaba en el cuerpo. ¿Una mujer tal vez? Más allá, sentadas junto a una de las ventanas que daban a la Calle Mayor, había un grupo de ancianitas que parecían haber ocupado ese rincón desde el mismo día en que el hotel abrió sus puertas. Me volví de nuevo hacia el chico del café para contemplarlo con detenimiento. Era moreno, de piel tostada, ojos color miel y una de esas sonrisas que te hacen perder el norte.

En ese momento el chico del café pagó su consumición al camarero, se levantó, y se encaminó lentamente hacia donde me encontraba sentada, y regalándome una preciosa sonrisa, se dirigió a mí diciendo:

—Buenos días. Ya sé que le resultará extraño pero la estaba mirando y me ha parecido que esperaba a alguien.

Desde luego la voz me resultaba muy familiar. ¿Sería David? No, no podía ser.

—...he venido a recoger a una amiga y desde que la he visto entrar he estado rezando para que ella fuese usted.

No podía ser David. Mi David no se comportaría de un modo tan descortés y pedante. ¡Pero qué se había creído el tipo éste! Por un momento pensé en cerrar los ojos y que al abrirlos todo hubiera sido una alucinación. Pero mi yo realista me dijo que la mejor forma de demostrar que ese caradura no podía ser David, era presentarme. Así, con tono frío y muy distante, me dispuse a ello:

—Muy amiga suya no será si ni siquiera puede reconocerla —y como me miraba con extrañeza,

añadí—: No sé cómo se llamará su amiga, pero mi nombre es María.

—¡María! ¿Eres María Gómez? —y desplegó una sonrisa de anuncio antes de decir—, soy David, cómo me alegro...

—¿David?

¿Qué clase de broma macabra era ésa? El David con el que yo hablaba por teléfono era amable y respetuoso, un poco guasón, pero simpático y delicado. En cambio, el tipo que tenía delante era un guaperas, pagado de sí mismo que estaba encantado de haberse conocido. Respiré profundamente y me

dije que lo más inteligente era darle una nueva oportunidad, así que manteniendo las distancias le propuse que fuéramos directamente al restaurante ya que estaba hambrienta y algo cansada por el viaje. Así, si la situación no mejoraba, siempre podría excusarme diciéndole que me apetecía descansar en cuanto termináramos de comer.

Mientras conducía hacia el restaurante, la tensión entre ambos se hizo cada vez más palpable. A la decepción por la primera impresión se unieron sus inútiles y torpes esfuerzos por subsanar el incidente inicial. La conversación se limitaba a lo que venía a ser una grabación de bus turístico: “a la derecha pueden ustedes observar La Torre del Oro, más allá la Giralda...” ¡Ahhhhhhh! ¡No lo soportaba más! Si hubiese querido una ruta turística por Sevilla hubiera preferido subirme al maldito autobús. Pero en lugar de gritarlo a los cuatro vientos me limité a sonreír y a asentir esperando que la comida fuese lo más breve posible.

—Ya hemos llegado, este sitio te va a encantar. He reservado mesa. Así no tendremos que esperar.

Es uno de los locales más concurridos de toda Sevilla —anunció abriéndome la puerta del coche y ofreciéndome la mano para ayudarme a salir, mientras me regalaba otra de las sonrisas de su amplia colección.

Atónita ante ese galante gesto, me invadió de nuevo la duda: “¿me habría precipitado al juzgarlo?”

david

¿Qué era eso que sonaba? Pero si era sábado..., ¿de dónde venía ese ruido? ¿Quién había sido el inútil que había puesto el despertador un sábado? ¿Despertador?

¡Dios! Tras el enésimo pitido recordé que era sábado y que, precisamente ése era el sábado en el que María llegaba a Sevilla. Su tren llegaba a las once. ¡Mierda! Había pospuesto tantas veces la alarma que a esas alturas, ella ya debía estar esperándome para que la llevase a comer. Menos mal que al menos me había acordado de hacer la reserva en ese restaurante de nombre impronunciable que estaba tan de moda.

Empecé a recordar por qué se me había hecho tan tarde. La cena con Marcos y Ana había terminado casi al alba, con lo que había dormido unas ¿tres horas? Perfecto. María tendría una

primera impresión deplorable. Claro que eso sería si llegaba a tiempo a su hotel porque ¿dónde demonios había puesto las llaves del coche?

—David. Tranquilízate —me dije tratando de recobrar la calma—. Haz memoria: cuando llegaste

a casa el nivel de alcohol en tus venas era considerablemente superior al de sangre. Bien, ¿qué hiciste? Recuerda, entraste en la cocina a beber un poco de agua...”

¡Claro, la cocina! Allí estaban las llaves... justo al lado de la botella de leche que debí confundir con agua y que, obviamente, olvidé meter en el frigorífico. ¡Apestaba! Sin tiempo para remilgos, me peiné con los dedos y me restregué repetidamente los ojos en un intento por despertarme con mayor rapidez.

Como era poco más de la una y media, conduje todo el camino a gran velocidad con la ventanilla bajada para que el aire, aunque caliente, me ayudara a mantener los ojos bien abiertos. Cuando llegué al hotel miré el reloj y comprobé aliviado que había conseguido ser puntual. Incluso llegaba un poco antes de la

hora.

Dentro, la recepcionista, al preguntar por María, me entregó una nota en la que se podía leer que ella me esperaba en la cafetería. Entré y observé detenidamente a ver si entre las personas que había allí encontraba a alguien que pudiera ser ella. Pero mi instinto me decía que aún no había llegado.

Desde que me había confirmado que vendría, había estado imaginando cómo sería y, desde luego, la imagen mental que me había hecho de ella no se correspondía con la de ninguna de las mujeres de la sala, así que me senté en la barra y pedí un café, en una nueva tentativa, aún más desesperada, por vencer mi particular batalla contra el sueño.

De pronto vi como una verdadera preciosidad entraba en el bar y sonreí triunfalmente al reconocerme como un tipo con suerte. Pagué el café y me acerqué a ella y, sin saber cómo, empecé a cavarme mi propia tumba.

—Buenos días. Ya sé que le resultará muy extraño... —¿qué era esa horterada que salía por mi boca? ¿No era capaz de decir algo más ingenioso?— La he estado mirando y me ha parecido que esperaba a alguien.

¿Por qué hablaba así? Normalmente soy una persona locuaz. ¿Qué iba a pensar esa mujer de mí?

Pero estaba tan nervioso que las palabras salían por mi boca sin ni siquiera procesarlas, y el resultado estaba siendo mucho peor de lo que en realidad pretendía:

—... he venido a recoger a una amiga y desde que la he visto entrar...

No daba crédito a mis propias palabras, parecía un carroza intentando ligar con una jovencuela a la que hablaba de usted.

—... he estado rezando para que ella fuese usted.

Perfecto, ya lo había terminado de joder. A esas alturas si la chica era María, ya habría confirmado que lo mío era un retraso mental preocupante. La miré fijamente y me encomendé a lo más divino para que ella no saliera corriendo. No entendía por qué me estaba comportando de un modo tan extraño, ni por qué le había hecho ver que estaba ligando con ella mientras esperaba a una amiga, ¡que además era ella! Seguro que pensaba que yo era un gilipollas integral. Eso sin contar que si María se piraba, todos mis esfuerzos por ir acompañado a la fiesta de compromiso de Marcos no habrían servido para nada y perdería la apuesta.

Así que, por todo ello y por algo más que no lograba descifrar, intenté arreglarlo sin mucho éxito durante el trayecto en coche hasta el restaurante.

Y de un modo desesperado antes de entrar le lancé un órdago a lo grande:

—María, antes de entrar al restaurante me gustaría empezar de cero. Sé que en el hotel te he debido parecer un imbécil —y respiré profundamente recobrando las pocas fuerzas que aún me

quedaban para sincerarme—. Me cuesta reconocerlo pero desde que me dijiste que venías he estado bastante nervioso,...

maría

Ante mí tenía a David disculpándose por su gran metedura de pata. Le miré fijamente a los ojos tratando de averiguar si podía fiarme realmente de él y cuando me sonrió suplicante, algo se encogió en mi estómago. Su ataque de sinceridad era real y ya no tenía ningún motivo para arruinarnos el fin de semana.

—...así que si me perdonas, me gustaría entrar en este restaurante con buen pie y disfrutar de una deliciosa comida contigo.

Con esas palabras David dio por concluido su discurso y yo decidí hacer lo mismo. Le devolví la sonrisa aceptando sus excusas y mi gesto se vio correspondido con un suspiro aliviado que se escapó de los labios de David.

—Estás perdonado —le respondí—. Pero que sepas que has perdido algunos puntos.

—¿Muchos? —me preguntó mientras ponía esa peligrosa carita de no haber roto nunca un plato—. No importa. Tengo un montón de ideas para recuperarlos, así que la cuestión ahora es, ¿estás dispuesta a aceptar el reto?

—Tú no sabes a quién tienes delante —contesté falsamente ofendida.

Y como única respuesta, David me cogió la mano delicadamente, la besó y sin apartar sus ojazos de los míos añadió:

—Bienvenida a Sevilla.

El restaurante era uno de esos locales de moda que recomendaban en todas las guías de Sevilla y que, según las reseñas gastronómicas más prestigiosas, contaba con un menú a la altura de la estrella Michelin que relucía en su puerta. ¡Punto para el señor!

Entramos aún cogidos de la mano, ¡punto!, y David solo me soltó para acercarse a la relaciones públicas, impecablemente vestida de negro. Mientras le preguntaba por nuestra reserva, traté de desviar mi atención de su estupendo culo, ¡triple punto!, y anoté mentalmente que le tenía que preguntar de dónde sacaba el tiempo para entrenarse.

—¡María! —me llamó haciendo gala de una nueva sonrisa encantadora—. Podemos esperar en la barra. Ya están preparando nuestra mesa.

Forzando las maneras de un caballero de otra época, posó su mano en mi cintura mostrándome el camino hasta el bar donde un camarero nos ofreció un vermut y unos aperitivos.

—Te noto un poco nerviosa. ¿He hecho algo más que te haya molestado?

—Si estás preocupado por los puntos que has perdido, relájate que alguno ya lo has recuperado...

Imagino que conseguir una mesa con tan poco margen no ha tenido que ser nada fácil —y me derretí ante una nueva versión de sonrisa modesta. ¿Pero es que no se le agotaba el repertorio de sonrisas?

—Tengo mis contactos... Aunque quizás sea mejor decirte que he tenido que rogar y suplicar, así recupero algunos puntos más.

—No tientes a tu suerte...

—Entonces, si no he hecho nada en estos... —y miró su reloj como si estuviera calculando el tiempo—, ... diez minutos desde que me he disculpado, ¿por qué tengo la sensación de que estás un poco incómoda?

—¿De verdad quieres saberlo?

—María...

—Creo que me siento un poco intimidada por el ambiente —y le confesé—, nunca he estado en un restaurante con estrella Michelin.

Igual era algo que solo me preocupaba a mí, pero me incomodaba enfrentarme a la carta y tener que admitir que no entendía ni una sola palabra de lo que ponía en ella. Y es que Masterchef ha hecho mucho daño y ahora todos nos creemos expertos en gastronomía. Bueno, todos no. Yo estaba taquicárdica porque seguro que elegía mal... Y como si me hubiera leído el pensamiento, cuando el metre nos preguntó que íbamos a tomar, David me rescató diciendo:

—Si admites una sugerencia, la pintada a la crema está exquisita. Confieso que soy adicto a su salsa de arándanos. Te la recomiendo si te apetece comer carne —dijo mientras me sonreía. ¡Y esa era la décima vez! Desde luego su repertorio era inagotable. ¡No sabía cuánto tiempo más iba a ser capaz de resistirme a sus encantos!

—Visto tu entusiasmo —y dirigiéndome al metre dije—: yo también tomaré la pintada a la crema, gracias.

—Créeme, no te arrepentirás ¿Qué tal si brindamos? —me ofreció una de las copas y buscó mi mirada antes de lanzar su brindis—. Por un fin de semana lleno de sorpresas.

—Por las sorpresas... Y porque seas capaz de recuperar los puntos perdidos—le piqué.

—No vas a dejar que se me olvide, ¿verdad? —y cambiando de tema confesó—: No estaba muy seguro de que aceptaras venir avisándote con tan poco tiempo. Cuando me enteré de lo de mañana enseguida pensé en alguien como tú.

—David que nos conocemos... mejor me ahorro preguntarte a cuántas llamaste antes que a mí.

Levantó las manos en señal de rendición y, acercándose por encima de nuestros platos aún vacíos, me susurró:

—Tocado... Y antes de hundirme por completo, creo que tengo una idea para arreglarlo. Tengo

muchos puntos que recuperar, así que si estás de acuerdo, después de la comida, ¿por qué no me dejas que te enseñe la ciudad? Soy un buen guía.

Y en ese momento decidí rendirme y seguir el consejo de Rebeca: dejarme llevar. Llegaron nuestros platos y suspiré de alivio al ver que la pintada era un mini pollo y que, tal y como David me había dicho, la salsa de arándanos estaba deliciosa, casi orgásmica.

Una botella de vino después y muchas risas más tarde, llegó el difícil momento del postre. Y

mientras me debatía entre pedir algo succulento al chocolate o fingir que tenía alergia a los dulces, David me sorprendió diciendo:

—Yo tomaría tarta de chocolate. ¿Te importaría compartirla conmigo?

¡Hurra! El chico se estaba ganando el cielo y un montón de puntos extra.

Llegué al hotel flotando en una nube de color rosa y más caliente de lo que racionalmente quisiera admitir. Habíamos pasado la mayor parte de la tarde paseando, hablando y provocándonos en el Parque de María Luisa. Había sido un milagro que el vino y el calor sevillano no nos hubieran llevado a algo más, aunque habíamos vivido un par de momentos confusos en los que la idea de colgarme de su cuello y besarlo intensamente habían hecho que mi temperatura subiera estrepitosamente. Creo que su saldo negativo de puntos incluso había entrado en zona naranja.

Me dejó en el hotel con la promesa de vernos más tarde y en cuanto llamé al ascensor recibí un mensaje de WhatsApp de Rebeca, que a esas horas aún seguía en ascuas:

—¿Molesto?

—Para nada. Estoy en el ascensor llegando a mi habitación. ¿Tú?

—Viendo la peli de la uno.

—¿Otra vez viendo Cine de barrio?

—Ja, ja ¡qué graciosa! No trates de despistarme y cuenta...

—No hay mucho que contar.

—Estás de coña, ¿no?

—Pues el viaje bien. La primera impresión decepcionante, la comida mejor, la sobremesa mejor que bien y la noche... promete.

—¿Cómo que decepcionante? Si el tipo está cañón.

—Eres de lo peor, ¿lo sabes? Y también te he dicho que la noche promete.

—Suená bien... y recuerda, déjate llevar y no hagas nada que yo no haría.

—Sí, mamá. Es solo que si estuviese en Madrid y viviese a dos paradas de metro de mi casa, podría permitirme el lujo de colgarme por él. Pero no es el caso.

—Frena, frena. No adelantemos acontecimientos. De momento solo sois dos personas que se gustan y que sienten curiosidad.

—Tienes razón pero, como decía Richard Gere en *Pretty Woman*[\[1\]](#), “mi especialidad son las relaciones imposibles”.

—Paso a paso María... ¿A qué hora has quedado con David?

—A las ocho y media. Así que te dejo porque necesito prepararme para esta noche.

Dejé el móvil cargándose en la mesita de noche y un nuevo bip sonó, ¿Qué querría Rebeca ahora?

Pero no era ella. El mensaje decía:

“¿Cuántos puntos hacen falta para poder besarte?”

Y me abstuve de responderle que ya tenía puntos más que suficientes para besarme y hacer conmigo lo que quisiera. Pero como no podía quedarme callada le contesté con una respuesta abierta que dejaba la piedra en su tejado.

“Depende... nos vemos a las 8 y media.”

—María, María, despierta... —y mientras me agitaban dulcemente, un leve susurro llegó a mis oídos—. Nos hemos dormido y como no nos demos prisa llegaremos tarde.

Ajena a lo que estaba ocurriendo, ignoré esa llamada a la realidad que pretendía arrancarme de los brazos de Morfeo y remoloneé entre las sábanas unos minutos más.

—María ¿quieres levantarte de una vez? No me obligues a ir a buscarte o seguro que llegamos tarde.

Un peso inesperado en el colchón de mi cama me hizo recordar que estaba en Sevilla, que había cenado con David y que no había dormido sola. Así que me cubrí la cabeza con las sábanas, medio avergonzada, medio juguetona.

—Supongo que éstas eran las cosas a las que te referías anoche cuando decías que casi no nos conocemos —y apoyó sus brazos a ambos lados de mi cuerpo mientras se acercaba con el único objetivo de besarme dulcemente.

Olía fenomenal y despertó en mí una cálida sensación que no sabía si quería frenar.

—Buenos días, ¿qué hora es?

—Buenos días dormilona —y como si fuera lo más normal del mundo, empezó a besar mi cuello

justo en ese punto donde hacía que mis fuerzas empezaran a flaquear y donde la excitación se volvía muy peligrosa.

Sus manos bajaron por mi cintura y exploraron mi cuerpo hasta llegar a mis caderas. Y así recordé exactamente cómo había llegado hasta allí, hasta esa cama. Las imágenes de la noche anterior pasaron velozmente ante mí: cena flamenca en el barrio de Santa Cruz, paseo nocturno por la ribera del Guadalquivir, el olor a azahar, las risas, las caricias furtivas, las copas, los bailes, los besos robados, la música, y el 212 de la puerta de mi habitación.

—David...

—¿Sí?

No sabía ni qué decir... ¡gracias por el sexo!, ¿repetimos? Era obvio que entre nosotros había pasado lo que tenía que pasar, pero esa escena de cotidianidad me estaba empezando a afectar porque, literalmente, David acababa de liberarme de su abrazo y se había levantado de la cama dejando caer la toalla que le cubría, mostrándome su redondo culo. Y, ¡se acababa de girar! ¡Ay, Dios!

(Perdón por usar su nombre en vano, pero es que lo que vi era digno de admirar y disfrutar.)

—Espero que no te importe que me haya duchado, es tardísimo y tenemos una hora de coche hasta la hacienda de los padres de Ana —atónito ante mi falta de palabras me preguntó—: María, ¿has dormido bien?

—Sí, sí... no es nada. Es solo que hemos dormido poco —y dicho esto me sonrojé como una adolescente, lo que arrancó una sonrisa pícaro y satisfecha en la cara de David—. Y estoy muerta de hambre.

Divertido ante ese ataque de timidez que me impedía salir de la cama, David se ofreció a traerme el desayuno mientras me duchaba y me arreglaba para la fiesta de compromiso de sus amigos. En cuanto escuché la puerta, salté de la cama completamente desnuda y en el espejo se reflejaba la imagen de una María diferente, absurdamente sonriente y, ¿para qué negarlo?, con cara de satisfacción. Y estaba pensando en que me gustaba lo que veía cuando me sobresaltaron unos brazos que me rodeaban por la espalda y se enroscaban en mi cintura. La voz de David me acarició el alma:

—Creo que no eres consciente de lo increíble que eres —y con las mismas, me besó y me dio una palmadita en el culo—. ¡Dúchate antes de que me lance sobre ti como un adolescente en celo!

—No seré yo la que te lo impida.

Y por su cara supe que él también tenía ganas de jugar. Caminé lentamente hacia la ducha ofreciéndole una vista privilegiada de mi espalda y giré la cara sin detenerme para verificar que estaba detrás de mí y que ya había empezado a desabrocharse los botones de la camisa. Abrí el agua caliente y entramos en la ducha al tiempo que me anunció:

—Ya es oficial. Vamos a llegar tarde.

david

Chat David & Marcos

D - “Colega, estamos de camino. Llegaremos con un poco de retraso”

M - “David, quiero detalles, si no, no entras”

Me reí de la ocurrencia de Marcos y de mi propia suerte. El fin de semana estaba yendo de lujo... Y

María había resultado ser una mujer increíble, sexualmente imaginativa y muy creativa.

No podía borrar de mi mente cada rincón de su cuerpo, la suavidad de su piel en la cara interna de sus muslos, el modo en que se había entregado al placer cuando compartimos la ducha y cómo brillaban sus ojos cuando llegó al orgasmo. No podía dejar de mirarla mientras la investía y con cada gemido me sentía cada vez más atrapado por una dulzura completamente nueva para mí. Desvié los ojos de la carretera para observar a María que dormía en el asiento del copiloto. Sonreí al verla y supe que no quería que se acabase el día.

Encendí la radio del coche para concentrarme en la música. Quizás fuese mejor no pensar en cómo las cosas estaban cambiando en las últimas horas.

rebeca

Con María pasando el fin de semana en Sevilla, tenía por delante dos días para pensar en qué hacer con mi vida, para ser más concretos, con mi vida sentimental.

Hacia tres semanas que Andrés, en lo sucesivo mi ex-novio, decidió que lo nuestro no tenía sentido, que una relación era otra cosa, y cuando le pregunté “¿el qué?”, la única respuesta que conseguí fue:

— Rebeca, si tú no lo sabes, no creo que yo sea el más indicado para contártelo.

Y con esta frase sepulcral, se acabó todo. Durante los ocho meses que estuvimos juntos me esforcé por darle la relación que siempre había pedido, desviviéndome por ser y hacer todo lo que él quería.

¡Craso error! Ahora me doy cuenta de que aunque siempre he sido una persona muy independiente (éste fue uno de los rasgos que más le atrajeron de mí), cometí el mayor error que una mujer en su sano juicio puede cometer: enamorarse de un hombre (que no lo merece, dicho sea de paso) y situar este amor a la cabeza de su lista de prioridades. En el tiempo que pasamos juntos, la palabra independencia adquirió significados diferentes para Andrés y para mí. Para mí, era vivir la relación respetando las necesidades del otro y para él, era sinónimo de libertad, de “su” libertad. Andrés necesitaba tiempo para su trabajo, para sus amigos, para sus juergas, para sus compromisos.

Resumiendo, para todo menos para mí, sabedor de que yo siempre estaba disponible si algo le fallaba. Y esa disparidad en las prioridades del uno y del otro fue minando poco a poco la relación, hasta llegar a ese día hace tres semanas en el que Andrés me abrió los ojos y por fin lo entendí todo.

Comprendí que lo importante eres tú y que no hay mayor prioridad que tú misma. Y ahora tenía

dos días para insuflarme una buena dosis de autoestima y armarme de valor para enfrentarme a todo y decidir cómo contárselo a María.

To do list para el fin de semana

1. Tirar las cosas que Andrés se dejó en casa.
2. Limpiar la casa y quemar incienso para eliminar toda la energía negativa.
3. Mimarme: ¿baños árabes?, ¿peluquería?, ¿centro estético?
4. Tomar el sol y respirar todo el aire fresco que esta ciudad puede ofrecer: ir a El Retiro.
5. Empezar el libro que me regaló María en Navidad.
6. *No someter el to do list a horarios... "libre albedrío".*

Estaba a punto de tachar el segundo punto de mi lista cuando recibí el siguiente mensaje de María.

"Emergencia. Recógeme en la estación de AVE a las 19:30"

Y ahí estaba yo, un domingo por la tarde en la estación del AVE, con el corazón en un puño por la preocupación, haciendo lo único que toda amiga que se precie haría en mi lugar: rescatar a María, dispuesta a todo para consolarla. Desde que recibí su mensaje después de comer he estado histérica pensando en lo que le habría podido pasar. Y desde luego, que hubiera apagado el móvil, era una clara señal de lo que fuera, no había sido nada bueno.

Vi que las primeras personas empezaban a salir, así que la busqué entre los pasajeros para que no nos despistáramos la una de la otra. Cuando llegó a mi altura, ocultaba sus ojos tras unas gafas de sol, muestra evidente de que había estado llorando, así que la abracé con fuerza, arropándola entre mis brazos.

— Gracias por venir a buscarme. Creo que esta noche no podría pasarla sola.

— No te preocupes. Solo has fastidiado una prometedora noche delante del televisor —y le guiñé un ojo evidenciando mi broma mientras la ayudaba con su abultado equipaje—. No estás sola, me tienes a mí. Así que, como imagino que tienes mucho que contarme, lo mejor será que esta noche te quedes en mi casa —y una leve sonrisa empezó a dibujarse en los labios de mi mejor amiga.

— ¿Me estás proponiendo una fiesta de pijamas?

Camino a casa hicimos la lista de las provisiones que nos harían falta para afrontar aquella noche y en ella no podían faltar el chocolate, las gominolas y las películas románticas. En plena batalla dialéctica para decidir el sabor del helado más adecuado para superar un trance como el que teníamos delante, el móvil de María empezó a vibrar en su bolso. Lo sacó y al ver quién la estaba llamando, emulando a una chica Almodóvar en pleno ataque de nervios, bajó la ventanilla del copiloto y lo lanzó, alejando la sintonía que la reclamaba a quinientos kilómetros de distancia.

Sin salir de mi asombro ante lo que acababa de hacer María, la vi girarse hacia mí y con la calma digna de una reina madre me explicó:

— Hacía tiempo que quería cambiar de teléfono

Y como su explicación era completamente ridícula ya que no hacía ni dos meses que se había comprado

uno nuevo, justificó su arrebató añadiendo:

—A partir de ahora, se acabó lo de estar disponible las veinticuatro horas y, eso no es lo único que va a cambiar en mi vida.

Y oyéndola supe que solo había una cosa que yo pudiera agregar:

— Andrés me dejó hace un mes.

Llegamos a mi apartamento poco antes de las nueve, abastecidas con un cargamento de comida basura y dispuestas a arreglar nuestras vidas amorosas antes de que Harry[2] corriese por las calles de Nueva York en busca de su amada Sally[3].

Tal y como me había prometido, frente a un litro del mejor helado de chocolate que habíamos podido conseguir, María se dispuso a contarme lo sucedido en Sevilla con todo lujo de detalles.

"Cuando llegamos a la hacienda de los suegros de Marcos había gente por todas partes, en el aparcamiento, en el hall, en los pasillos, en el salón y sobre todo en el jardín. En la puerta de entrada nos recibieron los padres de la novia.

— David, querido, ya pensábamos que no ibas a honrarnos con tu presencia... — saludó amigablemente la madre de Ana.

— Sara, no me habría perdido esta fiesta por nada del mundo —y mirándome añadió—: Paco, Sara, os presento a María, mi acompañante.

— María, encantada de conocerte. Ahora entrad y divertíos. ¡Marcos no deja de preguntar si te hemos visto llegar!

En el interior, atravesamos un gran salón y caminamos por un largo pasillo hasta llegar al jardín, donde tenía lugar la verdadera fiesta. Desde la óptica de un recién llegado la situación era la siguiente. Los amigos de él confabulaban en la piscina planeando la que según ellos sería “la mejor despedida de soltero de la historia”. Las amigas de ella suspiraban cada vez que la futura esposa abría uno de los cientos de regalos que se amontonaban en el porche que coronaba el inmenso jardín.

Los que David señaló como “directivos de su empresa” mantenían aburridas conversaciones semi-laborales y comentaban, envidiosos, la suerte que había tenido Marcos al encontrar a alguien como Ana. Y al parecer eso era cierto, solo que ellos no se referían precisamente a sus dotes como buena amante y esposa, más bien apuntaban a la extraordinaria fortuna familiar que se escondía detrás de tanta ostentación. Luego estaban los familiares, curiosos personajes que la mayor parte de tu vida intentas mantener bien alejados, pero que en estos momentos sobrevuelan cual buitres a tu alrededor, haciendo todo lo posible para disfrutar de un buen festín de comida y bebida gratis.”

— Muy bonito, pero podrías ir al grano... —interrumpí a María, ansiosa por saber qué era lo que había arruinado su fin de semana de cuento de hadas.

“Así que allí llegamos, cogidos de la mano y con la extraña sensación de que algo no iba bien. Y

como cuando estoy nerviosa me da por comer, mis tripas empezaron a sonar y avergonzada le propuse a David ir al buffet a comer algo. Pero antes de perdernos entre el gentío, fuimos asaltados por el novio.

— ¿Dónde estabais? — nos saludó mientras guiñaba un ojo a David.

Jamás he entendido ese comportamiento tan masculino y machista. ¡Por favor! Las mujeres no van por ahí guiñando el ojo a sus amigas insinuando que son diosas del sexo. ¡Es increíble cómo pueden conservar esa actitud pueril durante toda la vida!

— Nos hemos perdido al coger la salida de la comarcal. Nunca sé si es la 18 o la 19 —le dijo David desviando la conversación de cualquier alusión sexual.

Contenta por su reacción, empecé a relajarme cuando David apretó con fuerza mi mano y me regaló la mayor de sus sonrisas. Luego, tras un breve intercambio de típicas frases de bienvenida, Marcos se alejó buscando a su futura esposa:

— Esperad aquí. Voy a buscar a Ana para que conozca a María.

Y como si David pudiera leerme el pensamiento, deslizó sus manos por mi cintura apoyando su pecho contra mi espalda y me susurró al oído:

— Relájate. Ni Marcos ni Ana te van a comer. Creo que soy el único que está hambriento de ti.

Cada terminación nerviosa de mi cuerpo me pedía a gritos que saliéramos de allí. En cambio, mantuve la compostura como pude y me volví ligeramente para recibir en mi ansiosa boca sus sugerentes labios, deseando estar de vuelta en el hotel lo antes posible.

— Ejem, ejem, ¿interrumpimos? —la voz de Marcos nos sacó de nuestro pequeño mundo.

— La respuesta es sí, y lo sabes —le acusó David apuntando a su amigo con un dedo amenazador.

Tras una charla agradable en la que Ana me confesó que nunca había visto al “sinvergüenza” de David tan fascinado con alguien, nos despedimos prometiendo que más tarde continuaríamos nuestro intercambio de información “femenina”. Y fue en ese momento en el que todo empezó a torcerse.

David se fue a buscar algo para beber mientras yo buscaba una mesa en la que sentarnos a saciar en público el único tipo de hambre del que podíamos ocuparnos en ese momento.

Completamente ajena a la identidad de las personas que había en la mesa de al lado, me senté a esperar a David y, sin saber cómo, me encontré escuchando su animada conversación.

— ¿Y dices que ya ha llegado David? —preguntó una de las chicas que formaban parte del grupo.

— Sí, lo he visto llegar muy bien acompañado...

— Me muero de ganas por saber cómo es ella. Juan, ¿tú sabes quién es?

— Soy una tumba. Si quieres saber quién te hace la competencia deberás descubrirlo por ti misma.

Aunque por lo que dice mi hermana, si quieres recuperar a tu ex, lo tienes complicado.

— Juan, eres un aguafiestas... —añadió otra de las chicas que compartían mesa con el grupo—.

No tienes nada de lo que preocuparte ya que ella vive en Madrid, ¿no es cierto? Además, estoy segura de que la pobre chica no sabe que David la invitó para ganar una apuesta a Marcos.

— Venga Juan, dinos, ¿qué se apostaron?

¿Una apuesta? ¡Estúpida! ¿Cómo había sido tan estúpida? Fui a buscar a David sin saber si borrarle su preciosa sonrisa de un puñetazo o si hacer lo que finalmente hice, mirarle con cara de circunstancias y decirle que me habías llamado y que tenía que volver urgentemente.

No le dirigí ni una sola palabra en todo el camino de regreso y cuando trató de besarme para despedirse le giré la cara:

— David, lo siento pero creo que lo mejor es que dejemos las cosas como están. El fin de semana se ha acabado aquí.

Y salí corriendo hacia el andén haciendo oídos sordos a los gritos de David que me llamaba desde el otro lado del control de seguridad.”

— El resto ya lo conoces... —concluyó María —. No pienso dirigirle la palabra en toda mi vida y me niego a que me llene la cabeza con ridículas excusas.

La mañana siguiente, me levanté temprano para preparar a María su desayuno preferido. La noche anterior, cuando terminó de contarme su drama sevillano, se pasó más de tres horas llorando hasta que cayó rendida en el sofá.

Al aroma del café, unas zapatillas con forma de oso se arrastraron hasta mi cocina portando una María algo más descansada.

— Buenos días. ¿Has logrado dormir?

—Un poco... y gracias por soportarme toda la noche.

— ¡Serás boba! Estoy aquí siempre que lo necesites.

Y nos abrazamos antes de dar buena cuenta de unas tortitas con Nutella y un tazón del mejor chai tea latte que había sido capaz de preparar.

— ¿Sabes María?, me he pasado media noche dándole vueltas a nuestras vidas. Somos unas tías guapas, con las tetas en su sitio —y haciendo el amago de cogerme los pechos le guiñé un ojo—.

Tenemos buenos trabajos y se puede decir que hemos conseguido un cierto éxito profesional.

— Rebeca, ¿a dónde pretendes llegar?

— Pues que no entiendo qué les pasa a los hombres. ¿Tan difícil es querernos?

— Honestamente, no sé lo que les pasará a ellos, pero de lo que sí estoy segura es de que la solución tiene que estar en nosotras.

— No te sigo...

— Pues que creo que la solución a nuestros problemas no está en tratar de entender lo que les pasa a ellos, sino en pensar solo en nosotras. Y para ello necesitamos tomar distancia y desintoxicarnos.

— ¿Algo así como un período de castidad?

— No mujer, un año sabático... Todo lo que necesitamos es un año sabático.

Desde que María formuló las palabras mágicas me sentía poseída por una peligrosa fuerza, como si me impulsara un ser superior.

Aunque María me hubiera propuesto un simple fin de semana de chicas o unas supervacaciones en algún país exótico y urdir venganzas contra el género masculino (no nos olvidemos de que ellos son siempre los últimos responsables de todo lo que nos pasa), debo confesar que su “plan renove”

despertó en mí un ansia y un entusiasmo que hacía mucho que no fluían por mis venas.

— Piénsalo Rebeca. Serían 365 días dedicados a hacer todo aquello que siempre hemos querido hacer. ¡No sé cómo no se me había ocurrido antes! Lo he estado pensando y creo que el verdadero problema es que no podemos tener una relación sana con nadie si no estamos en paz con nosotras mismas. Piénsalo bien. Todas nuestras relaciones han sido un fracaso pero durante un año todo podría ser diferente. Nosotras seremos el centro de todo y no habrá ningún hombre que nos detenga.

Será un viaje para conocernos a nosotras mismas y cumplir todos los sueños que siempre hemos dejado aparcados.

— María, me encanta la idea pero respóndeme a algo primero. Dime que no es un arrebató y que no estamos huyendo de una situación complicada.

— No es una huida —me aseguró levantando la mano como un buen boy scout dando su palabra de honor.

— Entonces, ¿por qué lo hacemos?

— Ya te lo he explicado... Para encontrarnos a nosotras mismas y poder empezar de cero a nuestro regreso.

— Eso está muy bien pero ¿no crees que a tu teoría le falla la base?

— Rebeca, si no quieres venir, ¡quédate!, —me contestó algo enfadada—. Pero no intentes decirme que nunca te lo habías planteado.

— Sabes que siempre he dicho que me encantaría tener tiempo para viajar y recorrer mundo, para

aprender cocina internacional, para practicar idiomas e intercambiar experiencias, pero no quisiera que nos equivocásemos y nos refugiásemos en ese viaje porque no podemos aceptar lo malo de nuestras vidas. Andrés me dejó y parece que David te ha salido rana pero a pesar de todo estamos aquí. ¿Tengo que recordarte todo lo que hemos conseguido hasta ahora?

— No, lo sé perfectamente. Por un instante deja a un lado todo eso y reconoce que ese brillo que hay en tus ojos es porque te encanta mi plan. Venga, dime qué tengo que decir para convencerte.

— Nada.

— Entonces, ¿tienes algo que añadir?

— Solo una cosa más, ¿cuándo nos vamos?

Solo faltaban tres meses para nuestra partida y aún teníamos un millón de cosas que hacer. ¡Quién habría dicho que organizar un año sin hacer nada resultaría así de agotador!

La primera cosa de la que me tenía que ocupar, y de la que las demás dependían irremediablemente, era conseguir una “excedencia”, porque una cosa era volverme loca y querer encontrarme a mí misma y otra muy distinta volver de la locura y no tener ni un clavo ardiendo al que agarrarme.

— Buenos días Sr. Gutiérrez —saludé al director de RRHH con la mejor de mis sonrisas.

— Buenos días Srta...

— Soy Rebeca, Rebeca Robles.

— Sí, sí, sí... He leído su petición y me gustaría saber cuáles son los motivos por los cuales tenemos que prescindir del trabajo de una de nuestras mejores ejecutivas.

¿Qué le podía decir yo a ese tipo con gafas que se escondía tras su enorme mesa de caoba? Tenía

dos opciones. Podía decir la verdad: “Mire, como no encuentro un novio decente y los tipos con los que he salido últimamente no me duran más de tres días, la loca de mi amiga María ha pensado que sería bueno dedicarnos un tiempo a nosotras mismas”. O bien, podía mentir descaradamente mirándole a los ojos, que es lo que hice sin ningún tipo de remordimiento:

— Hace unos meses solicité un Máster de Marketing Digital en una prestigiosa universidad americana. Creo que supondrá una excelente oportunidad para mi crecimiento profesional y a mi vuelta espero que la ampliación de mis conocimientos en ese sector en auge también beneficie a la empresa en su expansión internacional.

— Srta. Robles, entiendo sus motivaciones, así que hablaré con el Director General antes de confirmarle nuestra decisión. Por supuesto, en el caso de aceptar su solicitud, tendremos que pedirle que se encargue de formar a su sustituto antes de su marcha a finales de septiembre.

— Puede contar con mi colaboración. Tanto como sea necesario.

Había superado el primer obstáculo pero como nada es gratis en esta vida, a cambio me tendría que pasar

los próximos meses cargando con un pardillo que seguramente aprovecharía mi ausencia para jugármela. Claro que con mi suerte igual me quitaba el puesto antes de coger el avión con destino “año sabático”.

Ya era oficial: al final me habían concedido la excedencia y como por arte de magia habían encontrado un sustituto en un tiempo récord que empezaba ese mismo día. Así que me levanté temprano para estar a la altura de las circunstancias... Bueno, para eso, y para terminar de retocar las fotos de mi apartamento y publicar el anuncio en Idealista para ponerlo en alquiler.

Orgullosa con el resultado y ansiosa porque alguien respondiese lo antes posible, mandé un WhatsApp a María cuando entré en el metro: “Segunda fase iniciada... ¡anuncio publicado!”.

Aunque estaba convencida de que ése debería ser un gran día, la realidad se empeñaba en demostrarme todo lo contrario: el metro estaba tan lleno que no cabía en él ni el espíritu de Olivia, en el ascensor del edificio de oficinas donde trabajo había una fila de al menos veinte personas esperando y, trabajando en un décimo piso, me iba a tocar subir andando los quinientos cuarenta y ocho escalones. ¡Todo sea por unos glúteos firmes!

— Buenos días a todos —saludé al entrar en la recepción.

— Rebeca, te esperan en la sala de juntas dentro de media hora —la voz de Mercedes siempre me resultaba fría y distante.

Desde el día que la conocí, me había dado la impresión de que la habían elegido por catálogo como hacemos con el mobiliario de la oficina. Ambos debían de ser minimalistas, siguiendo la moda de las nuevas empresas del sector publicitario, donde la frialdad y la distancia se consideraban sinónimo de profesionalidad y rentabilidad.

— Allí estaré puntual como un reloj... — pero me callé antes de añadir con sorna “suizo”, no fuera a ofenderse “Miss Simpatía”.

No me cupo la menor duda de que tanta ceremonia solo podía deberse a la llegada del nuevo. Pero ¿desde cuándo se usaba la sala de juntas para dar la bienvenida a un pardillo? ¿Por qué se estaban tomando tantas molestias?

— Rebeca, céntrate — me dije tratando de recuperar el control de la jornada—. Recuerda que nada puede arruinarte este día. Son las 8:30, echa un vistazo rápido al correo y vete a conocer al nuevo, como una buena chica.

Y siguiendo mis propios consejos encendí el ordenador y abrí el gestor de correo electrónico. Y ahí estaba otra vez ese maldito mensaje: “¿Desea leer su correo ahora?”. Pero qué mensaje tan estúpido. Si estás delante del ordenador y abres el buzón de correo ¿por qué vas a preferir esperar a tener otro momento para leer los mensajes? El último recibido en la bandeja de entrada era un e-mail de María:

De: m.gomez@com.es

Para: rebeca_robles@demopub.com

Asunto: contestador

¿Sabes cuál es el peor invento de la historia? Piensa, tienes tres segundos para dar con la respuesta. Tic, tac, tic, tac...

¿Quieres una pista más? ¡Lo has usado esta mañana a eso de las 7:30!

WHATSAPPPPPP. ¿Por qué no me escribes a una hora normal? Odio despertarme con ese pitido infernal.

Por cierto, ya he visto el anuncio de tu piso en Idealista. Lo estoy imprimiendo ahora mismo y lo voy a enmarcar.

Bueno, ahora a cosas serias. Ahí van algunas ideas sobre la ruta de nuestro pequeño viajecito. ¿Te das cuenta de la cantidad de Kilómetros que vamos a acumular a nuestras espaldas? Me encanta sentirme una “mujer de mundo”...

Hablamos esta noche (tendrás mil cosas que contarme sobre el nuevo), pero ahora sueña:

“La primera parada: París. La ciudad de la luz y el amor nos dará fuerzas en nuestro viaje iniciático, convirtiéndose en el símbolo del antes y el después, la prueba de fuego, el sistema de medida del cambio que ejerza en nosotras este maravilloso año. Declaración de intenciones/objetivos a cumplir desde París. De allí, rumbo a Asia Pacífico hasta llegar a Australia. ¡Ay, la de guapos surferos que nos van a alegrar la vista! Después, Japón y desde allí al Caribe... también podemos saltar a California y luego ir bajando por Méjico hasta Argentina y mi ansiado Chile. Y de la vuelta al hogar, aún no hablamos, ¿ok?”.

Sonreí ante la carga de energía positiva que emanaba de su e-mail. Con las pilas a tope ya nada ni nadie podrían arruinarme el resto de la jornada. Finalmente, iba a ser un gran día.

Por enésima vez desde que el reloj marcó las 19:30, miré el reloj pensando que María iría ya por el tercer cóctel y estaría comiéndose todos los aperitivos mientras me esperaba para cenar. La reunión con el nuevo miembro de DemoPublish se había pospuesto a las cuatro de la tarde, y ya llevábamos casi cuatro horas encerrados en la sala de juntas poniendo a todo el equipo de trabajo al corriente de las nuevas competencias. Cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡Dong! Cuatro horas justitas de soporífera reunión... Nos habían contado la meteórica carrera de Martín, sus inicios como becario de comunicación, su paso al departamento de Relaciones Públicas de la filial andaluza de una productora de renombre y su valiosa experiencia como co-socio fundador y director de comunicación en su anterior y exitosa empresa.

Y yo me seguía preguntando: alguien con tanto peso, ¿por qué se habría planteado dejar esa meteórica ascensión y sustituirme? En esos pensamientos estaba cuando la voz del súper jefe me trajo de nuevo al mundo real:

— Rebeca, desde mañana Martín es todo tuyo. El resto depende de vosotros y estoy seguro de que a tu marcha no notaremos el cambio. Ambos sois unos profesionales de primera y cuento con vuestra mutua colaboración.

La voz del súper jefe siempre resonaba como el eco en el interior de una catacumba. Recordaba como si fuera ayer la primera vez que me senté frente a ese hombre. Tenía cinco años menos y lo veía como a un gran Dios de la Publicidad. Ahora, con el paso del tiempo, no era más que la leyenda sobre la que se sustentaba el buen nombre de la agencia. El verdadero trabajo creativo dependía de gente como yo, los verdaderos lemmings del sector.

— No habrá ningún problema. Cuentas con todo mi apoyo para que Martín se encuentre como en casa. Ahora, si me perdonáis, llego tarde a una cita, me esperan para cenar. Hasta mañana a las ocho.

¡Ah! Martín, —añadí dirigiéndome directamente al nuevo—. ¡Bienvenido a la ciudad!

Encendí el móvil a toda prisa mientras llamaba al ascensor y guardaba la agenda en el enorme bolso sin el que no podía vivir. ¡Menudo maletín de supervivencia! Marqué el número de María esperando que no se hubiera ido a casa, cansada de tanto esperarme.

— María, soy yo. Acabo de salir de una reunión.

— No te preocupes pensé que venías de camino. Como saltaba el contestador de tu móvil imaginé que estabas en el metro.

— Lo siento, se me ha hecho tardísimo, si prefieres lo dejamos para mañana.

— ¿Estás loca o es que en esa reunión te han sorbido el cerebro? Te espero aquí.

— Llego en media hora. Lo que tarde el metro, ¿vale?

— ¡Que sí pesada!

La cena me estaba sabiendo a gloria y es que pensándolo bien no había probado bocado desde el café con tostadas de la mañana. Antes de la reunión con el súper jefe tuve que poner al día los montones de trabajo rutinario. Luego me pasé la hora del almuerzo ultimando los detalles de la próxima presentación para uno de nuestros mejores clientes y, cuando pensaba que podría tomarme 5 minutos para ingerir un tentempié de la máquina de refrigerios, de vuelta a la sala de reuniones. Y así hasta ahora.

— ¿Pensas dejar de engullir y contarme cómo te ha ido todo hoy?

— Bien, podemos irnos en septiembre.

— Perfecto y qué te parece la ruta inicial...

— Para empezar no está mal aunque habrá que decidir los puntos exactos en los que quedarnos y buscar alternativas por si acaso.

— Tranquila Rebeca. Tendremos un plan B, C, e incluso D si hace falta. Y cambiando de tema, ¿te ha llamado ya alguien por lo del anuncio?

— Todavía no.

— ¿Por qué pones esa cara?

— No es nada, solo que me da un poco de pena que algún desconocido duerma en mi cama, coma en mis platos... Ya sabes, se me hace raro.

— Sí, a mí me pasaría lo mismo. Por suerte es mi hermana Andrea la que se quedará con mi apartamento.

— Bueno, no sé qué es peor, si un desconocido o una adolescente en plena ebullición sexual.

Acuérdate de nuestros primeros años en la facultad, estábamos ansiosas por tener una casa propia, un lugar donde celebrar juergas interminables, donde la lujuria y el deseo...

— ¡Para! Que al final voy a terminar por poner un anuncio en Internet como tú.

— Déjalo ya.

— Está bien. ¿Qué tal el nuevo?

— No es mi tipo pero creo que a ti te gustaría. Castaño, bonita sonrisa, ojos risueños. Parece buen tío...

— Pero...

— Hay algo que no me encaja. ¿Qué hace un genio de la comunicación aquí? Si todo lo que cuentan de él es cierto, créeme que no necesita hacer una sustitución en mi agencia. ¡Pero si tenía la suya propia!

— ¿Quieres dejar de buscar pasados sórdidos en la vida de la gente? A veces pienso que hemos visto demasiadas películas.

— De indios y vaqueros, ¡María, no me jodas! Sabes de sobra que la mayoría de los creativos del mundo matarían por terminar su carrera al frente del departamento de comunicación de una multinacional. Es el merecido descanso del guerrero: buen horario, un solo cliente y eso estaría muy bien para alguien como yo, dentro de unos años. Pero él, era su propio jefe, ¿qué le ha podido pasar para querer estar bajo el yugo del súper jefe, lejos de su casa, de sus amigos?

— Le habrán hecho una buena oferta económica. No es tan raro. Solo tienes que ver cómo los futbolistas pasan de su equipo del alma a su máximo rival sin rasgarse las vestiduras. ¿No eras tú la que decías que todo es susceptible de ser vendido? Pues eso, si hay una buena oferta, todos compramos.

— ¿Desde cuándo te has vuelto tan consumista?

— Era solo un punto de vista diferente. Quizás le pasa lo que a nosotras y solo quiere darse una oportunidad, vivir experiencias nuevas. ¡Qué tiene de malo! Nosotras estamos haciendo lo mismo.

— Y según tú ¿qué estamos haciendo?

— Mirar el mundo desde una perspectiva diferente. Un ángulo que nos resulte más convincente y favorable emocionalmente.

— María, creo que te suena el móvil.

— Pues yo estoy casi segura de que es el tuyo... Si no cambiases el tono cada dos por tres sabrías cómo suena.

— ¿Quién será a estas horas? —y puse cara de póquer mientras rebuscaba en el fondo del bolso.

— ¿No reconoces el número?

— Número privado. Espero que no sea alguno de los inútiles de la agencia. Por hoy ya he tenido suficiente... ¿Dígame? —y esperé a escuchar la respuesta.

— Buenas noches, soy Álvaro. No nos conocemos y sé que es un poco tarde, pero como en el anuncio decía “llamar noches”...

— Sí, sí., espere un momento —tapé el auricular y moviendo los labios aclaré a María que era la primera llamada respondiendo al anuncio—. Dígame. Entonces, ¿está usted interesado en alquilar el piso?

— Así es, pero no me hables de Ud. Acabo de cumplir treinta y cinco, aún no me he ganado el trato preferente.

— Disculpa, decía que imagino que llamas por lo del anuncio —dije impostando de nuevo mi voz para parecer más seductora y cercana tratando de provocar una cierta complicidad con mi interlocutor.

— Exactamente. Solo espero que no sea demasiado tarde y que todavía no hayas encontrado inquilino. Estoy muy desesperado.

— Espera. Creo que lo mejor es que te explique primero las condiciones del contrato. La duración sería de un único año, de noviembre a noviembre del año próximo, sin posibilidad de renovación. No

puedes hacer reformas, solo dejo lo básico, el resto debes traerlo tú. Además debes dejarme dos meses en concepto de fianza y pagarme uno por adelantado si vas a quedarte con el piso. No puedo arriesgarme a que me dejes colgada en el último momento. Y si te vas antes del año deberías pagar una penalización por el valor de seis meses.

— Estoy de acuerdo en todo. El único problema es que debo entregar las llaves de mi apartamento a finales de septiembre.

— Pues yo necesito la casa hasta finales de octubre... Como te trataba de explicar, esas son las condiciones y no puedo hacer nada en ese punto —insistí tajantemente rozando casi la bordería.

— ¿Te puedo hacer una pregunta?, ¿tú estás segura de que quieres alquilar el apartamento?

— Por supuesto. Pero esas son las condiciones y no puedo dejarte entrar en octubre porque tengo un viaje programado y no me iré hasta finales de ese mes.

— Ok, entiendo. Ya veremos cómo organizarnos si me gusta la casa. Me gustaría verla lo antes posible.

Empiezan las reformas de mi apartamento en octubre y aún no he encontrado un sitio adecuado al que mudarme.

Parecía realmente agobiado y algo en su voz terminó por ablandarme...

— Disculpa, no quería ser grosera. ¿Y estás dispuesto a pagar el contrato de un año solo por unas obras en tu casa? ¿Es que vives en Buckingham Palace?

— La estimación del constructor ha sido entre nueve meses y un año. Créeme, soy arquitecto y cuando dicen eso, en realidad te están queriendo decir que la obra de El Escorial fue un arreglito de nada.

— Está bien. ¿Todavía estás interesado en pasarte y ver el piso?

— Por supuesto. ¿Mañana te viene bien? Podría pasarme a la hora del almuerzo.

— Lo tengo un poco complicado pero supongo que intentaré escaparme una hora. Anota la dirección, Calle Arrabal, 57, 2ª planta.

— Perfecto. A las dos y media me paso por allí.

— Hasta mañana, entonces.

— Hasta mañana Rebeca.

álvaro

Nunca he sido un Don Juan. Al menos no uno de esos que se describen en los manuales y contra los que una mujer debería estar protegida. Pero tampoco he sido un tipo reacio al enamoramiento.

Conozco a muchos tíos, amigos y colegas de profesión que se jactan de no estar atados a ninguna mujer, sin embargo, aunque tarde aprendí que en el amor la clave para recibir del otro está en dar en igual o mayor medida. Así que a mis treinta y cinco años y con un divorcio a mis espaldas sigo en la brecha. Mi última anotación en el currículo del amor es mi actual relación de dos años con una compositora de música para piano que es algo mayor que yo.

— Las obras tardarán todavía entre nueve meses y un año más —le conté mientras tomábamos un café después de cenar.

— Pero si habías dicho que te entregaban las llaves de la nueva casa este noviembre...

— Así estaba previsto pero han denegado uno de los permisos de obra y tenemos que replantear

toda la planta de arriba para que reciba la luz directamente y ahorrar energía —por si alguno de vosotros no se ha dado todavía cuenta soy arquitecto—. Si no podemos tocar la fachada será como empezar de cero. Así que al final la obra se retrasará más de lo que en un primer momento habíamos pensado.

— ¿Y no puedes retrasar la entrega de las llaves de tu apartamento hasta entonces?

— Fue lo primero que pensé. Pero, ¿quién en su sano juicio se compraría una casa y retrasaría un año más de lo previsto la mudanza solo porque el antiguo propietario ha tenido un imprevisto?

— ¿Pero has probado a llamarles?

— Sí, y no hay nada que hacer. La compra es efectiva y ellos ya se han organizado y necesitan hacer la mudanza a finales de septiembre.

— ¡Vaya fastidio!

— ¡Ni que lo digas! En breve estoy en la calle.

— Solo si quieres... Aunque no creo que haga falta que te lo diga, puedes quedarte en mi apartamento todo el tiempo que necesites. Nunca hemos vivido juntos más que un par de semanas durante las vacaciones así que igual la experiencia nos sirve como una especie de ensayo general.

Nada más escuchar las palabras “ensayo general” empecé a visualizar imágenes de nueva boda y

palidecí de repente. Me estaban dando escalofríos solo de pensarlo. Con todos los problemas que tenía con las obras de la casa y lo estresado que estaba en el trabajo, lo último que necesitaba en ese momento era tener que someterme a una “prueba” que me llevase a subir un peldaño más en nuestra relación. Cuando nos conocimos hace dos años ambos convenimos que la clave para una relación sólida y duradera estaba en contar con el espacio suficiente para que cada uno disfrutase de su propia individualidad. Por ello, decidimos vivir en casas separadas. ¿Por qué tendríamos que romper las reglas? Ya he pasado por el matrimonio y la convivencia y no necesito ningún ensayo general para saber que no me interesa.

— Las cosas están bien así —respondí rechazando su invitación fríamente.

— Así ¿cómo?

— Así como hasta ahora.

— ¿Viéndonos un par de días por semana? —ironizó ella mirándome con expresión escéptica—.

¿Pasando el rato frente al televisor y sin apenas nada que decirnos? —Yo solo asentía con un leve pero desafiante movimiento de cabeza, ¿qué podía decir ante semejante perorata?—. ¿Sabes?, las cosas no tienen que ser así. O al menos, no deberían serlo.

— No entiendo a qué viene ahora todo esto. Desde el principio los dos estuvimos de acuerdo en que lo nuestro era diferente...

— Y lo era. Siempre he creído que la diferencia enriquece una relación pero entre nosotros es la indiferencia la única que está presente. ¿Es que no lo ves? —la vi levantarse de la mesa y volverse hacia mí con una mirada que podría haber helado el océano Atlántico—. Tengo más de cuarenta años y ya somos lo suficientemente maduros para afrontar esta situación.

— Y ahora, ¿qué es lo que tenemos que afrontar? —le pregunté escondiendo la cara entre las manos.

— La realidad. Veo que no tienes el valor necesario para hacerlo por ti mismo, así que ésta es tu oportunidad para terminar con esta relación dignamente.

Es curioso como en ocasiones se suceden los acontecimientos. Tan solo dos días antes del fatídico desenlace de la que ya es mi última relación sentimental, charlaba al teléfono con Laura, mi única y adorada hermana, que una vez más intentaba poner algo de orden en mi vida.

— Álvaro, ¿sigues ahí?

— Sí, claro, te escucho.

— ¡Ya lo veo! Que morro tienes, si llevo más de tres minutos hablando sola... Me gustaría que esto fuese una videollamada solo para comprobar que además de estar pensando en las musarañas ya te habrás comido la mitad del lápiz que tienes en la boca.

¿Cómo lo hacía? Tal y como ella decía, el lápiz con el que estaba jugueteando estaba mordisqueado y tuve que admitir que no había escuchado ni una de sus palabras. Así que, en lugar de admitir que llevaba razón, me limité a desviar la conversación hacia otros temas con muy poco éxito, ya que a Laura le gustaba ir al grano.

— Como quieras Laura. Ya que me conoces tan bien, ¿por qué no me ayudas un poquito en lugar de criticarme todo el tiempo?

— ¿Ayudarte a qué? Tienes un trabajo que te apasiona. ¡Eres un auténtico adicto! Tienes una pareja que siempre te apoya y que incluso ha aceptado que viváis en casas separadas. Y en unos meses, cumpliendo con la mayor aspiración de tu carrera profesional, vivirás en la casa que tú mismo has diseñado y con la que siempre habías soñado. ¿Me puedes decir entonces por qué un retraso en las obras te tiene de ese humor de perros? ¡No se está acabando el mundo!

— No estoy de un humor de perros —rebatí—. Solo estoy un poco desubicado con todos los imprevistos de la casa. Lo tenía todo controlado y, de repente, toda mi vida está patas arriba.

— ¡Hombres! Os ahogáis en un vaso de agua.

— Glu, glu, glu... Y, bromas aparte, tienes toda la razón. Admito que lo tengo todo para ser feliz: trabajo, amigos, familia y pareja, ¿qué más se puede pedir?

— Nada más si te limitas a analizar la superficie. Lo que más me preocupa es la falta de entusiasmo que trasmites cuando hablas de algunos aspectos de tu vida. Aunque digas que eres feliz parece que sea todo lo contrario. Si quieres un consejo, si yo fuera tú, intentaría averiguar qué es lo que le falta a tu vida o, ¡vete tú a saber!, igual es lo que le sobra.

— ¿A qué te refieres ahora?

— Pues que creo que no estás satisfecho y, honestamente, pienso que te has olvidado de lo que es amar y ser amado. Te pondré un ejemplo —Laura era única poniendo ejemplos, sobre todo, si eran ella y su marido los modelos a seguir—. Sergio y yo somos una pareja feliz, nos compenetramos a la

perfección. Cuando discutimos, que lo hacemos como cualquier hijo de vecino, tratamos de aprender de nuestras diferencias y ambos estamos seguros de que ante cualquier adversidad nos tendremos el uno al otro. Pues bien, si un día las diferencias no nos acercaran sino que provocaran lejanía y sintiera esa desazón que se lee entre líneas cuando tú hablas, entonces tendría muy claro que lo mejor sería seguir yo sola.

— ¿Me estás tratando de decir que tengo que dejar mi relación?

— Lo que te estoy diciendo es que si no es tu trabajo, igual tienes que buscar qué es lo que no te deja ser completamente feliz. Que si el problema está en el retraso en las obras, pues vas a tener que armarte de paciencia, buscarte un apartamento de transición y todo solucionado. Pero si el problema es tu relación, entonces ¡solúcialo! A veces pienso que tu idea de la pareja es alguien que quede bien en tu vida, no alguien que encaje realmente en ella.

— Admito que soy un adicto al trabajo y, de momento, a eso no quiero ponerle remedio. Estoy demasiado orgulloso de todo lo que he conseguido. Disfruto cada segundo que paso en la oficina, incluso cuando hay contratiempos como los de la nueva casa. Pero nada de eso importa porque estoy convencido de que cuando todo pase me sentiré muy satisfecho con el resultado. Aunque para eso queda al menos un año. Y en cuanto a mi relación, las cosas entre nosotros están muy claras desde el principio. Así que... ¡hermanita, deja de hacer conjeturas sobre mi vida sentimental!

— Si tú lo dices...

— Te lo digo. De momento el único de mis problemas es que en breve seré un vagabundo, un vulgar sin techo.

— No me hagas sentir culpable por no poder ofrecerte una habitación. Si no encuentras otra solución siempre puedes compartir habitación con tus sobrinas... ¡ellas estarían encantadas!

— ¡Ni loco! Adoro a esas niñas pero un año en vuestra casa tiene que ser como una sobredosis de algodón de azúcar.

— ¡Qué gracioso!

— Pero si sois la familia corazón... Cosa que yo admiro.

— Pues si tanto la admiras ya sabes lo que tienes que hacer...

— Vaya perra te ha dado hoy con mi relación. De verdad, no te preocupes, en ese sentido estoy bien cubierto. Tengo una relación tranquila con una persona normal y, con los tiempos que corren, con tanta loca suelta, me puedo sentir afortunado.

— Si tú lo dices...

— No te preocupes más por mí, ¿ok?

— ¿Por qué no llamas a mamá? Ella estaría encantada de abrirte de nuevo las puertas del hogar

—me dijo en tono malicioso y desafiante.

— ¡Ni borracho! Empezaría a tener pesadillas sintiéndome de nuevo un adolescente y viviría con el miedo de levantarme una mañana y tener la cara llena de acné.

— Espera un momento —me dijo como el que pronuncia un eufórico eureka—. Igual tengo la solución y puedo ayudarte de verdad. Hay una página en internet súper buena. La miro siempre que me permito soñar con comprar una casa más grande y quizás haya algo para ti. Si quieres te puedo mandar los links con las ofertas más interesantes.

— Gracias por cuidarme y por preocuparte de tu indefenso hermano —le tomé el pelo ante su empeño por resolverme la vida—. Hazme saber si encuentras algo, ¿ok? Ahora tengo que dejarte. Te quiero hermanita.

— Y yo más. Hablamos más tarde y te digo a ver qué he podido encontrar.

Colgué el teléfono seguro de que Laura pensaba que si no podía darme un techo en el que guarecerme, lo mínimo que podía hacer era colaborar en la búsqueda de una casa en mi peregrinaje hacia el hogar deseado. Conociéndola, me la podía imaginar rebuscando online, descartando, entre la larga selección de anuncios, los que evidenciaban demasiado la creatividad del vendedor y ver su cara de satisfacción al encontrar lo que buscaba y me mandaba el siguiente WhatsApp:

“Apartamento amueblado. Zona centro. Contrato exclusivo por un año. Llamar noches. Rebeca.

6995554542”. ¡Llámalas! Es escueto, conciso, y con un universo de posibilidades por descubrir.

Sin embargo cuando lo leí, lejos de seguir su consejo, me limité a sonreír y guardar el contacto en el móvil, sin pensar que dos días más tarde, sin casa y sin novia, ése iba a ser el único tronco al que agarrarme.

La calle donde estaba localizado el apartamento de Rebeca parecía tranquila. Era paralela a una de las vías principales del centro pero no me pareció ruidosa, solo se oía el murmullo lejano de los coches y alguna sirena intermitente. Me recordaba a una de las callejuelas del barrio al que me mudé cuando me fui de casa, nada más acabar la universidad. Durante varios años compartí piso con un antiguo compañero de facultad, un prometedor arquitecto valenciano, completamente obsesionado por la Guerra de las Galaxias. ¡Vaya elemento! Su pasión por la saga de George Lucas era tan grande que había bautizado a su cocker color canela con el nombre de Han, porque decía que estaba todo el día solo; había llamado Halcón Milenario a su coche; y a su padre, con el que no se hablaba desde que se divorció de su madre, lo apodaba Vader. Y aunque pueda sonar a coña marinera, después de años de prácticas aquí y allá, decidió volver a Levante para abrir su propio estudio y al final se casó con una moza del lugar que había sido fallera mayor en las fiestas de su pueblo. ¡El muy friki había conseguido a su Princesa Leia!

Di una ojeada más a los edificios colindantes y mi reloj de pulsera confirmó que ya eran las dos y media de la tarde, así que llamé al portero automático y esperé a que la voz de Rebeca contestase a mi llamada. Con el silencio como respuesta, recordé que ella me había dicho que lo tendría complicado para escaparse... Así que ahí estaba yo, de pie como un pasmarote frente a su portal, esperándola y

¡muriéndome de ganas por conocerla!

Desde nuestra llamada telefónica del día anterior estaba impaciente por verla. Los minutos se hacían

cada vez más lentos y me sentía como un niño la mañana de Reyes. Esperaba llevarme una buena sorpresa. Quería poner cara y cuerpo a esa mujer directa y un poco borde que me había intrigado tanto. Hubo algo en su forma de hablar, contundente y sin tapujos, que me había erizado el vello de todo el cuerpo. ¡Si hasta me había empalmado! Y juro que esa había sido la primera vez que me pasaba con una mujer a la que nunca había visto. ¿Sería ese el morbo que provoca el teléfono erótico?

Unos metros más allá de mis pensamientos y ensoñaciones, un taxi se detuvo y de él se bajó una joven mujer con aspecto bastante alborotado. No estaba seguro de que fuera Rebeca pero si mi intuición era cierta y lo era, ¡superaba con creces la mejor de mis fantasías! Como una experta malabarista, sostenía con dificultad un maletín, tres bolsas del supermercado de El Corte Inglés y recogía el cambio que el taxista le ofrecía, a la vez que buscaba algo en el interior de su bolso.

Aunque decir bolso era quedarse corto. Se podría decir que era una gran saca en la que cabrían cinco

kilos de patatas, dos litros de aceite, 3 docenas de huevos y la mismísima sartén para hacer una tortilla tamaño familiar. ¡Ay las mujeres y sus bolsos! Probablemente se deba a un trauma infantil provocado por el impacto que me había causado ver cómo Mary Poppins sacaba de su bolso lo que podría constituir una mudanza completa. ¿No lo recordáis? ¡Dentro tenía hasta un perchero de madera! Desde entonces me pregunto si todas las mujeres son brujas como la encantadora niñera... O

si simplemente usan el bolso empujadas por su afán de guardarlo todo. Y es que digo yo ¡qué necesidad tienen de salir de casa cargadas de esa manera! Y, lo mejor de todo, ¿por qué lo hacen solo de día? Es uno de los grandes misterios del comportamiento femenino: el modelo maxi-bolso es exclusivamente de uso diurno, porque cuando realmente podría ser útil, sobre todo para un hombre,

¡ellas no lo usan! Piénsalo bien, si quedas con una mujer para cenar, ella aparecerá con un bolso ridículamente pequeño en el que no cabe ni la tarjeta de crédito. Vamos, que no sirve para nada porque en él no cogen ni las llaves de casa, ni las del coche, ni la cartera, ni el tabaco...

Bolsos aparte, no sé si fue su habilidad para hacer mil pequeñas cosas a la vez o su aire desenfadado y rasgos impecables pero todo en ella me pareció terriblemente sexy. Estaba ligeramente despeinada y, aunque tenía unas leves ojeras que ensombrecían su mirada eso no le restaba ni un ápice de belleza. Esperé que no se diese cuenta de que le estaba dando un buen repaso pero ¡quién podría apartar la mirada de esos jeans desgastados que se ceñían a su cuerpo como un guante hecho a medida! ¡Qué curvas! Era sensual pero no vulgar. Llevaba una impecable camisa blanca bajo una levita de raya diplomática que le confería el toque justo de sofisticación que tanto me atraía en una mujer. Y recé al cielo para que fuera Rebeca.

— Perdona, ¿eres Álvaro?

— ¿Qué? ¿decías? —balbuceé saliendo de mi ensoñación. ¡Dios qué bien olía!

— Te preguntaba si eres Álvaro. Al menos espero que lo seas.

Asentí con la cabeza y ella dio por buena mi insonora afirmación. ¡Bien! Era ella... Y yo me sentí un tipo con suerte, mucha suerte.

— ¿Te importaría ayudarme? Es que esto pesa ¿sabes? —me sugirió señalando las bolsas que enrojecían

sus manos.

— Disculpa debes pensar que soy un maleducado —añadí mientras le cogía las bolsas haciendo alarde involuntario de mi excelente forma física.

— No te preocupes. Llego casi media hora tarde... ¿Subimos?

Conté treinta y seis escalones divididos en cuatro tramos de escaleras hasta llegar al segundo piso.

En el rellano había dos puertas y una ventana que daba a la calle por la que habíamos accedido al bloque de pisos. A riesgo de parecer enfermizo, cuando llego a un edificio suelo hacer recuento mental de los elementos más relevantes de su construcción y aunque me gustaría decir que en ese momento lo hice por deformación profesional la realidad era bien distinta. Intenté desviar mi atención del balanceo de sus caderas mientras subía las escaleras por delante de mí. ¡Quién podría juzgarme por ello!

— ¿Tienes vecinos? —pregunté tratando de iniciar una conversación.

— ¿Lo dices por la puerta de la derecha?

— Sí —afirmé monosilábicamente.

— Es solo una puerta de emergencia. Una especie de salida de incendios, aunque en realidad la usa el portero para la recogida de basuras. Pasa un par de veces al día. Es un buen hombre, está para lo que necesites. Es todo un manitas... —me dijo con un tono provocador que me sonó a coqueteo—.

Lo digo por si eres de esos que no saben cómo se usa un destornillador.

— Está bien saberlo —le contesté tratando de averiguar si me estaba tomando el pelo o si estaba intentado ligar conmigo.

Ella dejó las bolsas y el maletín en el suelo, sacó las llaves del bolsillo derecho de su levita y abrió la puerta. Desde donde me encontraba la escena, de repente, me pareció cotidiana. No sabía si los déjã vu de futuro existían pero sin comerlo ni beberlo deseé que esa escena se repitiese una y otra vez, que se convirtiese en la escena preferida de una película que no te cansas nunca de ver. Una en la que volvía a casa con ella todos los días y en la que compartíamos un hogar. Me quedé paralizado ante la novedad de mis sentimientos. ¿Desde cuándo había empezado a proyectar una familia corazón en la que yo era uno de los protagonistas?

— Pasa hombre. No te quedes en la puerta. Imagino que querrás ver la casa.

— Sí, sí, claro. Pero primero dime dónde quieres que deje las bolsas. ¿En la cocina, tal vez?

— ¡Por qué no! Sígueme, así empezamos por ahí. Después de todo has venido a ver la casa, ¿no?

Desde luego, era mejor asentir y seguirla que admitir que cada segundo que pasaba con ella los objetivos de mi visita parecían cambiar. De sueño erótico y sensual pasaron a fantasía familiar y, si me descuidaba, igual hacía una locura y le pedía matrimonio entre la visita al dormitorio y al cuarto de baño. ¿Qué demencia era ésa?

Decidí concentrarme en la visita guiada, obligándome a buscar defectos que me alejasen de ese terreno pantanoso en el que me estaba metiendo yo solito. Me fijaba en que todo estuviese limpio y ordenado. Y fue precisamente el orden que Rebeca había elegido al colocar los libros en la estantería del salón lo que me llamó especialmente la atención. ¿Los había colocado por colores? Nunca había conocido una persona así. La gente normalmente suele ordenarlos por colecciones, por orden alfabético, por autor, por tamaños pero ¿por colores? Sonreí al pensar en los motivos que llevaban a una persona a elegir ese sistema tan peculiar y original. Cada pequeño detalle me proporcionaba una nueva información sobre esa encantadora mujer que no dejaba de hablar explicándome las ventajas que tendría para mí alquilar su apartamento. Pero yo seguía tan intrigado por averiguar quién sería la auténtica Rebeca que, en lugar de seguir sus explicaciones, me recreé pensando en la mujer de grandes contradicciones que tenía delante. Al teléfono fue directa y cortante, al salir del taxi parecía caótica y alocada. Y, ahora, su casa era un fiel reflejo de esa dualidad. Como buen arquitecto y analista de interiores, cada estancia me daba más pistas sobre ella. Aparentemente, se trataba de una mujer estricta y fría pero, deteniéndome en detalles como el de los libros de colores, descubrí una mujer con una creatividad inusual en alguien con un carácter tan severo. Era como si bajo esa fachada impecable y estricta habitase un alma creativa, libre y poco convencional que se muriese por salir. Y deseé ser testigo de ello en cuanto ocurriese. ¡Esa mujer era un auténtico volcán a punto de entrar en erupción!

— Bueno, esto es todo. ¿Qué te parece? —me preguntó Rebeca una vez me hubo mostrado las tres estancias de la casa. Cocina, baño y salón-dormitorio.

— Me gusta mucho lo que veo —contesté a su pregunta sin perder de vista la agradable visión de un tendedero lleno de ropa interior de encaje negro. ¡Mi preferida!

— No quiero presionarte más de lo necesario pero me gustaría saber lo antes posible si te vas a quedar con el apartamento. Tengo mil cosas que hacer antes de irnos y necesito despreocuparme de todo esto lo antes posible.

— Espero que no te parezca una indiscreción pero ¿cómo es que dejas el apartamento un año?

¿Por trabajo?

Fui completamente consciente de que estaba desviando la conversación hacia un terreno más personal pero la visión de la lencería de encaje negro se estaba mezclando cada vez más con la de su propietaria. Menos mal que Rebeca no podía leerme la mente, porque lo único que vería sería un

striptease privado e íntimo en el que ella se despojaba lentamente de cada una de sus prendas para mi propio deleite.

— Tranquilo, es normal que lo preguntes. Y, en parte, sí, es algo relacionado con el trabajo. Me he cogido un año sabático —me contó ajena a mis pensamientos.

— ¿Qué quieres decir? ¿Realmente existe? ¿Me prometes que eso del año sabático no es una leyenda metropolitana? —no salía de mi asombro. Cada vez me sentía más fascinado por esa mujer que con cada acción confirmaba que tras su apariencia fría y distante se escondía un mar de sorpresas.

— Existe, existe... Nos vamos a hacer un viaje en el que recorreremos más de medio mundo.

— ¿Vais? ¿Estás casada o algo así?

En realidad no existía ninguna señal en el apartamento que me indicase que lo compartía con un hombre así que imagino que aquellas palabras surgieron de mi boca para acallar la incipiente curiosidad que sentía por ella.

— No, ¿por qué? —me preguntó sonriendo.

— Simple curiosidad —respondí mirando el reloj de pulsera intentando esconder la satisfacción que me había provocado saber que estaba soltera.

— ¿Tienes prisa? —quiso saber Rebeca.

— No demasiada —le dije a modo de disculpa por haberla incomodado con mi insistencia mirando el reloj—. Lo cierto es que vine directo desde la oficina y me gustaría comer algo antes de volver.

— Bueno entonces no te entretengo más. Ya has visto cómo es la casa, solo te queda decidirte.

Pero no tardes mucho, si no quieres la casa tendré que empezar a enseñarla a otras personas. Ya sabes que ando un poco apurada de tiempo. Por favor, llámame cuando lo hayas meditado.

— No creo que sea necesario.

— ¿No? ¿por qué? —sentí el miedo reflejado en su voz.

— Creo que ya he tomado una decisión.

— ¿Y? —preguntó temerosa, cerrando los ojos como los niños cuando no quieren ver una posible realidad espantosa.

— ¡Me la quedo!

Tras los recientes acontecimientos no había ninguna duda de que en el terreno sentimental mis mayores logros estaban aún por llegar. En cambio, profesionalmente me sentía en el cénit de mi carrera. Soy un privilegiado, lo sé. En tan solo unos pocos años he alcanzado lo que muchos arquitectos no conseguirán en toda su vida. Tuve la suerte de empezar unas prácticas en Construcciones P&S nada más licenciarme y en solo seis meses me ofrecieron un contrato para quedarme. Fueron años de gran aprendizaje pero llegó un momento en el que la competitividad absurda y un sistema de trabajo anclado en el pasado, poco creativo y nada flexible empezaron a minarme. Yo amaba mi profesión y cansado de escuchar frases del tipo: “esos materiales son de una calidad excelente, deberíamos abaratar los costes” u otras como “demasiado innovador”, opté por cerrar esa etapa de mi vida y lanzarme a la aventura. Desde hace tres años trabajo en solitario. No es que sea un freelance, más bien me arriesgué y decidí abrir mi propio estudio de arquitectura. A todos les pareció una locura pero ¿cuál fue mi sorpresa? Muchos de mis clientes en Construcciones P&S

decidieron acompañarme en mi nueva etapa y, gracias a ellos, recibí el impulso que necesitaba para sobrevivir el primer año. Con la seguridad que me daban sus contratos, la ayuda del boca a boca y un

importante concurso público que ganamos, he llegado hasta aquí cumpliendo mi sueño. Como nunca fui un

empleado al uso tampoco soy un jefe cortado por un patrón dentro de la norma. En el estudio todos me llaman por mi nombre y rechazo el trato de Ud. como si fuera un insulto. Bajo mi humilde punto de vista la clave del éxito es potenciar el espíritu de equipo tratando que todas las piezas encajen perfectamente. Me gusta pensar que en el estudio todos nosotros somos como uno de los edificios que proyectamos sobre papel, cada ladrillo cumple su función contribuyendo a la estabilidad del conjunto.

— Álvaro, hay una señorita en la entrada que pregunta por ti. Dice que trae unos papeles para que los firmes —me informó la nueva secretaria cuando entró para dejarme unos permisos de obras.

— Marta, ¿sabes su nombre?

Marta apenas llevaba unas semanas en la oficina y todavía no estaba familiarizada con la mayoría de nuestros clientes. Tenía cuarenta y dos años y era su primer trabajo. Según me lloriqueó el día de la entrevista, su marido acababa de dejarla por una chica más joven, “al menos veinte años más joven, usted sabe” y ante el panorama familiar que le había dejado, “dos bocas que alimentar y una educación que darles para que no terminaran siendo unos inútiles en la vida”, la contraté a pesar de su evidente falta de experiencia.

— He olvidado preguntárselo. Si quiere vuelvo y se lo pregunto.

— Marta, no te preocupes, salgo en unos minutos.

Ella volvió sobre sus pasos y al abrir la puerta de par en par pude ver quién era la visitante inesperada. La imagen de Rebeca me provocó un vuelco en el estómago que me impidió respirar con normalidad. ¿Qué tenía esa mujer que me alteraba de ese modo?

— Buenos días. ¡Qué sorpresa! No te esperaba.

— He pasado por la gestoría a recoger el contrato y he pensado que si me pasaba por aquí lo podíamos firmar hoy mismo y así acabábamos con esto cuanto antes.

— ¿Quieres librarte de mí tan pronto?

— No es eso. Es que tengo la sensación de que me faltan horas y días para cerrar todas las cosas del viaje.

— Tranquila, solo bromeaba —dije para calmarla—. Entonces, ya tienes el contrato de alquiler...

— Sí, aquí lo tengo.

Leer el contrato, revisar las cláusulas y estipular los sistemas de pago estaba dando a la visita de Rebeca el cariz de una reunión de trabajo y eso no me estaba gustando un pelo. La notaba tensa y la conversación fluía bastante forzada. Sinceramente, había pensado que nuestro segundo encuentro sería mejor que el primero. En los últimos días había fantaseado imaginando cómo sería verla de nuevo y en ninguno de los casos había supuesto que fuera de este modo. Si al menos pudiera invitarla a tomar algo para conocernos mejor y por qué no, para descubrir algún que otro secreto más sobre ella. No me cabía ninguna duda de que me encantaba esa mujer y sentada frente a mí estaba preciosa.

Cuanto más observaba su delicado perfil, más ganas me daban de recorrer cada rincón de su piel con la

punta de mi nariz dibujando suaves caricias durante ese dulce paseo.

— Álvaro, he estado pensando que como dejas tu casa a finales de septiembre si necesitas trasladar algunas de tus cosas en esas fechas por mí no habría ningún problema. Poco a poco ya estoy trasladando al trastero lo que voy guardando, así que piénsatelo y nos organizamos —me sugirió Rebeca al tiempo que me ofrecía su mano a modo de despedida. ¿Ya se iba?

— La verdad es que no se me había ocurrido. Sería perfecto y me ahorraría gran parte del ir y venir al guardamuebles. Así que si te parece me organizo y te aviso con tiempo. No te preocupes —e imité su gesto de despedida para ganar tiempo mientras pensaba el modo de retrasar el final de su

visita—. Por cierto, ¿qué tal van los preparativos del viaje?

— ¿El viaje? ¿Cómo sabes lo del viaje? —me preguntó extrañada.

— ¿No lo recuerdas? Me lo contaste el día que fui a ver el apartamento.

Y una pícara sonrisa de Rebeca me dejó entrever que sí que lo recordaba. ¿Por qué tenía la sensación de que estaba jugando conmigo? Seguro que se estaba acordando de la conversación que mantuvimos en su casa y de mi evidente alivio cuando descubrí que no estaba casada. Tengo que admitir que yo me sentí notablemente reconfortado y juraría que, en aquel momento, ella pareció bastante complacida al descubrir mi interés. Entonces, ¿la atracción era mutua? Esperaba que realmente lo fuera y estaba cada vez más convencido de que tenía que hacer todo lo posible para comprobarlo. Soñar con ella todas las noches y despertarme con un calentón del quince me estaba matando. ¡No me masturbaba tanto desde que era un adolescente! ¿Le estaría ocurriendo a ella lo mismo? Si como sospecho le gusto tanto como ella a mí, dormir en la cama que será mía dentro de poco le podría estar quitando alguna que otra hora de sueño. Y mientras yo le deseaba la misma penitencia por la que estaba pasando desde que la conocí, ella me ponía al día sobre su viaje.

— Aunque no te lo creas, tengo la sensación de que cuanto menos tiempo queda para marcharme, menos atadas tengo las cosas.

— No me llamarás un día de estos para dejarme sin casa, ¿no?

Pese a mi incisivo comentario, la mirada cómplice y la sonrisa que acompañaron a mis palabras solo pretendían romper el hielo y la tensión que habían teñido nuestro diálogo hasta ese momento. Y

debía de haber funcionado porque Rebeca respiró profundamente y al expirar sentí que se liberaba de toda la tensión que le había impedido mostrarse con una mayor naturalidad.

— Y si lo hiciese, ¿qué sucedería? —me siguió el juego.

— Demasiado tarde, ya tengo el contrato firmado —le dije alzando la mano en la que sostenía los papeles que contenían los detalles del acuerdo que acabábamos de cerrar—. Pero como soy un caballero y jamás dejaría a una dama en la calle, te propondría compartir el apartamento conmigo.

Lo sé. ¡Eso era una directa en toda regla! Después de todo tenía poco tiempo que perder.

— Gracias. Es todo un detalle por tu parte —me respondió coqueteando abiertamente conmigo.

— Un placer... —y como no quería ser demasiado agresivo no fuera a ser que se asustara ante mi ataque frontal, decidí volver al tema del viaje—. Retomando lo del viaje, si necesitas algo tengo un amigo que trabaja en una agencia de viajes y podría preguntarle cualquier cosa o, si lo prefieres, podría ponerte en contacto con él directamente.

— Eres muy amable, pero no te preocupes. La idea es vivir una auténtica aventura. Así que estamos planificando lo mínimo indispensable. Ya hemos decidido que la primera semana la pasaremos en París y ya tenemos la reserva del avión y del hotel, y desde ahí seguiremos la ruta hacia Asia.

— Suena a viaje trascendental.

— ¿Trascendental? —preguntó algo incomoda.

¿Acaso había dicho algo que no debía? Era muy probable porque no me pareció dispuesta a contestarme. Así que decidí salir de las arenas movedizas en las que me había metido sin querer.

— Me refería a que tiene que ser difícil decidirse entre tantas alternativas posibles. Yo no podría elegir, querría ir a todos los sitios a la vez.

La conversación podría haberse alargado durante muchos minutos más pero Marta me anunció que ya había llegado la cita que había concertado con uno de mis abogados por lo que nuestra interesante charla se vio interrumpida.

— Me habría encantado invitarte a comer y continuar con esta conversación pero el deber me llama.

— Gracias de todos modos. Me ha encantado hablar contigo.

— En ese caso tenemos pendiente una comida o, lo que te venga mejor, para que me cuentes todas las novedades. Me muero por saberlo todo de ese viaje.

Y no le estaba mintiendo. Me parecía increíble encontrar a una persona que lo dejaba todo para ver mundo y, aunque me abstuve de expresarlo en voz alta, me intrigaban mucho los motivos que podrían haber conducido a Rebeca a tomar aquella decisión. Yo también estaba pasando por una etapa difícil pero nunca me habría planteado algo así. Sería como salir huyendo ante una adversidad. ¿Qué sería lo que explicaría el comportamiento de Rebeca? Casi no la conocía pero necesitaba saber si estaba escapando de algo, o tal vez fuera de alguien.

todos

rebeca

Era mi cumpleaños y, en otras circunstancias, me habría teñido de rubia platino, puesto una careta o un disfraz de mujer invisible antes que tener que soportar que alguien me señalase con el dedo diciendo: “Ahí va ésa, ya ha cumplido treinta años y aún no tiene novio”. Porque, no nos engañemos, aunque nadie

quiera reconocerlo, cumplir los treinta y no haber pasado por la vicaría, hoy en día todavía se considera un delito. Entre los amigos es más llevadero, pero cuando te reúnes con la familia no puedes evitar sentir cómo todos te observan como si padecieses una extraña enfermedad.

Los más jóvenes, ya envidados, no se acercan a ti ante el miedo de que sea algo contagioso; y los ancianos, simplemente se compadecen de ti diciéndose: “tan lista como parecía y es incapaz de retener a un hombre a su lado”.

Elucubraciones aparte, lo que trataba de contaros, es que era mi cumpleaños y que, a diferencia de los últimos diez cumpleaños de mi vida, por primera vez me alegraba de que lo fuera. ¡Era un día feliz! Y tenía múltiples motivos para que fuese así: me iba de viaje con mi hermana del alma, ya casi no me acordaba de Andrés y cuando lo hacía no sentía ni el más mínimo rencor, por fin había alquilado la casa y aunque me costase reconocerlo, ¡Álvaro me encantaba!

Estaba tan feliz que cuando María me propuso aprovechar mi cumpleaños para celebrar nuestra fiesta de despedida pre-viaje acepté encantada. Enseguida nos pusimos manos a obra porque todo lo que sea organizar me viene de casta.

Juntas pensamos en todos los que debían estar: Silvia, Julio, Alberto y Sandra no podían faltar.

Habíamos ido juntos a la universidad y eran los únicos compañeros de la facultad con los que aún seguíamos en contacto. Nos veíamos solo en las grandes ocasiones y sin duda, ésta era una de ellas.

Por lo que yo sabía Silvia y Julio, tras años de un eterno tira y afloja, habían logrado estabilizar su relación y tenían pensado casarse el año que viene. Alberto, por su parte, no lograba encontrar a su hombre ideal y, aunque nosotras insistíamos en que todos los que merecían la pena estaban en su lado de la acera, él siempre nos decía que eso es lo que decían las solteras para no reconocer que son un fracaso en el amor o, aún peor, en la cama. Sandra estaba opositando al noviazgo más largo de la historia. Si me funcionaba bien la memoria, ya eran ocho los años que Fran y ella estaban juntos, aunque ninguno de nosotros entendía qué encantos ocultos escondía su bien amado novio.

En la lista también habíamos incluido a la hermana de María, con la que mataríamos dos pájaros de un tiro. Por un lado nos abastecería de toda la música de moda y, por el otro, arrastraría a un regimiento de tíos buenos. De ese modo, la fiesta sería un éxito total porque una fiesta sin HOMBRES

con mayúsculas, nunca es una fiesta ya que pierde todo el aliciente y acaba con tu prestigio social. Si cometes el error de organizar una reunión social y descuidar ese pequeño detalle, todos recordarán ese día del siguiente modo: “Sí, mujer, aquella fiesta que estaba llena de calvos”, o aún peor, “Sí, la fiesta en casa de Rebeca que parecía una convención de informáticos”. Y si todos hablan de tu fiesta como una convención de informáticos quiere decir que tu vida social es tan pobre que has invitado a todos los cibernautas que has encontrado en el chat de los desesperados.

Una vez cerramos la lista de los incondicionales e imprescindibles, María insistió en que ampliáramos el círculo e invitásemos a algún compañero de trabajo, así que yo quedé en que se lo diría al nuevo y a algunas de las chicas de la oficina con las que me llevaba mejor y María haría lo

propio con la gente de su curro.

— Seremos unos veinte —contó María repasando de nuevo la lista.

— Eso si no se raja nadie, claro —añadí incrédula—. Nunca pensé que conociéramos a tanta gente.

— La verdad es que yo tampoco. No se nos olvida nadie importante, ¿verdad?

— Creo que no. Hemos llamado a la gente de la universidad, a los familiares más enrollados y a los del trabajo. Siento decirte que con eso se acaban todos mis contactos sociales.

— Oye, ¿por qué no invitas a tu inquilino? —me pinchó María tratando de ver cómo reaccionaba.

— ¿A Álvaro? —dije como si la ocurrencia de María fuera nueva para mí.

— Rebeca, cualquiera diría que tienes ocho apartamentos y tres chalets en las afueras y que no eres capaz de recordar a cuál de tus muchos inquilinos me refiero...

La adoraba, pero la muy cerda, sabía perfectamente cómo ponerme entre la espada y la pared.

— Bueno, podría llamarle pero imagino que no vendrá. Es un poco raro, ¿no? Casi no nos conocemos.

— Llámale, nunca se sabe. Igual no ve la hora de verte de nuevo —insistió metiendo el dedo en la llaga—. Mujer, no me mires así, era solo una sugerencia. Pero vamos, llámalo solo si te apetece que venga.

— ¿Qué quieres decir con ese “si te apetece”?

— Pues muy claro, es tu fiesta y si no te apetece intimar más con ese tío, pues no tienes por qué invitarle.

— La verdad es que me pareció bastante majo —dije con la boca muy, muy, muy pequeña. Antes

muerta que confesarle a María cuánto me ponía casi sin conocerlo—. ¿Sabes? Igual tienes razón y no es tan mala idea invitarle. Si surge algún problema con la casa mientras estamos fuera, igual le viene bien conocer a alguno de nuestros amigos por si no se puede poner en contacto con nosotras.

— ¡Cómo no se me había ocurrido a mí antes! ¡Qué otros motivos podrías tener! —claramente, su tono irónico denotaba que no se había tragado mi bola.

— Y nada más...

— Ja, ja, solo hay que verte los ojitos, ¿no hay nada más que quieras contarme? —y añadió con tono solemne—: ¡Habla ahora o calla para siempre!

Por un instante odié que me conociese tanto y tan bien. Tener amigos es una bendición que muchas veces puede convertirse en un calvario. Creen saberlo todo de ti y se sienten en la obligación de hacerte ver la luz y de darle un sentido a todas las señales que tratas de ignorar. Es cierto que, en muchas ocasiones, ella las ha visto antes de que yo fuese siquiera consciente de ellas pero esta vez no pensaba dejarme arrastrar. Por mucho que Álvaro fuera un tío interesante, con treinta y tantos, soltero (o al menos eso es lo que decía la ausencia de alianza en su dedo anular), bastante guapo, con una bonita sonrisa y una conversación interesante, ¡no pensaba sucumbir a la tentación! No ahora que tenía por delante la

oportunidad de vivir una aventura excitante.

Y para demostrarle a María que no llevaba razón y a mí misma que no necesitaba ver a Álvaro de nuevo, decidí que no iba a llamarle:

— Pues creo que tienes razón. No hay ninguna necesidad de que conozca a ninguno de nuestros amigos.

maría

¡Por fin viernes! Viernes de fiesta. Era el cumpleaños de Rebeca y como su amiga del alma me sentía feliz.

— Hoy, sí me puedo levantar... —traté de entonar con poco tino nada más abrir el primero de mis legañosos ojos—. El fin de semana será geniaaaaal...

Cantar nunca había sido lo mío pero siempre me sentaba bien hacerlo. Además, este iba a ser un día especial. Tenía que serlo. La casa de Rebeca estaría llena de gente que nos envidiaría en cuanto les contásemos los pormenores de nuestros planes de futuro. Y, por si fuera poco, no solo me encantan las fiestas, sino que por primera vez desde mi regreso de Sevilla, no me había despertado con esa sensación de angustia que me había acompañado desde mi vuelta. Aunque tengo que admitir que notaba un hormigueo en el estómago, algo así como el revoloteo de un puñado de mariposas, que incluso me impedía respirar con normalidad. Esa sensación se parecía a los nervios que había sufrido cuando decidí ir a conocer a David, pero mejor apartar ese pensamiento de mi mente. ¡Fuera los

“malos rollos”! La negatividad no tenía razón de ser.

Me sentía feliz y era mejor concentrarme en esa agradable sensación. Los recuerdos de lo que pudo ser y no fue no me iban a amargar la perspectiva de una noche inolvidable. De hecho, la única cosa importante, aparte de pensar en el modelito que ponerme esa noche, era llamar a Rebeca y ultimar los detalles de la velada.

— Buenos días —le saludé en cuanto respondió al teléfono.

— ¿Buenos? ¿Tú estás segura?

— ¿Ha pasado algo importante o son solo nervios de última hora?

— Guapa, que no es una boda. Y no, no ha pasado nada. Es solo que estoy rendida. Apenas he podido pegar ojo en toda la noche.

— ¿Y eso?

— Pues que he tenido unas pesadillas horribles con la fiesta. He soñado que estaba sola en casa y que de repente empezaban a llegar cientos de personas a las que no conocía de nada. Todo se llenaba de gente que bailaba y se reía, y no dejaban de cantar cosas extrañísimas...

— Pues no veo dónde está el problema. Las fiestas son así, reuniones de personas que se divierten como

pueden...

— Ya, pero es que cada vez había más gente y yo estaba sin ducharme, sin pintarme, con unas pintas de pordiosera impresionantes y, al final, terminaban echándome de mi propia casa. Acababa sola en la calle y sin un par de zapatos con los que caminar en busca de asilo.

— Así que has vuelto a soñar que andas descalza por todo Madrid.

— Sí, ya sabes lo que eso significa, ¿no?

— Ni me lo recuerdes. Tendremos una noche movidita.

— María, prométeme que esta noche no va a pasar nada malo—me rogó.

— Lo que te prometo es que va a ser una fiesta épica y estoy segura de que la recordaremos durante nuestro viaje.

— ¿Épica? ¿Como en 300^[4]?

— ¡Qué trágica te pones a veces!

— Trágica no. Es solo que yo preferiría que fuese una fiesta tranquilita y sobre todo que no pasase nada... ¡raro!

rebeca

09:10 p.m. y María no había llegado todavía. 09:15 p.m. y yo... ¡yo la iba a estrangular en cuanto la viera! Me acababa de llamar para decirme, muy tranquila por cierto, que iba a llegar un poquito más tarde porque, y cito textualmente, *“en el último momento he decidido ponerme esa camisa de seda negra tan bonita, la que solo me puse aquella vez que fuimos a cenar al restaurante hindú que estaba debajo de mi casa y, con las prisas, no me he dado cuenta y al ir a plancharla le he hecho un agujero*

¡del tamaño de mi puño!”. La pobre (pura ironía por si alguien no lo ha pillado todavía) tenía una depresión enorme porque no lograba decidir qué ponerse. Primero soñaba que caminaba por todo Madrid a pies descalzos y ahora esto. Cuando apareciera por la puerta la iba a matar. ¡Los invitados estaban a punto de llegar y ella sin aparecer!

09:30 p.m. y mi móvil sonó de nuevo. Dios, al menos esperaba que no fuera nadie diciendo que no podía venir, aunque pensándolo mejor prefería eso mil veces antes que mi sueño fuese premonitorio y la casa se llenase de desconocidos.

— ¿Sí? —respondí con la mente puesta en mis ansias en torno a la fiesta.

— ¿Rebeca?

— Soy yo. ¿Quién es?

— Soy Álvaro. ¿Quieres que te llame en otro momento?

Y antes de que pudiese contestarle, como si me estuvieran regalando un comodín de la llamada, el auricular pitó informándome de la entrada de una nueva llamada.

— Álvaro, disculpa. Me están llamando por la otra línea, ¿te importa esperar un minuto?

— No, para nada. Contesta que yo espero —y antes de que él añadiese “o si prefieres llámame más tarde”, ya lo había dejado en espera.

Ya en la otra línea pedí socorro a María. La necesitaba a mi lado inmediatamente.

— ¡Te quieres tranquilizar! Solo llamaba para decirte que ya se me ha pasado el berrinche y que salgo de casa en cinco minutos. Cojo un taxi y llego antes de que te dé tiempo a contar hasta cien.

— Vale, pero como llegue a 101 te mato. Y te dejo que tengo en espera a Álvaro —que por cierto,

¿para qué me habría llamado? Lo peor de todo era que con solo oír su voz me había subido la temperatura al menos diez grados... ¡Cómo podía ser tan sexy!

— ¿Tu inquilino? —y pude ver, como si la tuviera delante, la mirada retorcida de María—. ¿Pero no decías que no le habías invitado?

— Y no lo hice...

— Pues no sé a qué estás esperando. Si te ha llamado ahora es una señal.

— ¿Estás loca? ¿No querrás que le invite ahora? ¿Cómo te sentirías tú si alguien te invita a una fiesta en el último momento? ¿No te sentirías como segundo plato?

Y el silencio de María me confirmó lo que yo misma acababa de recordar. Había metido la pata

hasta el fondo y, sin quererlo, había removido lo que María llevaba meses intentando olvidar: su fin de semana en Sevilla.

— Lo siento, no quería...

— No te preocupes, ya lo he superado. Además, hoy celebras tu cumpleaños y te lo voy a perdonar. Considéralo un regalo extra.

09:35 p.m. Ya de nuevo al teléfono con Álvaro.

— ¿Álvaro? ¿Sigues ahí? Espero no haberte hecho esperar mucho —le solté del tirón sin dejarle tiempo ni para responder.

— No te preocupes. Estoy acostumbrado a que mi hermana me deje colgado horas al teléfono cuando me dice que será solo un minuto —me confesó con tono sorprendido y bastante agradecido por haberlo tenido esperando solo 8 minutos y 37 segundos—. ¿Te pilló en buen momento?

— Sí, sí... Hoy celebramos una fiesta en casa pero aún no han llegado los primeros invitados, así que has llamado en el mejor momento.

— Entonces creo que mi llamada no es muy oportuna —me dijo un tanto desilusionado—. Quería

saldar mi oferta de vernos antes de que te fueras y había pensado en invitarte a tomar unas copas si estabas libre. Pero veo que hoy no va a poder ser. ¿Puedo preguntar qué celebras?

— Tienes razón, hoy no puedo. Celebro mi cumpleaños y además la fiesta se ha convertido en una especie de despedida antes del viaje.

— Felicidades por tu cumpleaños. No lo sabía —se excusó—. Entiendo perfectamente lo inoportuno del caso, así que si te parece lo dejamos para otro día.

— Bueno, igual te apetece pasarte... Si no te importa que la casa esté llena de gente, claro

—¿realmente le estaba invitando? No fui capaz de entender en qué momento esas palabras habían salido por mi boca. ¡Pero si ni siquiera había tenido tiempo de procesarlas!

— ¿Estás segura? No quisiera ser una molestia, de verdad.

— Todo lo contrario, será divertido. Pásate a eso de las diez y media que ya estaremos todos.

— Pues entonces, hasta las diez y media.

— Espera que te doy la dirección —y evidentemente eso tampoco lo había procesado, malditos nervios... Solo oír su voz y el cerebro me dejaba de funcionar correctamente—. ¡Qué idiota! Ya sabes dónde vivo... después de todo dentro de poco ésta será tu casa.

Algo más tarde, los invitados empezaron a llegar y, al contrario de lo que había vivido en mi pesadilla de la noche anterior, lo estaban haciendo de forma ordenada. Ya eran unos quince cuando llegó María, alocada y con tanta prisa en el cuerpo que hablaba sin tomar aire entre palabra y palabra.

— Menos mal que he llegado después de la tarde

—un

silencio

para

tomar

aire—,

que he pasado. Primerolodelacamisay laplancha —un nuevo descanso—, yahoraparacolmo untaxista suicidaun pocomas y me mata cuando veníamos hacia aquí —terminó de contarme mientras nos abrazábamos y sus palabras retomaban el ritmo habitual de la conversación.

—No lo pienses más. Ya has llegado y sin ti ésta no sería una verdadera fiesta.

—¡Felicidades! —y nos abrazamos de nuevo—. Bueno, ¿qué ha pasado con tu llamada? ¿Va a venir?

—Pues no lo sé —me resistí a admitir que Álvaro hubiera aceptado mi invitación, ¿y si al final no se presentaba?— Quizás...

—Hombre misterioso, hombre peligroso. Controla esa sonrisa de boba o al final voy a tener razón, y no sabes cuánto voy a disfrutar diciéndote “TE LO DIJE”.

—¡Esta vez te equivocas! —pero la sonrisa bobalicona empezaba a fijarse en mis labios con firmeza y María supo que si el misterioso inquilino aparecía en la fiesta yo iba a caer, más bien a despeñarme, rendida a sus pies—. Y ahora, entremos, que ya están casi todos y no dejan de preguntar por ti. Además, Martín ya ha llegado, así te lo presento.

—Espera, antes de entrar, dime, ¿estoy rompedora? —y estallamos en carcajadas ante la ocurrencia de María. Y así, con una sonrisa de oreja a oreja, entramos en el salón donde todos se divertían.

Divisé al nuevo que estaba de espaldas charlando con Sandra y Fran como si los conociese de toda la vida. Mientras nos acercábamos hacia donde se encontraban, la cara de María se ensombrecía cada vez más y cuando toqué el hombro de Martín para que se girase y presentárselo a María, no hizo falta ni que se volviera para oír a mi amiga pronunciar:

—Hola David.

david

—¿María? —fue lo único que pude decir cuando me volví y encontré frente a mí a la única razón que explicaba por qué había hecho las maletas y me había mudado a Madrid. Y ahora que la tenía delante, me sentía un completo estúpido.

—¿Tan mala memoria tienes? —me acusó.

Yo seguía como una estatua de hielo en medio del salón de Rebeca sin poder articular palabra, lo que resultaba completamente absurdo. Desde que nos “separamos” había pensado más de un millón de veces lo que diría a María cuando nos volviésemos a ver y me había aprendido de memoria un sinfín de diálogos que había ido inventándome en previsión de cualquier posible reacción suya. Lo ridículo era que había llegado el momento y yo no conseguía salir de mi asombro. ¿Cómo me iba a imaginar que Rebeca y María se conocían? Si lo hubiera sabido antes todo habría sido mucho más sencillo. ¡Cuántas llamadas sin respuesta! ¡Cuántos mensajes en su contestador! ¡Cuánto tiempo perdido cuando la solución estaba justo ahí! Todos mis esfuerzos de los últimos meses solo habían servido para convencerme de que ella había cortado todos los puentes y que no quería saber nada de mí.

—No entiendo nada. ¿Tú eres David? Pero, si te llamas Martín —intervino Rebeca tratando de comprender la situación.

—Martín es el diminutivo de Martínez. Es así como me llaman algunos antiguos colegas de la universidad, como el hijo de nuestro jefe —traté de explicarle sin apartar la vista de María.

—María, te juro que yo no sabía nada —dijo Rebeca a su amiga, que se debatía entre salir huyendo o enfrentarse a mí directamente—. Te lo habría dicho. Lo sabes, ¿verdad?

—No te preocupes. En un país con más de cuarenta millones de habitantes, todos sabemos que lo más

normal es encontrarte con la única persona a la que no quieres ver, ¿no? —y abriéndose paso entre los invitados de la fiesta anunció—: Ahora disculpadme. Me voy a casa. Se me han quitado las ganas de celebrar nada.

—De eso nada —intervine tomando las riendas de la situación—. Si alguien sobra aquí ése soy yo.

Rebeca, gracias por tu invitación —entonces me giré para dirigirme directamente a María sabedor de que para ella yo era culpable. ¿De qué? Eso era lo que necesitaba averiguar—. María, necesito decirte una cosa antes de irme. Créeme que no sabía que ibas a estar aquí, pero no te voy a ocultar que me alegro mucho de que haya sido así. Quiero que hablemos y el hecho de que sigas tan enfadada conmigo solo demuestra que necesitamos hacerlo para aclarar todo lo que pasó.

María seguía allí de pie y, como no hizo amago de moverse cuando me acerqué hasta ella, le sujeté levemente la mano para impedir que se fuera de la fiesta hasta que yo hubiera terminado de decir lo que tenía guardado desde hacía tiempo.

—¿Alguien tiene un bolígrafo? —rogué a los presentes, y como por arte de magia me pasaron un lápiz y un papel donde pude garabatear mi número de móvil—. Por si ya no lo tienes, éste es mi número. Llámame por favor y hablamos con calma. Creo que tengo derecho a que me escuches.

—¿Y qué es lo que te da ese derecho? —me reprochó soltándose de mi mano.

—María, no es el mejor lugar para hablarlo. Solo te pido que recuerdes que antes de que todo lo que nos ha separado ocurriese, éramos amigos. Te echo de menos. Por favor, llámame cuando te calmes.

Mientras me dirigía a la puerta, vi a María correr buscando refugio en el baño. ¡Cómo lamentaba que estuviera sufriendo de esa manera! ¡Si al menos supiera qué le había causado tanto dolor! De

momento, lo mejor era que yo me marchara para que ella pudiera desahogarse y volver a la fiesta.

Nosotros ya encontraríamos un momento mejor para enfrentarnos a la realidad... Ahora que sabía cómo y dónde encontrarla, era solo cuestión de tiempo que me escuchara y poder solucionar lo que fuera.

—Martín, espera —Rebeca se acercó hasta la puerta cuando ya estaba a punto de salir—. ¡O David, o como te llames! Solo te voy a decir una cosa. Si lo que has dicho ahí dentro es cierto y realmente la echas de menos, ten mucho cuidado. Esta vez sé dónde vives y no voy a permitir que le hagas más daño. Ella no está sola, es muy importante que no lo olvides.

—¿Estás de mi parte o de la suya?

—Eso depende. Aunque algo me dice que de la de ambos.

—Gracias Rebeca —y le di un beso en la mejilla consciente de que tendría en ella una buena aliada en el caso de necesitarla.

—No cantes victoria tan pronto. Ella aún no te ha llamado y mucho te vas a tener que esforzar si quieres que cambie de opinión.

—Siempre me han gustado los retos. Después de todo estoy aquí, ¿no crees? Tú hazme un único

favor. Dile que cuando la vi dormir junto a mí la primera noche, comprendí lo que era ser feliz. Creo que tú eres la única persona a la que escuchará en este momento.

rebeca

Brujerías aparte, la fiesta no estaba saliendo como la habíamos planeado. Una vez que David salió de escena, fui en busca de María para rescatarla del baño y poder volver a la fiesta como si nada hubiese pasado. En la puerta del baño estaba Andrea, la hermana de María, tratando de convencerla para que abriese la puerta y la dejase entrar, aunque no había tenido mucho éxito hasta ese momento.

—Inténtalo tú. A mí no me hace ni caso —me suplicó.

—Yo me ocupo. Please, vuelve a la fiesta y distráelos. ¡Vaya lío se ha montado! —y la besé animándola a alejarse de la puerta que me separaba de María.

—¡María! —dije golpeando la puerta con los nudillos—. Soy Rebeca, ya puedes salir. David ya se ha ido.

Desde el otro lado de la puerta solo se oían sus suspiros ahogados y estaba empezando a preocuparme. ¡Malditos tíos! ¿Por qué había tenido que aparecer precisamente hoy y arruinarlos la fiesta?

—Venga María no te hagas de rogar. Así lo único que vas a conseguir es darle la razón. Te estás perdiendo nuestra fiesta de despedida. ¿Ya te has olvidado de que dentro de nada estaremos muy lejos? Venga boba, todo esto será solo una anécdota insignificante comparada con las maravillosas aventuras que viviremos.

Sabía que no estaba siendo muy convincente, pero al menos tenía que intentarlo. Porque si estuviera en su lugar, en medio de una crisis nerviosa provocada por el tío que más me hubiera importado en la vida, a mí me importaría un bledo lo que pudiera pasar durante el viaje. Podía ponerme en su lugar perfectamente y sentir lo que le estaba pasando. ¡Nadie como yo sabía cuánto le había costado a María apartar a David de su mente! Pero después de lo que había presenciado empezaba a pensar que María no lo tenía tan superado como ella decía.

En aquel momento el pestillo de la puerta se abrió y María me hizo una señal invitándome a compartir su refugio. ¡Menos daba una piedra!

—¿Qué te ha dicho?

—Tú, tan directa como siempre. ¿Seguro que quieres saberlo? Pensaba que ya lo tenías superado y que no te importaba lo más mínimo.

—Y yo también lo pensaba, ¡no te jode! —y empezó a sollozar de nuevo, así que le pasé el rollo de papel higiénico para que lo utilizara como pañuelos de papel infinitos—. ¡A ver si te piensas que estoy así por gusto! ¡Cómo me iba a imaginar que el muy cretino estaría aquí esta noche! —y se tiró a mis brazos llorando desconsolada.

—Venga, desahógate, llora todo lo que necesites. Ya ha pasado lo peor. Dios, no sabes cómo lo siento.

—Serás idiota. No es culpa tuya. Pero, joder, ¡qué pequeño es el mundo! — y volviendo sobre sus pasos me dijo—: Todavía no me has contestado. ¿Qué te ha dicho? He visto que hablabais en la puerta.

—¿De verdad quieres saberlo? —y asintió afirmativamente—. Pues quería que te dijera que y cito palabras textuales: “*Dile que cuando la vi dormir junto a mí la primera noche, comprendí lo que era ser feliz.*”

—¿Te das cuenta de cómo son los tíos?

—¿Cómo?

—¡Egoístas! ¡Que son todos unos egoístas y unos cobardes!

—María, no seas injusta. Se ve a la legua que el chico solo quiere arreglar las cosas —le dije en tono conciliador.

Sin embargo, la respuesta de María me dejó muy claro que necesitaba echar fuera toda la rabia y que aquél no era el mejor momento para dejarse llevar por sentimentalismos de ningún tipo.

—Pues si él quiere arreglar las cosas, ¡que se espere! —y levantándose muy resuelta se limpió el rímel corrido, se pasó las manos por el pelo retocándose el peinado y sentenció—: Yo me voy emborrachar y tú te vienes conmigo.

En menos de media hora ya habíamos recuperado el ritmo de nuestros invitados y nuestro nivel de alcohol en sangre habría roto los sensores de más de un control de alcoholemia. Tras superar a marchas forzadas las fases de depresión y exaltación de la amistad, María ya había entrado en la de locura transitoria. Sí, esa fase en la que es mejor que te pille lejos de un teléfono móvil o dentro de una cueva profunda sin cobertura porque seguro que lo usas para hacer lo que nunca deberías: LLAMAR A TU EX, ¡COMPLETAMENTE BORRACHAAAAA!

—¿Zabes qué es lo que voy a hazer? —me anunció.

—Creo que zí, pero zeguro que me lo vaz a decir de todas fodmaz —como os decía, no había que ser muy lista para adivinar lo que venía a continuación.

—Voy a cogez ed teléfono,(hip), perdona, le voy a llamar y le diré que es un zerdo y que eztá loco ci pienza que pod apadecer aquí con zu sonrisa de anuncio me voy a olvidaz de todo lo que me hizo.

—¡María! —dije tratando de advertirla. Y como el alcohol siempre me soltaba la lengua, obviamente, no pude callarme lo que me venía carcomiendo desde que les vi frente a frente —.

Recuerda lo que eze tío me dijo. Que zolo había zido feliz cuando te vio dormir junto a él. ¿Te daz cuenta? Eze tío te quiere.

Y aunque me encantaría contaros lo que pasó después, no tengo ni puñetera idea. Solo recuerdo que María llamó a David y que cuando colgó salió corriendo a mi habitación, se tiró en mi cama y se puso a llorar a moco tendido. Después de eso hay un agujero negro del tamaño de media España.

Ahora me encuentro en mi cama, completamente desnuda y con la ligera sospecha de que lo que hace que mi cama parezca un camello con dos jorobas, no es María. ¿Quién demonios respira y duerme plácidamente en el lado derecho de mi cama?

maría

La mañana después de la fiesta, me desperté con un dolor de cabeza semejante al que te provocaría un martillo de diez metros de diámetro si te golpease en el cogote. ¡Menos mal que mi hermana Andrea me había devuelto a casa sana y salva!

Tras varias horas de sueño etílico, sonó mi móvil y pude sentir a una banda de tamborileros paseándose a la altura de mis sienes para recordarme que si bebes, no solo no debes conducir, sino que es mejor que elijas otro momento para enfrentarte a tus fantasmas del pasado. Descolgué el teléfono más para acallar la maldita música que me estaba martilleando la cabeza que para hablar con quien diablos estuviera osando llamarme en ese instante tan poco apropiado.

—María, soy David y por favor no cuelgues.

—Está bien. Pero no me chilles, ¿quieres? Tengo un dolor de cabeza tremendo.

Me encontraba tan mal que solo pensaba en silenciar a la orquesta que tenía dentro de mí, así que decidí que siendo amable, tal vez, David colgase pronto. No se me ocurrió otro modo mejor ni más veloz que me permitiese cerrar los ojos de nuevo y dormir la mona, drogada por el analgésico más fuerte que pudiese encontrar en mi botiquín.

—No me extraña. Ayer te debiste beber hasta el agua de los floreros —el muy imbécil parecía mi padre aleccionándome sobre los peligros del alcohol.

—La verdad es que no lo recuerdo —admití—. Si me has llamado para decir idioteces te podrías haber ahorrado la llamada.

—Ya veo que no te acuerdas de las quince llamadas que me hiciste anoche.

—No sé de qué me hablas...

—Igual no lo sabes todo, pero seguro que recuerdas la primera...

—Estás disfrutando con todo esto, ¿verdad?

—Un poco sí, para qué negarlo. Y haciendo honor a la verdad, solo fueron siete llamadas.

—Ammm... —fue lo único que se me ocurrió decir en lugar de preguntarle lo único que me interesaba, ¿qué diablos le había contado en esas siete llamadas?

—¿No quieres saber lo que me dijiste?

¿Desde cuándo era capaz de leerme el pensamiento?

—María que nos conocemos —insistió—. Seguro que te estás muriendo de ganas de saberlo.

Y encima el niño se había levantado gracioso. Y yo me lo merecía, claro. Por borracha y por estúpida. Dios, ¡qué dolor de cabeza!

—Todo lo que se dice bajo los efectos del alcohol no tiene ninguna validez ante un juez

—repliqué tratando de evitar lo inevitable y de seguir la máxima de que no hay mejor defensa que un buen ataque.

—Ya, pero todos sabemos que ni los niños ni los borrachos mienten. Y tú me prometiste que hoy comeríamos juntos.

¡Mierda! ¿Sería verdad o se estaba aprovechando de mis lagunas mentales? Ante la duda, recurrí a lo más bajo, hacerme la digna y obviar el cumplimiento de cualquier promesa real o imaginaria.

—Lo siento pero no voy a ir a ninguna parte. ¿Has olvidado que estoy enfadada contigo?

—Pues ayer no decías lo mismo —me dijo tirando de guasa—. Vamos a ver, ¿por qué está mi niña enfadada? ¿Será por una apuesta quizás?

¡Coño! ¿Quién le había contado eso?

—María, sé que no te acuerdas, o al menos eso dices, pero anoche ya te conté que fue una chiquillada sin importancia. Una broma entre colegas. No puedes dejar de hablarme por eso.

—Si no tenía importancia, ¿por qué no me lo contaste en Sevilla?

—¡Pero si no sabía nada! Te llevé a la estación como me pediste y no me dirigiste la palabra en todo el camino, ni en el hotel ni en la mismísima estación.

Parecía realmente desesperado por aclarar el malentendido sevillano y con sus palabras se estaba empezando a resquebrajar el muro que había levantado entre nosotros con tanto ahínco.

—María, desde que nos vimos en el bar del hotel y durante todo el tiempo que pasamos juntos, créeme que “la apuesta”, como la llamas, era la última cosa que ocupaba mi mente. —Y siguiendo su alegato de defensa continuó diciendo, — no soy perfecto ni tampoco un santo pero te juro que si hubiera sabido lo que pasaría después te lo habría contado sin dudarlo. Por favor, María, dime algo...

—Ellos se reían de mí —contesté entre sollozos. Y es que la resaca a veces me jugaba malas pasadas como la post-borrachera llorona que se manifestó en aquel instante.

—María, ¿estás llorando?

—¿Yo? No —negué sin mucha convicción—. Solo respiraba con fuerza.

—María, por favor no llores. Ahora escúchame bien. Por favor, haz una cosa por mí. Camina hasta la puerta de entrada y ábrela lentamente.

—¿Estás loco? No puedo hacer eso, vivo en Madrid, ¿recuerdas?

—Hazlo, por favor. Y sigue hablándome. Tú no me dejes de hablar.

—¿Y qué quieres que te diga? —quise saber mientras andaba hacia donde él me había indicado, cumpliendo una a una sus pequeñas órdenes—. Desde luego me llamas y me haces comportarme como una estúpida...

Mientras pronunciaba esas palabras abrí la puerta y él estaba allí, bajo el umbral con una mano sosteniendo el teléfono móvil desde el que me había llamado y con la otra un ramo de pequeñas flores de vivos colores que se apresuró a entregarme.

—Y ahora solo tienes que darme los buenos días como una chica bien educada.

Entonces lo vi deshacer el espacio que nos separaba, secarme una de las lágrimas que se deslizaban por mi mejilla y besarme dulcemente, primero borrando las huellas de mi llanto y luego acariciando mis labios, mientras yo me fundía con él en un abrazo que me devolvió la seguridad perdida.

rebeca

Me parecía que llevaba horas postrada en la cama. Me daba miedo hasta respirar. No quería que nada pudiese despertar al intruso que había en mi cama, así que los músculos de todo mi cuerpo empezaban a sufrir los primeros síntomas de la inmovilidad forzada. Sentía leves calambres que salían del dedo gordo del pie derecho y subían por el tobillo agarrotándome el gemelo. ¡Qué dolor!, grité en silencio. Necesitaba salir de ahí... A cámara lenta levanté las sábanas para poder iniciar mi huida cuando mis ojos se entretuvieron observando el fantástico panorama que se escondía bajo el edredón. ¡Dios, que bueno está!, pensé. Qué pena me daba no poder enseñar al mundo ese culito... Y

después de una última ojeada una vocecita desde mi conciencia me advirtió de que el objetivo no era deleitarme ante aquel Adonis, sino salir a toda prisa de la habitación. Ante la urgencia, me puse lo primero que pillé entre un montón de ropa que había sobre una de las sillas y me dispuse a salir de

allí a hurtadillas, como si fuera una ladrona escapando del lugar del delito. Cuando creía estar a buen recaudo en la cocina, oí la melodía de mi móvil sonando en el dormitorio. ¡Mierda, mierda, mierda!

—Rebeca, Rebeca... —me llamaba una voz masculina, soñolienta y súper sexy desde dentro—.

Rebeca, suena tu teléfono.

¿Se pensaría que estaba sorda? Y sin saber cómo afrontar la situación, en lugar de responder, me encerré en el armario escobero que hay empotrado en la cocina. No os riais. Sé que suena ridículo pero precisamente así era como me sentía: ridícula y avergonzada. Hacía mucho tiempo que no me despertaba junto a un desconocido y no me sentía con las fuerzas suficientes para enfrentarme a esa situación tan hipócrita del día después.

Me pasé al menos una hora atrapada en la cocina de mi propia casa y no salí de allí hasta que no escuché

el sonido de la puerta principal cerrándose tras los pasos del hombre misterioso.

Ya liberada de mi auto-encierro encontré una nota que decía lo siguiente: “Siento no poder darte los buenos días en persona. Supongo que has tenido que salir. Te ha llamado María, quiere contarte algo. Parecía urgente. Espero que estés bien. Te llamo luego. Besos. Álvaro.”

—¿Álvaro?

Si pensaba que ridícula y avergonzada era lo peor que me podía llegar a sentir esa mañana, estaba completamente equivocada. Estaba aterrada. ¿Sería cierto que me había acostado con Álvaro? ¡Madre mía! ¡Pero quién me mandaba beber!

—David y yo hemos hecho las paces —anunció María nada más sentarse en el único restaurante que nos daría de comer a las cuatro y media de la tarde.

El chino que había debajo de mi apartamento era mejor que cualquier VIP’s o Seven Eleven.

Servían menús deliciosos y tirados de precio a cualquier hora pero, sobre todo, era el sitio ideal para nuestros looks resacosos y lo suficientemente oscuro como para ocultar nuestras caras de muertos vivientes. Y no sé si sería el efecto de la resaca o del susto que llevaba en el cuerpo, pero ver a María sonriente, sentadita frente a mí con esa cara de satisfacción que no dejaba ningún lugar a dudas que

“hacer las paces” significaba “sexo de reconciliación”, me estaba poniendo el mundo del revés.

—Yo también tengo noticias. Álvaro ha pasado la noche en mi cama —solté a bocajarro.

¡Toma! Las “noticias fuertes”, mejor sin anestesia.

—¿Os habéis acostado juntos?

—No me acuerdo —gimoteé escondiendo la cara entre los brazos que reposaban sobre la mesa aún vacía. Y es que no tenía valor ni para pensarlo—. Solo sé que esta mañana cuando me he despertado no estaba sola. Vamos, que había alguien durmiendo a mi lado.

—¿Y?

—¡Qué vergüenza! No sé por dónde empezar...

—¿Qué has hecho? ¡Que nos conocemos! Te has despertado y... —el camarero apareció en ese momento.

—¿Qué desean las señolitas?

—Pollo con almendras, rollitos de primavera y arroz tres delicias —recité de memoria sin necesidad de mirar la carta.

—¿Algo de bebel?

—Solo agua por favor —respondimos al unísono. Con la resaca que teníamos un chupito de alcohol

colocado estratégicamente a diez metros de distancia de donde estuviéramos podría provocarnos la peor de las reacciones.

—Continúa... —espetó María con un tono bastante amenazante.

—Ok, ahí va... el caso es que no me acordaba de nada y como no le podía ver la cara pues me entró un ataque de pánico...

—¿Y?

—Y me escondí en el armario escobero.

Las carcajadas de María se debieron escuchar hasta en China y su eco hizo retumbar la espantosa lámpara de cristalitos que alumbraba nuestro cubículo.

—¿Pero cómo se te ha ocurrido hacer esa barbaridad? Pobre chico...

—¡Pobre narices! ¿O es que no te das cuenta de que se ha podido aprovechar de una borracha indefensa?

—Rebeca no delires. Indefensa tú, ni en sueños. Además, no me creo que se haya aprovechado de ti. Que estuviera tumbado en tu cama no significa necesariamente que haya pasado algo, ¿no?

—Pues no lo sé María pero normalmente si sumas dos y dos... son cuatro.

—¡Déjate de sumas!

—Pero es que estábamos como Dios nos trajo al mundo.

—¿Y está tan bueno cómo pensabas?

—¿Pero tú te crees que me paré a mirar? —María levantó la vista al cielo en una de esas miradas que dicen “y tú te crees que yo me chupo el dedo”, así que no me quedó más remedio que confesar—.

¡Culpable! Una ojeadita igual le di antes de salir de la habitación. Luego sonó el teléfono y ya sabes dónde acabé.

—No sería yo la que te llamó, ¿no?

—Va a ser que sí.

—Mierda. Si lo hubiera sabido no lo habría hecho. Quería contarte lo de David —añadió María y pronunciando en voz alta sus pensamientos me explicó la parte de la historia que ella sabía—. Así que era Álvaro el que cogió el teléfono... Dijo que era un amigo y que habías salido un momento. ¿Te dio el recado?

—¿Dónde? ¿Dentro del armario? Para tu información, me pasé allí casi una hora porque parece

ser que decidió darse una ducha y esperarme. Aunque imagino que al final se cansó de hacerlo y cuando

le oí irse pude salir del escobero y vi que había dejado una nota.

—¿Qué ponía?

—Pues que habías llamado pero, espera, sabía que querrías leerla así que la he metido en el bolso.

—¿Qué vas a hacer cuando te llame? —me preguntó una vez la hubo leído.

—He apagado el móvil.

—No me lo puedo creer. ¿No has tenido suficiente con lo del armario? Por el amor de Dios, Rebeca, ¡que acabas de cumplir los treinta!

—Ni me lo recuerdes, ¿vale? Además, deja de regañarme y cuéntame lo de David que seguro que es más interesante.

María relató con todo lujo de detalles todo lo sucedido aquella mañana, tanto lo que recordaba por sí misma como lo que le había contado David. El caso es que él, después de la fiesta, no se había marchado muy lejos. Se sentó en un bar frente a mi apartamento para poder seguir a María cuando abandonara la fiesta y así descubrir su dirección. Cuando María empezó a llamarle en plena madrugada, él viendo el estado en que se encontraba decidió que lo mejor era hacer guardia bajo su balcón. Y allí estuvo hasta esa misma mañana. En cuanto vio luz en una de las habitaciones, la llamó al móvil y conversaron. Entonces él apareció ante su puerta con unas flores y ella, mujer débil, no pudo resistirlo y le perdonó todos sus pecados.

—Así que estáis juntos de nuevo...

—Sería más correcto decir que por fin estamos juntos. Lo de antes no cuenta.

—Y cómo se ha tomado lo del viaje.

—No se lo ha tomado.

—¿Qué quieres decir?

—Muy sencillo, todavía no se lo he contado.

—¿Y cuándo piensas hacerlo? ¿Dentro de un mes? ¿Cuando estés preparando las maletas?

—Acabamos de reconciliarnos y ¿ya quieres que me despida de él? Necesito un poco más de tiempo para explicárselo y que comprenda la situación.

—Él sabe que me voy —dije mientras pensaba en voz alta—. Lo extraño es que aún no haya deducido que tú eres mi acompañante.

—Pues tú, ¡calladita! —me amenazó haciendo la señal de chitón poniendo el dedo sobre sus labios—. Se lo contaré en cuanto encuentre el momento adecuado.

—Yo de ti me daría prisa. El chico no es tonto e igual sumando dos y dos... le dan cuatro.

—Hoy te ha dado por lo de dos y dos...

—¡Lo sé, María! Y no te olvides de que dos y dos siempre son cuatro.

álvaro y rebecca

álvaro

Como cada sábado, Laura y Sergio me esperaban para comer. Mi hermana era mi persona favorita en el mundo y acudía a ella siempre que alguna cosa me preocupaba. Además, había heredado las artes culinarias de mi madre, así que me dejaba convencer cada vez que se empeñaba en invitarme a probar alguno de los deliciosos manjares que preparaba, lo que afortunadamente era bastante a menudo. Esta semana, después del desencuentro de esa mañana en casa de Rebeca, había pensado en llamarles y declinar la invitación pero dejando el cansancio aparte, me apetecía hablar con Laura y conocer su opinión respecto a lo sucedido.

—¿A qué se deben esas ojeras? —me preguntó nada más abrirme la puerta.

A mi hermana no se le escapaba nada, era peor que un perro sabueso. Podría controlar una base militar casi sin pestañear. Eso sin contar que era una persona increíble, siempre pendiente de todos nosotros. A veces pensaba que ella solita podría con los problemas de diez familias como la nuestra.

Siempre encontraba la palabra de aliento adecuada y cuando nos sentíamos perdidos, nos ayudaba a encontrar el mejor camino. Por eso todos la adorábamos y le perdonábamos que a veces se pasara de entrometida.

—Ha sido una noche movidita pero mejor te lo cuento después de comer.

—¡Ah, no! Eso me suena a lío de faldas. Espera que aviso a Sergio y le digo que has llegado. Le digo que se quede un rato con las niñas así te hago confesar delante de un par de Martinis —y salió de la habitación guiñándome un ojo para volver a los cinco minutos con un par de Martinis y una bandejita de aperitivos variados—. Lo dicho. Sergio se queda con las niñas en el jardín un ratito...

Dice que te salude. Y ahora, dispara.

—¿Estás preparada? A ver, ¿por dónde empiezo? Bueno, supongo que recuerdas a Rebeca.

—Tu casera, ¿no?

—Exacto. Ayer la llamé para invitarla a cenar.

—No sabía que ella te interesase más que su casa.

—Lo cierto es que yo tampoco me lo había planteado de ese modo, pero el día que firmamos el contrato estuvimos charlando y me despertó una cierta curiosidad. Ayer, cuando la llamé, me dijo que era su cumpleaños y que lo celebraba en casa con unos amigos. Le propuse aplazar la cena pero ella insistió

en que me pasase a tomar algo y aunque no le prometí nada al final me planté allí.

—Esto se pone interesante —no había nada en el mundo que le entusiasmase más que una historia bien contada, y si era una historia romántica ni pestañeaba.

—Sigo... Creo que ya te dije que la casa es pequeña, pues bueno, cuando llegué en el salón conté al menos veinticinco personas.

—La chica sabe organizar fiestas...

—Como no la vi entre los invitados pregunté por ella a uno de los tipos que había en la fiesta el cual me dijo que ella y María, que al parecer es su mejor amiga, habían desaparecido después de no sé qué movida con un tal David.

—Espera, ¿qué pinta esa tal María?

—Creo que es la amiga con la que se va a dar la vuelta al mundo.

—Vale, continúa...

—Pensé en marcharme y llamar al día siguiente, pero cuando estaba a punto de hacerlo, apareció borracha como una cuba y llorando como una magdalena.

—¿Qué le pasaba?

—Eso mismo le pregunté yo... Pero no decía nada coherente, solo que tenía miedo y que no encontraba sus zapatos.

—Eso sí que es raro.

—Ni que lo digas. Sobre todo porque los llevaba puestos. El caso es que de repente se puso blanca y estaba cada vez más pálida. La acompañé al baño y, como te puedes imaginar, no paró de vomitar en un buen rato así que me quedé allí con ella.

—¿Y los demás que hacían?

—Cuando llevaba un rato con Rebeca en el baño entró un tal Alberto reclutando gente para terminar la fiesta en Chueca. Y debe ser que la propuesta tuvo buena acogida porque, poco después, cuando acompañé a Rebeca hasta su habitación no quedaba un alma en todo el apartamento.

—¿Y la tal María?

—A ella se la llevó su hermana cuando aún estábamos en el baño.

—Ok, sigue... estabais en su habitación. Imagino que ahora vendrá lo más interesante.

—Madre mía, ¡qué peliculera eres! El caso es que empezó a tiritar, así que le quité la ropa que se había mojado cuando en un intento por despejarla la había metido debajo de la ducha. La metí en la cama y la tapé bien con unas mantas que encontré en el armario.

—¿Ya está? Imposible o tú no habrías aparecido hoy aquí con esa cara de circunstancias.

—Pensé en irme, pero entonces se medio despertó y me pidió que no la dejase sola.

—Álvaro que nos conocemos y tú no eres precisamente un santo.

—De verdad, eso fue todo lo que pasó. Dormimos juntos en la misma cama. Ni loco me quise echar en el sofá con el caos que había allí montado —y mucho menos pensaba confesarle que “solo dormir” con ella había sido lo más excitante que me había pasado en los últimos dos años.

—¿Y cómo es que has venido a comer hoy? Podías haber llamado para cancelarlo. Por una vez habrías tenido una buena excusa... Imagino que comer con una mujer atractiva es mucho más apetecible que venir a la casa de los Monster.

—Pues me habría encantado hacerlo de no haber sido porque esta mañana la cama estaba vacía. Sí, me has oído perfectamente. Me he despertado solo y no he tenido la oportunidad de invitarla a comer.

—¿Y se ha ido así, de su propia casa sin dejarte ni una nota?

—Lo único que me ha dejado es completamente fuera de juego.

—¿Por qué no la has esperado?

—Lo he hecho, durante al menos una hora, pero como no volvía he pensado que quizás no querría verme. Para tu información, yo sí que le he dejado una nota.

—Bien hecho, la educación por delante. ¿Qué le has escrito?

—Tú no sabes lo que es la intimidad, ¿verdad? —y como sabía que no iba a claudicar hasta conocer el más mínimo detalle, continué con el final de la historia—. Nada especial, que le había llamado una amiga, esa tal María por cierto y, que yo la llamaría más tarde para ver cómo se encontraba.

—Entiendo... —y con la claridad mental que solo una mujer puede tener en estos momentos me advirtió rotundamente—, ¡de llamarla, te olvidas! Si quiere saber de ti y, sobre todo, si necesita saber lo que pasó, que te llame ella.

En ese instante entró Sergio custodiado por mis dos preciosas sobrinas, esos dos diablillos con cara de princesas que se tiraron a mi cuello nada más verme al grito de ¡Tíoooooooooo, por fin has venido!, al tiempo que un padre hambriento bramaba:

—¿Es que en esta casa no se come?

—Por supuesto. Voy a sacar el asado del horno —nos informó al tiempo que se levantaba camino de la cocina. Y desde allí nos ordenó—, ¡ni se os ocurra quedaros allí parloteando! Alguien tiene que poner la mesa, y ésa no voy a ser yo.

¡Menuda era!

rebeca

La paciencia nunca ha sido una de mis mejores cualidades, y ya llevaba tres días esperando la llamada de Álvaro. Así que ya os podéis imaginar... Decir que me subía por las paredes era poco, pero el maldito orgullo y una buena dosis de miedo a descubrir la verdad sobre lo ocurrido la noche de la fiesta me habían impedido, hasta el momento, pulsar el botón verde de llamada. Me moría de ganas de saber lo que había pasado... y pensar que había podido perder los papeles y sucumbir a la tentación bajo los efectos del alcohol, me estaba volviendo loca. Estaba irascible y no tenía muy claro si era porque la idea de haber caído rendida a los encantos de Álvaro me molestaba, o si lo que realmente me fastidiaba tanto era no saber si había sido una experiencia que valiese la pena repetir.

—Perdona Rebeca, ¿estás ocupada? —David acababa de entrar.

Desde su reencuentro con María ambos iban flotando de un sitio para otro. Si no hubiese estado tan preocupada por las secuelas de la fiesta de mi treinta cumpleaños hasta me habría alegrado mucho por ellos. Pero en estas circunstancias, cuando les veía, solo pensaba en pincharles la nube en la que levitaban y en la que, con toda la envidia del mundo, me gustaría estar a mí también.

—No, tranquilo. Solo me preparaba para hacer una llamada —mentí haciendo ver que no llevaba

toda la mañana pensando en las musarañas en lugar de concentrarme en cerrar todos los temas que tenía acumulados sobre la mesa y de los que me debería ocupar antes de empezar mi nueva vida.

—Entonces nada. María y yo vamos a comer juntos y hemos pensado que igual querrías acompañarnos.

—Gracias David, pero prefiero comer algo rapidito y terminar unas cosas. Dale muchos besos a

María, ¿vale?

—Ok. Te veo después de comer.

Cuando me dejó de nuevo a solas empecé a pensar en cómo sería tener a alguien como David a mi lado. Alguien que me viniese a recoger a la hora de la comida, como David hacía con María, y que se preocupase por mí, exactamente de la misma manera que David hacía con María. Aunque claro, siendo fieles a la realidad, si él supiera que María le estaba ocultando que en menos de un mes nos iríamos de viaje un año enterito, igual las cosas se complicarían un poco para la nueva parejita. ¡Pero quién dijo que el amor fuera sencillo! Y quién había dicho que lo que yo necesitaba en ese momento fuese AMOR con mayúsculas.

¡Rebeca!, me dije a mí misma, te vas a comportar como la mujer adulta que eres y vas a llamar a Álvaro ahora mismo porque la historia con Álvaro se parecía cada vez más al título de esa película española, *¿Por qué lo llaman amor cuando quieren decir sexo?* [5], y no quería engañarme más de lo necesario. Me estaba muriendo por saber lo que hubo entre nosotros y, sobre todo, si había sido bueno para poder repetir. Después de todo, a nadie le amarga un dulce y un poco de buen sexo de despedida no me iba a hacer ningún daño. Así que, preparados, listos, ¡ya! Llamando... ¿qué podía

perder? Un tono, dos tonos...

—¿Álvaro?

—Hola Rebeca, ¿qué tal todo? —por su tono era imposible adivinar si se alegraba de recibir mi llamada.

—Todo genial. Completamente recuperada de la resaca.

—Me alegro —y cambiando de tema me preguntó—: ¿Necesitas algo? ¿Algún imprevisto con el viaje?

—No, no, todo está bien —su actitud no dejaba lugar a dudas. Si quería información tendría que sacársela yendo directa al grano—. Mira Álvaro, no me gustan mucho los rodeos y me imagino que ya sabes a qué se debe mi llamada.

—Imaginas bien... —me contestó dejando la pelota en mi tejado.

—¿Y no tienes nada más que decirme?

—¿Y si empiezas tú primero?

—¿A qué te refieres exactamente?

—Mira Rebeca —repitió imitándome—. A mí tampoco me gustan los rodeos, así que iré al grano.

El viernes nos fuimos juntos a la cama pero me levanté solo.

álvaro

Estaba disfrutando de lo lindo haciéndola sufrir. Si se pensaba que se iba a ir de rositas después de dejarme tirado de aquella manera, no sabía con quién se estaba enfrentando. Nada me gusta más que un gran reto y ése tenía toda la pinta de ser uno que merecía mucho la pena. ¡Con lo mal que lo pasé teniéndola desnuda en la cama durante la que recordaré como la noche más larga de mi vida! El dolor de huevos que me provocó, ¡me lo iba a pagar! De momento, tenerla en vilo sin saber lo que había pasado y picarla era suficiente. Pero para más tarde, tenía en mente otras formas de tortura que seguro que nos darían mucho placer a ambos.

—Tenía cosas que hacer...—me contestó a la defensiva.

—Imagino que serían lo suficientemente importantes como para no darme ni los buenos días...

—seguí presionándola.

Igual me estaba pasando un poco pero la reacción de Rebeca me estaba poniendo a mil. Intentaba parecer cordial pero se notaba que su tono se estaba volviendo cada vez más agresivo. Estaba tratando de contener a la fierecilla que llevaba dentro, ésa a la que me gustaría dominar a cualquier precio.

—Seguro que tan importantes como las que te han impedido llamarme estos tres días.

—¿Y para qué te tenía que llamar si puede saberse? —le pregunté en plan juguetón ante su confesión. Así que, ¿había estado pendiente de mi llamada?

—Ahora que lo pienso para nada.

—¿Estás segura?

—Completamente. De hecho “Buenos días”, y ya hablamos cuando tengas que hacer la mudanza.

¿Me había colgado? ¿En mis mismísimas narices? Ese bombón no solo había huido de mi lado hace unos días, sino que ahora me había dejado con la palabra en la boca. Claro que después de haberla presionado de ese modo era hasta normal. Tengo que reconocer que yo hubiera reaccionado del mismo modo. Piensa Álvaro, tienes que hacer algo para remediarlo. Después de todo, ella había llamado y dado el primer paso hasta que la has fastidiado con tus juegucitos.

rebeca

Aunque reconozco que a veces soy un tanto impulsiva, era la primera vez que le colgaba el teléfono a alguien. ¡Álvaro saca lo peor de mí! Yo solo quería saber qué había pasado la otra noche. ¿Tanto le costaba contármelo? Pues debía de ser que sí porque, con sus juegucitos, había convertido lo que podía haber sido una conversación entre adultos en una absurda guerra de sexos... Pues si quería guerra que se buscara a otra. Por mi parte, el único modo de participar en esta contienda sería quedándome cómodamente en las trincheras. Por mucho que me apeteciese volver a ver su culito prieto... ¡¡¡Pi!!!
¿Un WhatsApp de Álvaro?

Chat Rebeca & Álvaro

A-(Bandera de la paz)

Sin respuesta...

A-(Rosa roja)

Sin respuesta...

A-Hagamos un trato

Rebeca está escribiendo...

R-Dime... (Cara seria)

A-Empecemos de cero .Son las 10 de la mañana del sábado, estamos en la cama y ¡sorpresa! Me despierto, abro los ojos y tú estás tumbada a mi lado... ahora te toca a ti seguir la historia Rebeca está escribiendo...

R-Buenos días, ¿contento?

A-No sabes cuánto me alegra que seas una chica educada. ¡Buenos días para ti también!

R-¿Y ahora me explicas por qué estamos en la misma cama, completamente desnudos?

A-(cara que llora de la risa)

R-Se me acaba la paciencia...

A-Estás muy graciosa

R-(cara roja que echa humo)

A-Ok, ok... la respuesta es muy simple. Estabas borracha, te ayudé a vomitar, te metí debajo de la ducha para que te despejaras, te desnudé (sin mirar, lo prometo) y te metí en la cama para que durmieras la mona.

R-Y tú, ¿por qué estabas en mi cama? ¡Desnudo!

A-¿Has intentado alguna vez meter debajo de la ducha a un borracho?

R-(cara avergonzada)

A-Me calaste hasta los huesos...

R-Lo siento. Pero eso no responde a mi pregunta.

A-Me pediste que me quedara y no estabas en condiciones de quedarte sola. ¿Contenta?

R-(cara pensativa) ¿Pasó algo que deba saber?

A-Soy un caballero

R-Gracias

A-Aunque hubiera preferido decirte que fue un placer...

Espera, espera... ¿Me estaba diciendo lo que creía? ¡Juegucitos a mí! Si pensaba que él era el único que podía insinuar cosas iba listo... ¡Órdago a la grande por el sexo de despedida!

R-Tenemos una comida pendiente

A-¿Cuándo?

R-¿El miércoles en mi casa?

A-Solo si me prometes que no te emborracharás antes de que llegue.

R-(cara sacando la lengua)

A-(rosa roja)

R-Seremos cuatro. También vendrá una pareja de amigos.

A-¡Acepto!

R-Ok, confirmado el miércoles a las 9

A-Llevo el vino...

R-(cara sonriente)

A-Así controlo lo que bebes.

R-(cara sacando la lengua) Hasta el miércoles

A-Espera, una cosa más...

R-Dime

A-¿Por qué caminar descalza te aterrera?

R-(cara de vergüenza) Para responderte a eso necesito una (copa de vino)

A-(cara llorando de la risa)

¡Salvada por la campana! Una llamada entrante de María que acababa de despedirse de David interrumpió nuestra conversación. Mejor así... La cosa se estaba calentando y, aunque tontear podía ser muy divertido, tampoco había que jugar con fuego.

—¿Por qué no has venido a comer?

—Tenía que llamar a Álvaro.

—¿Ya has hablado con él?

—Más o menos.

—¿Hubo tema o no?

—No.

—Genial. Lo que tú querías. Deja ya de preocuparte.

—Supongo que tienes razón —aunque mi voz sonó algo decepcionada—. Por cierto, ya que estamos, el miércoles venís a cenar a casa.

—¿Es una orden?

—He invitado a Álvaro y ya le he dicho que vosotros también veníais.

—En ese caso... tendré que hacer algún trabajito extra para convencer a David.

—¡Se te ve apenadísima!

—No sabes el gran esfuerzo que me pides...

—Serás guarra...

—¡Y tú, una envidiosa!

—Si tú lo dices. Y ahora te dejo que tengo que mantener la poca dignidad laboral que me queda hasta que

me vaya.

Nadear consiste en algo tan sencillo como disfrutar del hecho de “no hacer nada” y practicarlo en estado puro implica la presencia necesaria de un móvil. Es especialmente recomendable tras una dura

jornada laboral, en estados de cansancio supremo y sobre todo acompañado de estados anímicos que rocen la depresión existencial. Además, *nadear* era el deporte favorito de María y mío y nos entregábamos a él con gran pasión.

—¿Tienes tiempo? —dijo María haciendo uso de la famosa fórmula de saludo que indicaba que era hora de *nadear*.

—No mucho la verdad. Aunque he salido un poco antes de trabajar aún no he empezado con la cena y llevo unas pintas que más me vale decidir en un tris qué me pongo.

—Seguro que exageras como siempre.

—Esta vez no. ¿Tú ya estás lista? David me ha dicho que te recogía a las ocho.

—¿A las ocho? Pero si hace media hora que me ha dicho que saldría tarde de la oficina... Había calculado tener media hora extra.

—María solo te pido que no lleguéis tarde, por favor. No quiero encontrarme con que Álvaro llega antes que vosotros y que la situación sea tensa.

—Haré lo que pueda y para que me creas le estoy mandando un mensaje a David para que no vaya al gimnasio y se pase directamente a recogerme.

—Gracias. Es por este tipo de cosas que te quiero.

—Deja de pelotearme... y me debes una muy gorda por obligarme a hacer de aguanta velas esta noche, cuando lo que debería estar haciendo es aprovechar el poco tiempo que me queda con David.

—¿Ya se lo has dicho?

—Miccccc —negó simulando la bocina que anunciaba que le había hecho la pregunta equivocada—. Pasemos a la siguiente pregunta.

—Es tu vida y ya eres mayorcita pero sabes de sobra lo que opino. Deberías decírselo lo antes posible.

—Rebeca no sigas por favor.

—Tú verás pero luego no digas que no te lo advertí. Y como veo que insistes en cambiar de tema, ¡ayúdame a decidir qué me pongo esta noche!

—¿Pero aún no lo sabes?

—¿Tanto te extraña que aún no sepa lo que me voy a poner?

—Pues considerando que te conozco prácticamente de toda la vida y que para ti el summum de la improvisación es reservar vuelo y hotel con dos meses de antelación, sí, estoy muy sorprendida.

¡Solo falta que me digas que aún no has empezado a cocinar!

—Pues te lo digo... aún no he entrado en la cocina.

—Rebeca, no cuela...

—Te lo juro...

—¿Qué le has hecho a mi amiga?

—Sigo siendo la misma... aunque no sepa qué ponerme.

—Yo lo que creo es que te deberías tranquilizar y no dar tanta importancia a una simple cena con, y cito tus palabras, “el futuro inquilino de mi casa que se portó genial cuidándome después de la fiesta”.

—Pues no sé por qué piensas que no estoy tranquila.

—A las pruebas me remito... ¿Cómo puedes tener dudas sobre lo que ponerte si tienes el armario clasificado por looks para cada día de la semana y por tipos de ocasión? Así que ahora me vas a hacer caso y a esa Rebeca insegura que ha invadido el cuerpo de mi amiga le dices de mi parte que se vaya a paseo.

—Gracias mami.

—No me llames mami que me siento vieja.

—¡Idiota!

—Tú más. Date una ducha y ponte algo informal pero con un toque sexy para que él vea que estás en tu territorio. Y tú tranquila que no vas a estar sola.

—¡Súper María al rescate!

—¡Qué graciosa! Y, guapa, como no me chupo el dedo, cuando estés lista ya te puedes meter en la cocina y sacar todos esos tupperts con las delicias que has preparado para esta noche.

—¿Cómo?

—¡Que nos conocemos! Me juego el cuello a que llevas cocinando tres días hasta las tantas para que todo salga perfecto.

Cuando colgamos, y siguiendo las claras instrucciones de María, me fui derechita a la ducha. Era

increíble cómo el agua cayendo como lluvia primaveral consiguió llevarse el mal rollo, la inseguridad y el estrés que había acumulado durante el día. Ya algo más animada, traté de entonar, con bastante desatino, alguna de las canciones que sonaban en mi iPhone. Cantar a voz en grito debería ser una rama de la psicología. Podrían llamarla “psicología Munch”. Afortunadamente, ni el ruido de la ducha ni mis propios berridos, me impidieron escuchar el timbre de la puerta, DING, DONG. ¿Ya eran las ocho y media? DING DONG ¡Pero si acababa de entrar en la ducha y enjabonarme el pelo! DING DONG. Seguro que se han equivocado... ¿o no? DING DONG, DING

DONG,... ¡Vaya insistencia!

—¡Ya voooooy! —grité desde el baño tratando de cubrirme lo máximo posible y de no cegarme con las gotas de espuma que aún chorreaban por mi larga cabellera.

¿Habéis intentado alguna vez abrir la puerta o coger el teléfono llenas de jabón, mojadas hasta la médula? Pues os diré lo que ocurre, o más bien lo que no ocurre, que no es nada ¡SEXY! Primero te cubres con lo primero que pillas, es decir, una toalla minúscula que no te cubre ni lo más mínimo; segundo, los muebles, las paredes y hasta el suelo se vuelven extremadamente peligrosos, corriendo el riesgo constante de “cuerpo a tierra” a causa del pavimento altamente deslizante; y tercero, cuando por fin llegas a tu destino, o sea, la puerta de casa, estás tan contenta por haber sobrevivido que ¡para qué vas a mirar por la mirilla a ver quién era! Lo que haces es abrir apresuradamente, levantar la mirada y descubrir que delante de ti está esa persona que no querías que ¡TE VIERA CON ESTAS

PINTAS!

—¿Qué haces tú aquí? —dije nada más ver a Álvaro al otro lado de la puerta.

Ya sé que sonó a cualquier cosa menos a un caluroso saludo de bienvenida... pero, ¿qué pretendíais que hiciese? No sé lo que me pasaba con este tipo pero cada vez que me lo encontraba era como si dos trenes de alta velocidad estuvieran a punto de colisionar. Y mientras esperaba su respuesta, la escena me pareció cada vez más cómica y empecé a salir de mi asombro inicial para sumergirme en una sensación completamente diferente provocada, sin lugar a dudas, por la intensa mirada de Álvaro que no me quitaba ojo de encima, lo que me estaba causando un calor sofocante.

—Ejem... Creo que llego demasiado pronto —y levantando la mano derecha con la que sostenía una botella de un vino carísimo, me dijo—: He traído vino... Aunque veo que no es un buen momento así que si lo prefieres vuelvo un poco más tarde.

—Perdona —no sabía si estaba entendiendo bien la situación. Veía a un tipo que me estaba cortando la respiración que hablaba y gesticulaba y como no quise ser descortés, le animé a entrar—.

Pasa, pasa... ¿Qué hora es?

—¡Culpable! Llego pronto... Son solo las ocho y cuarto pero pensé que siendo entre semana quizás te vendría bien una mano extra con los preparativos de la cena —se disculpó al ver que su

llegada estaba resultando una intromisión más que una mano tendida. Ni siquiera se atrevía a mirarme a la cara. Por eso cuando agachó la vista se encontró con mis pies descalzos y con el gran cerco de agua

que se había formado entorno a ellos—. ¡Dios, qué desastre! Vas a coger una pulmonía por mi culpa. Insisto, será mejor que vuelva en un rato.

—No te preocupes. Ya que estás aquí, será mejor que te quedes. Deja solo que me seque un poco y que me ponga algo más decente.

—Por mí no lo hagas... —dijo Álvaro por lo bajo evitando que sus palabras llegaran hasta mis oídos.

—¿Decías? No te he entendido.

—Nada. Solo decía que si te parece bien que ponga el vino en la cocina.

—Claro y sírvete una copa. Yo salgo en unos minutos. Estás en tu casa...

—Aún no, pero lo será en un mes...

Batiendo mi propio récord a “La Mujer Más Rápida Arreglándose Para Una Cita Importante” me personé en el salón y sonreí complacida al comprobar que Álvaro me había servido una copa a mí también y que había aprovechado mi ausencia para poner la mesa para cuatro, utilizando hábilmente toda la vajilla, cristalería y cubertería que había dejado preparadas el día anterior.

—Disculpa. Espero no haberte hecho esperar demasiado.

—Aquí el único que se tiene que disculpar soy yo. Tendría que haberte avisado de que venía antes

—y apuntando hacia la cocina me dijo—: Aunque por lo que he visto allí dentro, lo tenías todo bajo control.

—¿Sorprendido?

—Digamos que eres una caja de sorpresas —y me apostaría el cuello a que las dos graciosas arruguitas que se me formaban entre las cejas cuando algo me dejaba perpleja me habían delatado porque enseguida me aclaró—: No pongas esa cara. En nuestro primer encuentro me pareciste un tanto fría y distante; el otro día, en la fiesta, digamos que estabas un poco fuera de ti, y hoy, no sé, creo que esperaba encontrarte en medio de un caos de preparativos...

—Ya veo... Eres de esos hombres que padece el síndrome del súper héroe.

—¿Yo?

—Sí, tú... Pensabas llegar en plan ¡Súper Álvaro al rescate!

—Jajajajajaja... Digamos que quería causarte una buena impresión.

<<Y puedes estar segura de que el impresionado he sido yo cuando has abierto la puerta y he podido comprobar que cualquier imagen que me hubiera podido formar sobre ti se quedaba corta ante la

realidad. Y ahora espero que esto sea realmente un pensamiento y no estés oyendo lo que me digo>>.

—Pues si quieres causarme una buena impresión, empezaremos a trabajar en ello —y

levantándome le tendí una mano para ayudarlo a alzarse del sofá—. Vamos a la cocina que ya son casi las 8:45, y María y David estarán al caer. ¡Ah!, no te olvides el vino.

—¡A sus órdenes! —me guiñó un ojo y la corriente eléctrica que me recorrió el cuerpo casi me

hizo tropezar con mis propias piernas. ¡Socorro! Si eso me pasaba con un simple guiño, no sé cómo iba a acabar la noche indemne.

No sé a vosotras, pero a mí eso de ver a un hombre arremangado en la cocina, me pone. Y

descubrir la complicidad y sincronización de nuestros movimientos en los reducidos cuatro metros cuadrados de mi cocina me hizo pensar en una forma de danza prohibida. Al principio cada movimiento mío se acompañaba de uno suyo tratando de evitar tocarme pero con el fluir de la conversación y del vino (ya me estaba acabando la segunda copa), poco a poco nuestros cuerpos se

buscaban y, cómo no, se encontraban.

—Ups, perdona... Creo que estoy más torpe de lo habitual —dije excusándome después de tropezar con sus fuertes pectorales y quedar atrapada entre sus fibrosos brazos. ¡Dios, qué bien olía!

—Creo que esta cocina es demasiado pequeña para los dos, forastera... —bromeó imitando el desafío entre dos forajidos en un western de clase B—. Por cierto, todo lo que has preparado huele de maravilla.

—Gracias, no es nada. Me encanta cocinar y como me relaja mucho...

—Mi hermana siempre dice lo mismo. Seguro que os llevaríais bien...

Sus palabras parecieron sorprenderlo a él más que a mí. ¿Acaso era uno de esos que no hablaba de la familia al principio de una relación?

<<En general, nunca hablo de mi familia cuando empiezo a salir con alguien>>

¡Qué más da lo que haga él cuando sale con alguien! Álvaro y yo no podemos tener una relación.

<<Rebeca y yo no tenemos una cita. Al menos no técnicamente. ¿Qué convertiría en una cita esta cena? Claramente sus intenciones... las mías son muy claras. Si me hubieran tatuado la palabra sexo en la frente no sería más evidente pero para ella ¿estaría siendo algo más que una simple reunión entre inquilino-propietaria?>>

Observando la expresión de Álvaro me dije que el hecho de que no pudiéramos tener una relación de verdad no nos impedía divertirnos un poco hasta que me fuera.

—Tal vez un día me la presentas. A tu hermana digo. Pero tendrá que ser a mi vuelta —le respondí mientras trataba de adivinar qué estaría pasando por la mente de Álvaro—. Con esto ya casi he terminado —dije posando la ensaladera sobre la mesa de la cocina junto al resto de manjares que había terminado

de preparar—. ¿Quieres que saque algunos aperitivos para acompañar el vino?

—Buena idea... He prometido que te mantendría sobria hasta el final de esta velada —y me guiñó un ojo.

<<Así de paso, si todo acaba como ambos deseamos, esta vez te acordarás de cada minuto que compartamos>>

—Veo que Súper Álvaro al rescate ha vuelto —y le devolví el pícaro gesto.

<<Sé bueno y cuenta hasta diez. Espera un poco antes de saltar sobre ella. ¡Qué ganas tengo de apartarle esos mechones que caen sobre su cara y devorarle la boca hasta que se quede sin aliento!

Como vuelva a provocarme no soy dueño de mis actos...>>

—¡Siempre a su servicio!

Ya en el salón y con los índices de tensión sexual volviendo a la zona de “confort”, la conversación fluía entre nosotros como si nos conociéramos desde hacía años.

—Háblame de la pareja que viene esta noche.

—Para no enrollarme demasiado te diré que María y yo nos conocemos desde la universidad y, con todo lo que hemos pasado juntas, hablar de amistad se queda corto. Soy hija única así que para mí es la hermana que nunca tuve.

—Es curioso porque yo crecí con una hermana sabelotodo y me pasé toda la infancia queriendo ser hijo único.

—¿Bromeas?

—¡Qué va! Durante la adolescencia fue aún peor. Ni te puedes imaginar lo que fue llevarla colgada de mí todo el tiempo: en el instituto, en la discoteca, en casa... Y para colmo luego apareció su novio y actual marido y ahora cargo con los dos.

—¡Ya será para menos! ¿No será al revés?

—¿Has hablado con ella? —se fingió asustado—. Estaba tomándote el pelo. Admito que a veces me habría gustado ser hijo único, sobre todo cuando empezó a depilarse y me robaba las cuchillas de afeitarse o cuando empezó a salir con mi cuñado y discutían y se encerraba en mi cuarto para que le explicase cosas del tipo: ¿qué quiere decir un tío cuando dice “ya te llamaré”? Pero no puedo imaginarme mi vida sin ella. ¡Es alguien muy especial para mí!

—Lo que confirma mi teoría de que tener un hermano o hermana es mejor que ser hijo único.

—Puede ser —siguió pinchándome—. Pero tú acabas de decirme que María ha sido como una hermana para ti.

—Exacto. La idea del viaje fue suya, ¿sabes?

—Así que es ella tu famosa compañera de viaje.

—Sí —afirmé más con la mirada que con mis palabras.

—Estoy deseando conocerla e igual consigo sonsacarle un poco más de información sobre ti.

—¿Sonsacarle? Es casi mi hermana, no te contaría nada escabroso sobre mí ni bajo tortura.

—Lo que significa que hay algo escabroso, ¿eh?

—Ni se te ocurra —le amenacé simulando el gesto de rebanarle el cuello mientras trataba de contener una sonora carcajada—. María le cae bien a todo el mundo, así que estoy convencida de que nos lo pasaremos bien, ya lo verás. Viene con David.

—David y ella, ¿salen juntos? —su interés me pareció encantador.

—Sí, son pareja. Tienen una historia curiosa que les encantará contarte.

—Pues nada, esperaré a que ellos mismos me desvelen el misterio.

—Solo espero que sea pronto. ¿Qué hora es ya?

—Las nueve pasadas...

—Pues considerando que les dije que llegaran a las 8 y media y calculando que María suele llegar con 45 minutos de retraso, están al caer.

—¿Te sirvo más vino?

—No, gracias. Creo que voy a esperar a la cena —dije posando la mano sobre mi copa para impedir que me la rellenase de nuevo—. Si sigo bebiendo a este ritmo voy a terminar siendo un libro abierto... y ¡adiós al misterio!

Debía de estar completamente borracha si había dicho eso en voz alta. Si seguía lanzando esos misiles él iba a pensar que estaba completamente desesperada. Tenía las pulsaciones aceleradas y me costaba respirar. Menos mal que conocía perfectamente las reacciones de mi cuerpo cuando estoy excitada si no pensaría que me iba a dar un ataque al corazón. Cada segundo que pasaba con él era más consciente de que Álvaro pertenecía a esa clase de hombres que quieres que te abracen, que te acaricien y que te posean haciéndote sentir que eres la única mujer en la faz de la tierra.

álvaro

Pensamiento único. Confieso que desde que entré en casa de Rebeca había tenido un único pensamiento. Me sentía como un adolescente con sobredosis de hormonas que solo podía pensar en el sexo. Hubo

momentos en los que yo mismo me avergonzaba de las ideas descabelladas que pasaban por mi cabeza. Estaba completamente loco por esa delicia de mujer. Todo en ella me excitaba. Ella tenía cara de ángel pero yo sabía que un diablillo se escondía debajo de su aparente formalidad.

Me había encantado ver su cara de sorpresa cuando me abrió la puerta y cómo trató de manejar la situación muy dignamente disimulando sus ansias por cubrir las partes de su cuerpo que estaban a la vista y que yo memorizaba con gran deleite.

También me gustó su admiración cuando descubrió que había adelantado su trabajo y había puesto la mesa. Por cierto, no debí hacerlo tan mal porque no movió ni un tenedor. Siempre he odiado esa clase de mujeres perfeccionistas que deben poner el toque final a cada cosa que hacemos los hombres. ¡Es enervante! Pero Rebeca pareció complacida con mi gesto y me invitó incluso a ayudarla en la cocina. Allí, el modo en que nos complementamos fue mágico y aunque al inicio traté de evitar rozarla, poco a poco nuestros cuerpos se buscaban concediéndose el privilegio que nuestra formalidad nos estaba negando.

Sin embargo, lo que nunca podría olvidar de esa noche sería la pícara mirada de Rebeca. Ésa que me provocaba y que me incitaba a jugar y coquetear. Ésa que me mantenía en vilo y que despertaba mi curiosidad. Ésa que me empujaba a querer besarla y que me llevaba a querer saber qué estaba pensando en cada momento. Porque desde que entré en ese apartamento quería ser yo lo único que ocupase la mente de Rebeca. Quería que se sintiera como yo y que compartiera conmigo mi único pensamiento.

Ya casi nos habíamos acabado el vino que había traído y como sus amigos aún no habían llegado nuestra conversación se estaba desviando hacia temas cada vez más personales. En cuanto a mis pensamientos, éstos ya habían alcanzado los dos rombos y tener sueños eróticos mientras conversaba con la protagonista de los mismos no era una buena idea. Así que me di una ducha mental fría y me repetí a modo de mantra que era un adulto que podía lidiar con la situación mientras trataba de enderezar mis pensamientos y de relajar otras cosas.

—¿Desde cuándo vives aquí? —le pregunté a Rebeca virando hacia temas más inofensivos.

—Puf, una eternidad. Compré el apartamento hace seis años..., no, miento, fueron siete.

—Así que tenías...

—Veintitrés.

—¡Qué valiente!

—El mérito no es solo mío. Se presentó la oportunidad y mis padres me ayudaron bastante.

Avalaron mi préstamo del banco y me adelantaron la entrada. Ya sabes, ventajas de ser hija única.

—¡Touché!

—No es muy grande pero para una persona es perfecto.

—Si no hubiera firmado el contrato pensaría que quieres alquilarme el piso.

—La verdad es que fuiste muy fácil... —me dijo provocadoramente. ¡Así era imposible pensar en otra cosa!—. Por cierto, ¿puedo preguntarte algo?

—¿Estoy obligado a responder?

—¿Tienes miedo de una pregunta? Prometo que será inofensiva...

La miré deseando poder contestar que no había nada de inofensivo en ella. Todo me resultaba peligroso: sus ojos, el modo en que sonreía, la arruga de su frente cuando empezaba a sentirse incómoda... Era peligroso el modo en que me embaucaba y sobre todo la falta de control que sentía cuando estaba junto a ella.

—En serio, soy completamente inofensiva.

—Bueno, entonces, dispara —acepté sabiendo que estábamos entrando en arenas movedizas.

—¿Preparado? —añadió Rebeca siguiendo la broma—. ¿Por qué decidiste quedarte con la casa?

— Por lo mismo que tú decidiste alquilármela.

—Esa no es una respuesta. Estoy hablando en serio.

—Yo también.

—No me lo vas a contar nunca, ¿verdad?

—¿Y tú?

—¿Por qué lo haces?

—¿El qué?

—Contestar siempre con otra pregunta.

—¿Yo?

—¿Ves?

Y sin poder remediarlo ni un segundo más me incliné deshaciendo la distancia que nos separaba y busqué en su mirada la confirmación que necesitaba. Cuando vi el modo en que ella se mordió suavemente el labio inferior supe que nada podría impedir que mis labios se saciaran en los de ella.

¡Qué iluso soy!

¡DING DONG!! DING, DONG!

Aún frente a frente como si el timbre nos hubiera convertido en estatuas de sal, Rebeca me miró esperando que le dijese qué debía hacer:

—Será mejor que abras. No quisiera empezar algo que no pueda terminar como nos merecemos.

rebeca

Tras las presentaciones de rigor y completamente recuperados de la tensión sexual no resuelta, el buen ambiente se impuso entre nosotros y la velada discurría distendidamente. Tanto era así, que visto desde fuera podría pensarse que éramos dos parejas de viejos amigos que compartíamos años de anécdotas y aventuras. La sintonía entre los chicos fue casi instantánea y en cuanto David se enteró de que Álvaro era arquitecto, empezaron a intercambiar opiniones sobre lugares en los que invertir en suelo y eso les llevó a hablar sobre viajes y costumbres exóticas.

A mitad de la cena, una vez devorados el primer y el segundo plato y tras recibir los agasajos de mis tres invitados, me llevé a María a la cocina con la excusa de preparar el café y emplatar el postre.

Mientras, pedimos a los chicos que se encargaran de abrir el cava y se acomodaran en la zona de sofás.

—Desembucha. ¿Qué piensas? —pregunté a María deseosa por conocer su opinión sobre Álvaro.

—No me habías dicho que era así de mono...

—Lo es, ¿verdad? —la cara que puse hizo despertar todas las alarmas en la curiosidad de María.

—¿Tienes algo que contarme?

—Ains... Estábamos a punto de besarnos cuando habéis tocado el timbre.

—Pero ¿por qué nos has abierto? Si lo hubiera sabido me habría entretenido un poco más... ¡Me podrías haber mandado un WhatsApp!

—¡Como si lo hubiera planeado!

—Rebeca, no te hagas la tonta que algo esperabas de esta cena. ¿O quieres que te recuerde la crisis que tenías esta tarde? No sé qué ponerme. No he entrado en la cocina. Estoy horrible... —me imitó, tomándome el pelo.

—Vale, vale... Pues si esta tarde estaba nerviosa, ahora estoy cardíaca. Si sigue siendo así, tan él, tan mono, me voy a morir ahí mismo o, peor aún, voy a saltarle al cuello para comérmelo.

—Estás muy graciosa. No te había visto así con ningún tío.

—No digas tonterías. Estaba súper colada por Andrés.

—Sí, pero te acabo de ver con Álvaro y, guapa, sois una central nuclear en alerta de nivel 5. Y créeme, con Andrés la alerta no llegaba ni al 2.

—No me líes María... Que tengas a David flotando en una nube desde que os reconciliasteis, no te hace experta en relaciones. No te lo he contado todavía pero cuando estamos en la oficina habla a todas horas

de ti y se le cae la baba. ¿Qué le haces?

—¡Secreto de sumario! —y abrazándose a mí admitió algo que la turbaba cada vez más—. Estoy muerta de miedo. No tengo valor para decirle que nos vamos.

—María, eres consciente de que debes hacerlo, ¿verdad?

—Sí. Ya sé que cuanto más tarde en hacerlo será peor pero es que después de todo lo que hemos pasado, me faltan fuerzas. Estamos tan bien juntos...

—Pues deberías darte prisa...

—Chicas, ¿interrumpo? —David acababa de entrar en la cocina—. Ya tenemos la botella de cava esperando a ser descorchada.

—Y nosotras tenemos el postre listo —dije mostrando una bandeja con la tarta de chocolate preferida de María.

—Además ya os hemos dado tiempo más que suficiente para que nos critiquéis —añadió David saliendo de la cocina con María de la mano.

De vuelta al salón Álvaro descorchó la botella y sirvió a todos una copa del burbujeante cava.

—Y ahora, ¿por qué brindamos? —dije alzando mi copa esperando que los demás me imitaran.

—¿Qué tal por vuestra vuelta al mundo?

Aunque Álvaro no lo sabía, en ese momento acababa de pulsar el botón rojo que iba a desatar la guerra en la relación de David y María. La cara de David palideció. Miró a María y, ante nuestros propios ojos, estalló la primera batalla de la contienda. ¡Todos a cubierto!

—¿Vuestra vuelta al mundo? ¿Eres tú la que se va con Rebeca? ¿Cuándo pensabas contármelo?

—Por favor David. Déjame explicarte y sobre todo no te enfades.

—¿Enfadarme? ¿Por qué debería estar enfadado? Llevábamos meses separados y, cuando por fin me dejas acercarme a ti, no confías lo suficiente en mí. Es increíble que seas tú la que haga algo así después de tus discursitos sobre la sinceridad.

María me buscó con la mirada pidiendo auxilio aunque ambas sabíamos que solo ella podía hacer frente a aquella situación. No había nada que yo pudiese decir. Después de todo trabajaba con David y de alguna manera yo también le había estado ocultando esa parte de la historia. Cubriéndola me había convertido en su cómplice y ahora me sentía tremendamente responsable por lo que estaba pasando.

Ante nuestra falta de reacción Álvaro intentó mediar tratando de calmar las cosas.

—Nos acabamos de conocer y quizás sea la persona menos indicada para decir nada, pero creo que lo mejor es que habléis de ello en privado y que mantengáis la calma —dijo dirigiéndose a David y María—. Los reproches normalmente no sirven más que para empeorar las cosas.

David asintió con la cabeza dándole la razón y completamente consciente de que era mejor continuar la conversación en otra parte. Necesitaba apaciguar la rabia y la impotencia que sentía ante la posibilidad de perderla de nuevo.

—Además, quisiera pedirte disculpas —continuó Álvaro—. Creedme. Si hubiera sabido que éste era un tema tabú, lo habría evitado.

—Tío, tú tranquilo. No tienes nada por lo que disculparte. Si no fuera por ti seguiría como un gilipollas, sin saber la verdad —y volviéndose hacia mí dio por concluida la velada—. Rebeca, todo estaba delicioso pero si me disculpáis me parece que me voy a saltar el postre.

Los pasos de David le guiaban hacia la puerta y María, algo indecisa y atónita ante la celeridad con que se habían adelantado los acontecimientos me miró intentando detener el tiempo y a David.

—Espera. Yo voy contigo —le dijo a su chico mientras recogía la chaqueta y el bolso que se había puesto esa noche.

María se despidió de mí desde la puerta con un leve movimiento de mano al que le siguió un gesto de luego te llamo. De David apenas vi más que su espalda saliendo delante de María. Cuando la puerta se cerró yo seguía de pie como un pasmarote, casi en la misma posición que tenía cuando las palabras de Álvaro habían cambiado el rumbo de la noche.

—Rebeca, de verdad, lo siento —se apresuró a decirme.

—Nada de disculpas. Después de todo, tú no lo sabías.

—Ya, pero siento que he metido la pata hasta el fondo. Tus amigos me han caído fenomenal y tengo la sensación de haber provocado una “guerra” entre ellos.

—No creo que la sangre llegue al río. En cualquier caso esto no habría pasado si María no fuera tan cabezota. Hace tiempo que se lo estaba advirtiéndole. Esta noche, sin ir más lejos, se lo estaba recriminando mientras preparábamos el café.

—Ya sé que no es asunto mío pero como sin quererlo estoy en medio, ¿cómo es que David no sabía nada?

—¿Es que David no te ha contado nada sobre su historia?

—Aunque no te lo creas, los tíos no somos tan cotillas... al menos no cuando nos acabamos de conocer —y me tocó la nariz con su dedo índice como se les hace a los niños cuando se pasan de

“listillos”. Y ese simple gesto acabó con el mal rollo que flotaba en el aire tras la pelea de mis amigos y nos devolvió la atmósfera de intimidad y calidez que habíamos compartido cuando estuvimos a punto de

besarnos.

—Pues a ver cómo te lo resumo...

—Yo no tengo mucha prisa así que soy todo oídos. Tengo solo una condición.

—¿Condición?

—Sí listilla... con todo el jaleo nos hemos saltado el postre y la tarta de chocolate que has preparado me está llamando a gritos.

—Jajajajaja. En ese caso, complacerte va a ser muy fácil.

—Eso ya lo veremos más tarde —y me guiñó un ojo juguetonamente mientras yo trataba de disimular, concentrándome en cortar la tarta de chocolate—. Por favor, que sea ración doble...

¿Quién podía concentrarse en algo tan sencillo como cortar una tarta cuando en mis pensamientos flotaba la promesa de un “más tarde”? Porque las palabras de Álvaro no dejaban lugar a dudas. Había dicho más tarde, ¿verdad? Si él lo había dicho y yo lo había oído, entonces ¡iba a pasar! De ningún modo podían ser alucinaciones mías. Era evidente que nos gustábamos y, como personas adultas, podíamos y habíamos decidido (al menos él parecía dispuesto a ello y yo más) que queríamos ir más allá. Sin embargo, aunque mi cuerpo me mandaba múltiples señales para que me soltase la melena y disfrutara de una relación sin compromisos hasta mi marcha, la Campanilla[6] romántica de mi conciencia me decía que a veces eso de “tanto va al cántaro a la fuente...”, podía terminar con el agua derramada por el suelo. Y en temas del corazón, ya había derramado más de una lágrima y, precisamente, las últimas por Andrés me habían llevado a tomar la decisión más drástica de mi vida: embarcar rumbo a un año repleto de aventuras inesperadas.

—Así que, ya ves, después de más de seis meses sin saber nada el uno del otro resulta que estaban más cerca de lo que ninguno de los dos podían llegarse a imaginar —a modo de conclusión añadí:-

Las cosas empezaban a irles bien y supongo que María tuvo miedo de contárselo para no estropearlo.

—Siempre el mismo maldito dilema... Por propia experiencia puedo decir que las relaciones nunca son sencillas pero hay algo que es fundamental: la sinceridad, aunque haga daño, no puede faltar nunca. Y ésa es una dura lección que tarde o temprano todos debemos aprender.

—¿Una mala experiencia?

—Un divorcio siempre lo es, sobre todo si no eres lo suficientemente maduro.

—¿Quieres contármelo?

—Nada digno de un Best Seller. Nos casamos jóvenes y sin haber vivido lo suficiente, así que terminamos por echarnos la culpa el uno al otro de nuestra falta de pasado.

—¿Y por eso os separasteis?

—Por eso y porque yo estaba obsesionado con mi carrera. Abrí mi estudio al poco de casarnos,

quería darle todos los caprichos y me olvidé de lo más importante, pasar tiempo con ella. Así que ella empezó a pasar el suyo con otro.

—Lo siento... No tendría que haber preguntado.

—No te preocupes —su mano acarició mis mejillas que automáticamente reaccionaron

transmitiendo una corriente eléctrica que azotó hasta la última terminación nerviosa de mi cuerpo. Si me provocaba algo así solo el tacto de su piel, ¡estaba completamente perdida!—. ¡Shhhh!, tranquila.

Aprendí bien esa lección, así que ahora me tomo mi tiempo para lo que merece la pena.

Y cumplió su palabra. Se tomó cada segundo para acariciar mi cuello y bajar hasta mi pecho para estimular mis rosados pezones con su dulce y ansiosa boca. Se tomó cada minuto para recorrer la línea que descendía desde mis pechos hasta mi pubis y para comentar cuánto le gustaba pasear su lengua por cada rincón que invadía con ella... Se tomó todo el tiempo que fue necesario para darme una clase de placer que ni yo misma sabía que existía y cuando todo mi cuerpo se contrajo provocándome el mayor de los orgasmos, decidí que era el momento de demostrarle que yo también podía tomarme mi tiempo para pagarle con la misma moneda.

Exhaustos por el placer recíproco, a las tres de la madrugada Álvaro dormía plácidamente en el otro lado de mi cama. ¡Qué idiota había sido escondiéndome de él en el escobero! Y me giré sobre mí misma varias veces tratando de encontrar una posición que me permitiese relajarme y descansar.

—Ven aquí —me dijo Álvaro entre sueños, acoplando su cuerpo al mío. El calor que desprendía y la fuerza de su abrazo actuaron como una droga y supe lo que era caer rendida ante alguien.

—¿Qué hora es? —dije restregándome los ojos para ver si conseguía despertarme con más rapidez—. Aún está oscuro.

—Es muy temprano —respondió Álvaro inclinándose para besarme mientras terminaba de

preparar un desayuno que podría alimentar a un regimiento—. He preparado café, pero si prefieres un té, puedo hacértelo en un minuto. He visto que tienes ese armario lleno...

—Veo que te levantas muy hablador y curioso.

—¡Culpable! Y yo veo que te cuesta poner los motores en marcha por la mañana —se estaba acercando peligrosamente hacia mí, despertando mis instintos más bajos. ¡Si lo habíamos hecho tres veces esa noche! ¡Cómo conseguía toda esa energía!

—Una ducha y estaré como nueva —le informé—. ¿Te ibas ya o tienes tiempo para que desayunemos juntos?

—Para ti siempre tengo tiempo —entonces me besó en la frente, me dio media vuelta girándome

por los hombros y me propinó un cachete en el culo—. Pero date prisa si no quieres que dedique mi tiempo a continuar lo que empezamos anoche y tengamos que tirar este maravilloso desayuno que te he preparado.

—¡De eso nada! Me muero por esas tostadas —y dando un saltito corrí hacia el baño.

Como me sentía muy traviesa dejé la puerta abierta intencionadamente y me dispuse a regular la temperatura del agua de la ducha.

—¿Puedo?

Una sola palabra me bastó para entender que Álvaro quería participar. Pero no del modo en que me lo había imaginado. Sin apenas rozarme pasó junto a mí, se sentó y me invitó a continuar con lo que estaba haciendo, sin pronunciar una sola palabra. Su mirada me daba las órdenes que yo seguía a cámara lenta sin rechistar. Me desnudé lentamente. Primero la camiseta que me cubría cuando me presenté en la cocina, luego las braguitas negras de encaje que había elegido para sorprenderlo. El respirar profundo de Álvaro me confirmó que le gustaba lo que veía y que aprobaba mi elección.

Rememoré las reacciones que me provocó su pasión la noche anterior y sonreí al contar los orgasmos que me había proporcionado en solo unas horas. Atenta a sus deseos y ansiosa por obedecerlo entré en la ducha y, alertada por sus grandes ojos verdes, dejé la cortina abierta para que pudiera disfrutar conmigo de los efectos que me provocaba el agua que bañaba mi piel. La mirada de Álvaro se volvió más intensa y se oscurecía cada vez más conforme aumentaba su excitación y mis pezones reaccionaban instintivamente. Estaban erectos provocándome un dolor que solo podía mitigarse con más dolor. Los pellizqué enérgicamente con mis propios dedos y los retorcí hasta que un gemido se escapó de mi boca. Como si me hubiera despertado de un dulce letargo quise parar pero entonces escuché su autoritaria voz que me pedía:

—Sigue...

Abrí el jabón de vainilla y canela y su perfume invadió el espacio añadiendo sabor a cada rincón de mi piel. Paseé mis manos por mis hombros, por mis pechos, por mi cintura como si fuera él el que recorriese cada centímetro de mi piel y buscando su mirada le pedí permiso para descender desde mi ombligo hasta el centro de mi deseo, donde todo se volvía más suave y cálido. Me moría de ganas por tenerle dentro. Quería pedirle que se levantase y que entrara en la ducha para llenarme con su evidente erección. Cuando busqué sus pupilas, él entornó su mirada dibujando el recorrido que debían hacer mis manos y cuando sumisa me disponía a ello, él negó con la cabeza y me dijo:

—Antes de empezar, suplicámelo...

¡Dios! Me habría puesto de rodillas. Estaba ardiendo y tenía que terminar. Si él quería tener el poder en este jueguito por mí no había ningún problema.

—Álvaro, te lo suplico... No puedo más.

Tal y como pronuncié esas palabras ambos supimos que cuando este juego hubiera terminado, me

iba a tomar mi propia revancha. Tras la súplica, mis dedos se abrieron camino presurosos por alcanzar mi sexo palpitante, proporcionándome todo el placer que la mirada de Álvaro me había prometido. El baño se llenó del sonido de mis gemidos y mi cuerpo se colapsó entre espasmos de placer.

Buena chica. La próxima vez será esto lo que te dé placer -dijo posando mis manos en su dura erección. -

Ahora déjame que te ayude a terminar esa ducha y luego nos vamos a desayunar.

No podía ni hablar, había sido uno de los mejores orgasmos de mi vida... Bueno, ése y los tres

que Álvaro me había servido aquella noche. Como era evidente que él era un amante generoso, me dejé hacer y me sentí muy afortunada cuando vi que él seguía tomándose su tiempo para lavarme el pelo, secarme delicadamente con la toalla y abrazarme con cualquier excusa. ¡Cómo iba a echar de menos todo esto! Ya vestida y con un café con leche y tostadas recién hechas delante, Álvaro me preguntó:

—¿Estás bien? —y por la cara que puse se vio obligado a precisar su pregunta—. No me refería a lo que ha pasado esta mañana en la ducha. Aunque también puedes decir algo al respecto si lo necesitas...

—Entonces, ¿lo dices por María? ¿Es tan evidente?

—Aún no me considero un experto en pensamientos de Rebeca pero diría que tu cara solo puede significar dos cosas. O estás pensando en María o no me he esforzado lo suficiente contigo.

—Jajajaja. Pensaba en María. Es muy raro que aún no haya dado señales de vida. Cada mañana, después de ducharse, me manda un mensaje o me llama directamente si no se le ha hecho muy tarde.

—Intenta ser positiva. Igual ella también ha estado ocupada esta mañana en la ducha —me provocó haciéndome sonreír—. Dime, normalmente si no te llama qué significa, ¿buenas o malas noticias?

—Imagino que buenas, pero hoy algo me dice que me equivoco.

—Ok, seamos prácticos... Son las siete y media de la mañana y me apuesto lo que quieras a que ayer estuvieron charlando hasta tarde y, en el mejor de los casos, celebrando su reconciliación. Creo que lo mejor es que seamos positivos y no nos preocupemos más hasta dentro de unas horas. ¿A qué hora empieza a trabajar?

—A las diez.

—Pues entonces si a las diez y media no tenemos noticias de ella, empezaremos a preocuparnos, ¿ok?

Su tendencia al nos, de repente, me aterró. ¿En qué momento una historia de “tú y yo” se había convertido en un “nos”? Sabía que no tenía por qué resultar extraño, sobre todo entre dos personas que acababan de compartirlo casi todo. Pero pensar en un nosotros tan pronto me empezó a agobiar y sentí la misma sensación que tenía de niña cuando mi madre le daba diez vueltas a la bufanda que enrollaba a mi cuello. ¡No podía respirar! Álvaro parecía tan seguro, tan sereno que me crispaba los nervios. ¡No se daba cuenta de que lo nuestro solo podía ser un rollo! ¡En pocas semanas yo estaría en un avión camino de París! ¿Por qué no podía comportarse como todos los hombres y ser el cobarde huidizo que saliese corriendo a la primera de cambio tras una noche como aquélla? No debería seguir ahí, abrazándome como si tuviésemos toda la vida por delante y estuviéramos viviendo el principio de una historia maravillosa. Y como si mi cuerpo y mi mente se rebelasen contra lo que estaba sucediendo entre nosotros fuera real, le pregunté:

—¿Qué pasará cuando me vaya?

david y maría

maría

¿Sabéis cómo reacciona un niño de seis años cuando le quitan su juguete preferido? Pues exactamente así estaba actuando David desde que salimos de casa de Rebeca. La culpa era mía, lo sé. Debí obrar de otra manera. Si ya me lo decía ella todo el tiempo. “Tienes que contarle lo del viaje. Tienes que decírselo cuanto antes”. Pero a lo hecho, pecho.

En el coche de vuelta a casa ni me miraba de reojo, ni me besaba cuando se detenía ante un semáforo en rojo. Era una especie de castigo, muy efectivo por cierto, porque él sabía lo que me costaba estar a su lado sin tocarnos. Estaba ahí mismo, sentado en el asiento del conductor, aunque yo estaba segura de que se encontraba a mil kilómetros de distancia porque no podía sentirlo conmigo.

Cuando por fin llegamos a casa, David se fue directamente a la habitación que compartíamos desde que se medio instaló en mi apartamento tras nuestro reencuentro. Y yo, cual madre suplicante detrás de su niño emberrinchado, seguí tratando de afrontar la conversación pendiente. A pesar de que comprendía su actitud, y no podía culparle por ello, cerrarse en banda como lo estaba haciendo no iba a resolver el problema. Prefería que me insultase a sentirme ignorada de nuevo.

—David, creo que sería mejor que nos sentásemos a hablar de esto.

—¿Por qué piensas que éste sí es un buen momento? No parecías muy proclive a hablar hasta que Álvaro propuso el brindis.

—¿Por qué no puedes entender que estaba asustada?

—María, no estoy para excusas.

—Tienes razón. Tal vez sea mejor esperar a que se te pase el enfado —le dije saliendo de la habitación, intentando darle un poco de tiempo y espacio para que se calmara.

—¿Qué te hace suponer que estoy enfadado? —empezó a gritar para que yo pudiera escuchar todo

lo que tenía que decirme—: ¿Quizás el hecho de ser yo el último en enterarse de que te vas un año fuera?

—Esa decisión no tuvo nada que ver contigo. Ya la habíamos tomado antes de que tú aparecieras de nuevo en mi vida —contesté entrando de nuevo en el dormitorio.

—Dime algo. Si yo no tengo nada que ver con esa decisión ¿por qué no me lo habías contado todavía?

No sabía cómo responder a eso. No era cierto que él no hubiese tenido nada que ver con la decisión. De hecho, fue a mi regreso de Sevilla cuando planeamos la escapada. En todos los meses de planificación jamás se me había pasado por la imaginación que volveríamos a estar juntos. Siempre que pensaba en él, lo había hecho desde la óptica de la superación. Ni en el mejor de mis sueños me podría haber imaginado que volveríamos a estar juntos de nuevo. ¿De verdad había sido tan cobarde como para no permitirme siquiera la posibilidad de soñar con una reconciliación? A causa de mi cobardía y mi falta de sinceridad

las circunstancias me estaban condenando. Y si no quería perderlo, debía luchar contra el miedo que trataba de inmovilizarme.

—No sé cómo explicarlo para que me entiendas.

David rendido, o más bien afectado por mi llanto desesperado, se sentó en la cama esperando mis explicaciones. Así que empecé la historia por el único sitio en que cobraba sentido.

—Al volver de Sevilla estaba muy dolida. Ahora sé que mis motivos no tenían fundamento pero en aquel momento yo me sentía engañada y confusa. Rebeca siempre ha sido mi mejor amiga y tampoco ella estaba pasando por una buena época después de que Andrés rompiera con ella tras tres años de relación.

David continuaba impasible pero atento a cada una de mis palabras. Medía sus gestos y controlaba que la distancia que nos separaba no se acortase. Era su manera de seguir castigándome y creedme que ninguna tortura china funcionaría mejor.

—Días después empezamos a planearlo todo. Habíamos llegado a la conclusión de que un año sabático nos permitiría darle un nuevo sentido a nuestras vidas. Y de repente, cuando yo empezaba a superarte y creía que las piezas de mi vida estaban empezando a encajar, vas y apareces de nuevo. Fue verte y darme cuenta de que el muro que tan preciosamente había construido para mantenerte alejado de mí se derrumbaba —intenté acercarme pero me lanzó una mirada desaprobadora y cejé en mi empeño—. David, cuando te vi en casa de Rebeca supe que nada podría impedirme estar contigo.

—Hablas, hablas, hablas... Pero no logro entenderlo. Si quieres estar conmigo ¿cómo puedes querer separarte de mí?

—Quiero estar contigo pero también deseo hacer ese viaje. Si no lo hiciese estaría cometiendo de nuevo el mismo error. Necesito ese viaje para saber realmente quién soy y poder empezar esta relación sobre la base de una María nueva y plena.

—Yo conozco a esta María y la amo...

—Pero yo sé que hay muchas cosas en mí que necesito descubrir para aprender a amar plenamente

—le confesé entre lágrimas.

—¿Pretendes decirme que necesitas hacer ese viaje para saber si me quieres?

david

Tras dar por zanjada nuestra discusión y con la dignidad por bandera, cogí una manta del armario y un almohadón de la cama y me fui al salón, ya que dormir con María no me iba a ayudar a aclararme las ideas. La conocía mejor de lo que ella pensaba y si algo había aprendido en las pocas semanas que habíamos compartido era que a ella le gustaba hacerse la remolona en la cama después de una pequeña discusión. Era su estrategia para invadir mi espacio vital, mi mitad de la cama, haciendo que me rindiese y logrando una reconciliación bajo las sábanas. Tengo que confesar que la mayoría de las veces, todas para qué mentir, la jugada le salía redonda. Era sentir sus piecitos fríos rozando los míos y ¡no me podía resistir! Pero esa noche su culito respingón no iba a solucionar nuestros problemas. Estaba tan enfadado con ella que la rabia me comía por dentro.

Hasta ahora todas las riñas que habíamos tenido habían sido causadas por pequeñas cosas sin importancia, como que necesitase hablar con Rebeca cada tres minutos aunque estuviéramos haciendo algo juntos; que su hermana apareciese en casa sin avisar porque su madre no le dejaba ver su serie favorita; o porque se empeñase en ponerse para estar en casa las camisas que me pongo para ir a trabajar. En realidad esto último me encantaba, ya que estaba tremendamente sexy con mi ropa, pero solía fingir que me molestaba para poder desnudarla y hacerle el amor allí donde estuviera. Sin embargo que me hubiese ocultado su viaje con Rebeca no era ni de lejos comparable a ninguna de estas pequeñeces. Esta vez me la había hecho gorda. No había sido sincera conmigo y, por ende, me había escondido que íbamos a estar separados ¡trescientos sesenta y cinco días! mientras ella recorría el mundo sin mí.

Obviamente toda la exaltación de esa noche no me estaba ayudando a conciliar el sueño y, como guinda del pastel, el maldito sofá me estaba poniendo aún más a prueba. Se me clavaban todas las tablas y como era tan pequeño se me salía medio cuerpo en cualquier posición. O eran los brazos, o eran las piernas, o era media espalda... ¡qué incomodidad! Por muchas vueltas que daba intentando encontrar la posición correcta, me estaba resultando tan difícil como tratar de entender por qué María me había ocultado sus propósitos. ¿Y ya sabéis lo que ocurre cuando uno no puede dormir? ¡Que le molesta mucho que otros puedan hacerlo! Así que empecé a obsesionarme con que María seguro que descansaba plácidamente en nuestra cama y mi cabreo empezó a agudizarse y con ello mi ansia.

Vamos, que estaba en un círculo vicioso en el que ni se me pasaba el enfado, ni me dormía, ni descansaba, ni nada de nada... solo erre que erre dándole vueltas al asunto. ¿Que por qué no me lo había consultado? ¿Qué por qué era tan importante irse de viaje con Rebeca? ¿Que por qué se iba si me había jurado que me quería? Seguí dándole vueltas a todo, una y otra vez, hasta que llegué a una única conclusión: esta vez no iba a dar mi brazo a torcer. Si María me quería tanto como decía, habría descartado la idea del viaje hacía tiempo. Así que si quería irse, le iba a poner las cosas muy fáciles.

Desde luego no tenía ninguna intención de quedarme a ver cómo ocurría. No pensaba ni despedirla cuando se marchase ni guardar su ausencia. Ella necesitaba conocerse a sí misma y sentirse libre.

Pues yo le daría toda la libertad que me había pedido.

Y guiado por aquel pensamiento que me llevaba hasta la luz al final del túnel, me levanté del sofá, me puse la ropa que había dejado en una de las sillas del salón y rebusqué en uno de los cajones del mueble de la televisión de donde saqué papel y bolígrafo para escribir:

“Pasaré mañana a recoger mis cosas cuando estés en la oficina. ¡Disfruta tu viaje! David”

maría

Volví a casa del trabajo arrastrando los pies. Había sido uno de los días más duros de mi vida.

Además de lidiar con las reuniones y llamadas de varios clientes que querían ultimar sus campañas antes de dejar la agencia, me había pasado todo el día pendiente del móvil esperanzada y pensando:

“Quién sabe. A lo mejor esta mañana le han trasplantado el cerebro a David y por fin ha entendido que marcharme de viaje no está reñido con el amor que siento hacia él.” Pero las únicas llamadas que he recibido en todo el día, y que no he contestado por miedo a que me llamase el susodicho mientras la línea

estaba ocupada habían sido las de Rebeca que venían seguidas por sus respectivos mensajes en el contestador: “Maldita sea. ¿Se puede saber por qué no respondes? ¿Estás bien? Me estás preocupando... Llámame lo antes posible. Besitos”. Pobre Rebeca. Había querido devolverle las llamadas varias veces pero al final me liaban con temas del trabajo y entre unas cosas y otras se me había pasado. Así que cuando sonó de nuevo el teléfono y vi la foto que nos hicimos juntas la noche de su cumpleaños antes de emborracharnos como cerdas respondí, me disculpé e inicié mi perorata.

—Cada vez entiendo menos a los hombres. Seguro que ya lo has oído millones de veces pero sabes qué te digo... ¡que por algo será! Cuando ellos se equivocan ponen cara de corderos degollados y nosotras, que somos idiotas, les aceptamos de nuevo en el redil como si nada hubiese pasado. Pero amiga, la cosa cambia cuando son ellos los que se sienten víctimas del engaño. En ese caso desaparecen y si te he visto no me acuerdo. Por eso, aunque nosotras pongamos cara de animalito al que llevan al matadero, no importa porque ellos no están ahí para verlo. ¡Y es que no me lo puedo creer! Después de lo ocurrido en Sevilla yo le perdoné, y ahora que soy yo la que ha

cometido un error, él no tiene la decencia de quedarse para que yo pueda explicarme —grité al teléfono mientras le contaba a Rebeca lo que había pasado.

—¿Quieres que me pase por tu casa?

—No te preocupes. Estaré bien —y le lancé la gran pregunta—. ¿Has visto a David en la oficina?

—Hoy no ha pasado por allí. Esta mañana tenía una reunión en Barcelona con el cliente de material deportivo e imagino que luego se habrá ido a casa.

—Pues aquí no está. Aunque parece que todavía no ha cumplido su amenaza ya que veo sus cosas tiradas por todo el apartamento.

—¿Amenaza? María, ¿por qué no empiezas por el principio? No estoy entendiendo nada.

—Tampoco hay mucho que contar. No me dirigió la palabra hasta que llegamos a casa.

Discutimos, le conté todo y le dije que me había dado miedo. Seguimos discutiendo hasta que decidió que era mejor dormir en el sofá que compartir la cama conmigo. Tonta de mí pensé que solo era un castigo y que se le pasaría, pero esta mañana... —empecé a llorar a moco tendido.

—María, ¿qué pasó esta mañana?

—Me había dejado una nota diciendo que ya pasaría a buscar sus cosas. Se ha ido... oficialmente soy una mujer abandonada.

—No puede ser. Seguro que pronto se da cuenta de que está exagerando las cosas. Ya verás como esta noche vuelve y lo podéis solucionar.

—No lo creo. En la nota me desea buen viaje —y rompí a llorar cada vez más desconsoladamente.

—María, escúchame bien lo que te voy a decir. Quiero que seas honesta conmigo. Necesito saber si quieres que cancelemos el viaje. Porque si en este momento prefieres quedarte aquí y solucionarlo todo

con David podemos hacerlo. Yo te apoyo en lo que decidas.

—Ni hablar, todo sigue en pie. Yo no pienso cambiar mis planes ni por él, ni por nadie. Las cosas podrían haber sido muy sencillas pero él ya ha tomado una decisión, así que en lugar de volver del viaje y tener a alguien esperándome, cuando regresemos estaré tan sola como al principio.

—¿Quieres que le diga algo si le veo mañana en la oficina?

—No, mejor déjalo estar. Y ahora cuéntame qué pasó ayer entre Álvaro y tú.

Nos pasamos las dos horas siguientes colgadas del teléfono y podrían haber sido más de no ser porque el Kebab que me había comido de mala gana en la pausa para almorzar decidió que debía salir precipitadamente y tuve que colgar a Rebeca para abrazarme con fuerza al WC y vomitar hasta lo que me pareció mi primera papilla.

david

Lo peor de tener diferencias con María no era tener que discutir con ella, sino tener la certeza de que al llegar a la oficina Rebeca estaría al corriente de todo. Cuando las parejas normales discuten los problemas se quedan en casa y el trabajo se convierte en un refugio. En mi caso, con Rebeca en la oficina es imposible... Mis problemas con María me acompañaban allí donde estuviera su amiga.

Igual estaba siendo injusto, ya que Rebeca había sido estupenda conmigo desde que llegué a Madrid, pero verla me recordaba constantemente a María y se me hacía imposible olvidarme de su viaje juntas. Eso sin contar que me sentía terriblemente celoso de Rebeca porque ante la disyuntiva “irse de viaje con Rebeca vs quedarse con David”, María la había elegido a ella antes que a mí.

—¿Cómo estás?

Como había previsto, Rebeca estaba dispuesta a saberlo todo sobre mí. Sin duda, María ya se lo

habría contado. ¿Por qué insistía en hablar conmigo de lo mismo? ¿Acaso no resultaba evidente cómo estaba? Era muy sencillo adivinarlo, bastaba con medir la longitud de mis ojeras para descubrir que llevaba dos días sin dormir.

—Si no te importa preferiría que solo hablásemos de trabajo.

—Como quieras. Pero el hecho de que María sea mi mejor amiga no quita que tú también me importes.

—Lo siento. No quería ser grosero pero de momento opino que es mejor que solo nos preocupemos del trabajo.

Porque trabajo, trabajo y más trabajo era todo lo que necesitaba para olvidarme de la maldita vuelta al mundo. ¡Cómo odiaba a Willy Fog! Rebeca me había dejado dos montañas de papeles para que me familiarizase con la burocracia interna de la empresa y pensaba ponerme con ello esa misma mañana. Además, por la tarde repasaría con Rebeca las cuentas de dos clientes menores que, sumado a los deberes que me había traído de mi reunión en Barcelona, me daban una cantidad de trabajo suficiente como para impedirme pensar en nada más durante algún tiempo.

Sin embargo, por mucho que me empeñase en mantenerme ocupado y ocultar la procesión que llevaba por dentro, Rebeca no dejaba de observarme y ya no estaba seguro de si lo hacía porque realmente estuviera preocupada por mi estado de ánimo o porque al salir de la oficina tenía que llamar a María y darle el parte. En cualquier caso, fuese por lo que fuese, no iba a darle motivos ni argumentos que llenasen las horas que esas dos pasaban al teléfono. ¿Qué se contarían todo el tiempo? Dadas las circunstancias, seguro que todos estos días yo debía haber sido el invitado estrella en sus tertulias. Lo podía visualizar a la perfección: yo dentro de un *reality* en el que Rebeca tenía la obligación de controlar todos mis movimientos para luego despellejarme, en directo, en el Show de María.

—Rebeca, ¿puedo pasar? —sonreí desde el umbral de su despacho.

Necesitaba su ayuda para pasarme a recoger mis cosas por la casa de María, así que si quería conseguir algo, lo mejor sería ser amable.

—Sí, claro. ¿Necesitas algo?

—Necesito que me hagas un favor.

—Si está en mi mano, cuenta con ello.

—Quiero que quedes para comer con María. Me gustaría pasar a recoger algunas cosas y no creo que sea buena idea vernos ahora.

—Pensaba que no te apetecía hablar de nada que no fuera trabajo.

—Por favor Rebeca, dame tregua.

—Eso es un poco cobarde, ¿no crees?

—Necesito algo de tiempo para pensar en todo esto.

—Pues date prisa.

—¿A qué te refieres?

—Esta mañana han llegado los billetes. Nos marchamos en tres semanas.

—Ya veo... —dije dando marcha atrás buscando la salida.

—David no va a hacer falta... En realidad, ya había quedado con ella para comer. A las dos no estará en casa.

—Gracias.

Salí de su despacho con el alma por los suelos y pensando en quién se habría inventado eso de que los hombres no teníamos sentimientos. Ese falso mito no había hecho más que darnos problemas.

¿Cómo se suponía que debíamos comportarnos? ¿Como hombres? ¡Y qué demonios significaba eso!

De pequeños nos enseñaban que los chicos no lloran y de adultos te echaban en cara que fueras incapaz de conmoverte por nada. Si eras un tío sensible corrías el riesgo de parecer demasiado

“blandito” y si te hacías el duro te tildaban de machista prepotente. Si te mostrabas comprensivo, cedías ante las adversidades y eras de los que perdonan entonces terminabas siendo un calzonazos a los ojos de los demás; y si resistías y permanecías inflexible acababas como yo, recogiendo tus cosas y dejando que María se fuera.

Aunque nada de lo que había en la casa de María realmente me perteneciera, sentía muchas de esas cosas como mías. La cama había sido nuestra cama, habíamos compartido el baño, habíamos hecho el amor, como perros delimitando su territorio, en la cocina, en el salón y en muchos otros sitios.

Eran muchos los recuerdos que me invadían estando allí y sentía a flor de piel la emoción de cada momento vivido. Para ser un hombre y no tener sentimientos, ¡me estaba convirtiendo en un pedazo de cursi!

Miré a mi alrededor y lo que más me sorprendió fue el desorden descomunal que había por doquier. Sonará egoísta pero eso de algún modo me reconfortó... Tal vez María tampoco lo estaba pasando demasiado bien esos días. Pero ¡qué más daba! Al fin y al cabo, ella lo había querido así.

¿Tanto le costaba entender que la necesitaba y que no quería separarme de ella?

Mientras trataba de cumplir con la descomunal tarea a nivel psicológico de recoger mis cosas para soltar lastre, me invadió el ridículo anhelo de que María apareciese. Aun consciente de que iba a ser imposible que eso sucediera, sobre todo porque le había pedido a Rebeca que saliera a comer con María, intenté ralentizar mi cometido. Buscaba mi ropa con gran parsimonia y una vez hube terminado me dediqué a organizar al caos que María había dejado. Ordené nuestra habitación, doblé su ropa e hice la cama como a ella le gustaba, colocando todos los cojines por tamaños. En la cocina fregué los vasos que había en el fregadero y le dejé preparada una lavadora.

Mucho más tarde todas las labores estaban terminadas y María no había aparecido. Así que me dije a mí mismo que, si estuviera enamorada de mí, habría venido corriendo en cuanto Rebeca le hubiera pasado el parte de guerra, ¿o no?

maría

¿Nunca te has arrepentido de algo que habías hecho movida por la rabia? Pues yo lo estaba haciendo en ese preciso instante. Desde que David se llevó sus cosas no solo había sobrepasado el límite mensual de la tarjeta de crédito, sino que solo me alimentaba de comida basura succulenta, con lo que había conseguido poner patas arriba mi aparato digestivo. Tal vez alguno de vosotros conoce la sensación, ¿cómo os lo explicaría?, era como si tuviese el estómago a la altura de las orejas... y ésa podía ser la única explicación de que, desde que se había ido, me hubiera pasado la mayor parte del tiempo boca abajo, viendo el fondo de la taza del WC. Esa mañana, sin ir más lejos, a duras penas había podido prepararme para venir a la oficina y lo peor de todo era que la gente pensaba que mis ojeras eran debidas a noches interminables de sexo con David. Ésa era otra. Como seguía siendo un cobarde (¡perdonad!, pero eso no se curaba en un santiamén) aún no había sido capaz de confesar a ningún ser humano que no

fuese Rebeca que David se había ido de mi casa y salido de mi vida por la puerta de atrás.

—María, te llaman al teléfono —anunció mi secretaria cuando respondí al teléfono interno.

—¿Quién es? Porque si es David, no estoy, ¿vale?

—Es Rebeca —y extrañada pero sin valor a preguntar a qué se debía mi cambio de actitud con David me dijo—: Si quieres le digo que te llame más tarde.

—No, no. Pásamela.

Y es que me alegraba de hablar con ella. Siempre estaba cuando la necesitaba, ¡no como otros...!

—Hola, me estoy muriendo.

—Ya será menos... -expresó pensando que exageraba.

—¿Por qué nadie me cree cuando digo que me muero?

—María, no dramatices. Seguro que a David se le pasa pronto.

—No es eso. Es que he vuelto a vomitar y me encuentro fatal.

—¿Otra vez? Pues yo te llamaba para invitarte a comer.

—No me hables de comida, por favor. No lo puedo soportar.

—Igual deberías ir al médico...

—Vale mami. Si no se me pasa en un par de días prometo coger cita.

—Conociéndote seguro que se trata de una simple indigestión. Así que deberías empezar a comer cosas ligeras desde ya —¿cómo lo hacía? No era posible que supiera lo mal que me estaba alimentando últimamente—. Y no te olvides de tomar mucha agua con limón.

—Sí, mami.

—Y como veo que hoy no podemos ir a comer juntas, te daré la buena noticia por teléfono.

—Genial. Hasta en los peores momentos encuentras algo bueno para animarme. ¿Qué es?

—La agencia de viajes acaba de mandarme los billetes de avión.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Pronto, pronto, no diría tanto pero en tres semanas estamos en París, *ma petite chérie*.

Tras la buena nueva, y a pesar de que mi estado de salud no me permitiese comer nada, igualmente quedamos en vernos al salir del trabajo. Ella comería y yo miraría, salivando por la envidia, mientras me tomaba una infusión de manzanilla con limón. Me iba a acordar de la maldita pita rellena de pollo con

salsa agria de yogurt toda la vida. Bueno, de eso y de los seis donuts de chocolate que me zampé anoche. Y ya que estamos de los sándwiches y las patatas fritas sabor vinagre con sal de Ibiza que me tomé para merendar, ¡qué asco solo de pensarlo!

Rebeca me esperaba en la barra tomando una Coca-Cola y unos boquerones en vinagre. Jamás había podido entender cómo una persona como ella, que a simple vista parecía de gusto refinado y paladar exquisito, pudiese sentir esa afición desmedida por los boquerones en vinagre. Me acerqué con miedo y el olor que despedían los muy puñeteros me provocó la misma maldita sensación de angustia que había sentido al levantarme por la mañana. Otra vez se puso en marcha la montaña rusa,

¡todo para arriba y para abajo!

—Te importaría mucho dejar de comer eso.

—¿Te encuentras bien?

—¡Qué más quisiera yo! Son tus boquerones, me están dando un asco tremendo.

—¿Por qué no vas al médico de una vez?

—¿Para qué?

—No sé. La gente suele ir al médico cuando no se siente bien.

—¡Qué manía tenéis todos con que vaya al médico! Ya te he dicho que si no se me pasa iré en un par de días. Solo me ha sentado mal algo que he comido.

—Ok, pero prométeme que si mañana te sigues encontrando así, irás directamente al médico antes de ir a la oficina. No esperes más, ¿vale? —me pidió sujetándome la mano con fuerza. No la soltó

hasta que le hube asegurado que lo haría—. Y ahora, no estaría nada mal que me contaras en qué estás ocupando tu tiempo estos días que andas tan perdida.

—Ya te lo he dicho. Después del trabajo me he dedicado a pasear y a comprarme algunas cosillas.

—Define cosillas.

—Ropa, libros, una televisión de plasma...

—¿Para qué necesitas una televisión de plasma ahora que nos vamos de viaje?

Ni loca le iba a confesar que cuando la vi me acordé de la tarde que pasamos David y yo sentados en unos banquitos que tenían en el Corte Inglés delante de los plasmas gigantes, viendo las fotos de cascadas y paisajes africanos.

—La mía no funcionaba y estaba de oferta, así que no me pude resistir.

—Tú estás peor de lo que pensaba. ¿Cuánto te has gastado yendo de compras? —preguntó más preocupada que enfadada.

—Mucho pero, ¿qué quieres? Solo hay dos remedios contra la depresión: las compras y la comida.

—Y ya veo que te has lanzado de cabeza... Con la comida muy bien no te está yendo, ¿las compras han funcionado mejor?

—No estoy muy segura. Es verdad que cuando gastas te sientes poderosa y te olvidas de todo pero esta mañana me ha llegado el extracto de la cuenta... Ahora tengo aún más motivos para deprimirme.

—¿No me vas a preguntar por David?

—¿Para qué? Me lo vas a contar de todos modos.

—Conmigo no te hagas la dura. Sé perfectamente que estás deseando saber cómo está.

—Entonces a qué esperas, desembucha.

—Esta mañana ha llegado con cara de pocos amigos, como si hubiera perdido su gracia sevillana de repente. Lo mejor de todo es que cuando le he preguntado qué tal estaba me ha recordado que solo podemos hablar de trabajo.

—Pero, ¿parecía hecho polvo o no?

—Según él no ha dormido en varios días. Y por la cara que traía, juraría que no mentía.

—Sigo sin entenderlo. Si lo está pasando tan mal como yo, ¿por qué no quiere volver a verme?

—No digas eso. Está dolido pero se le pasará. No sabes la cara que ha puesto cuando se ha enterado de que ya teníamos los billetes. Si no le importaras no me habría mirado como si le estuviera arrancando un brazo.

—La verdad es que me siento fatal.

—Si necesitas ir al baño yo te dejo pasar, ¿eh?

—No me refería a eso. Es por el viaje. Quiero hacerlo pero es como si la búsqueda de mi propio yo ya me estuviera pasando factura.

—María, te lo dije el otro día y te lo repito por última vez. Estamos a tiempo de devolver los billetes.

—Y yo insisto. Todo sigue en pie. Además no eres tú, es el testarudo de David que se ha empeñado en hacerme elegir. ¿Por qué no lo entiende?

—Escala de grises.

—¿Qué?

—Nada, cosas mías. Tengo la teoría de que los hombres navegan en el universo de los contrarios.

Para ellos, todo es blanco o negro. Su equipo gana o pierde, son de izquierdas o de derechas, suben o

bajan. Algo así como Súper Coco y su teoría del lejos-cerca. Sin embargo, nosotras nos movemos en la escala de los grises. Vamos, que no es tan importante estar lejos o cerca como estar en algún punto del camino.

—¿Sabes qué? Igual no vas tan desencaminada. Es como si David hubiera reducido nuestra historia a un “todo o nada”.

—Exacto.

Volví a casa dando un paseo. No es que de repente hubiera decidido reducir la contaminación de la ciudad negándome a utilizar el transporte, ya fuese público o privado. Era solo que si me subía en cualquier medio de transporte con ruedas existía la posibilidad de que ese movimiento terminase colocando mi intestino grueso de bufanda. Y ante semejante visión era mucho más reconfortante caminar, sentir el aire fresco en mi cara y, sobre todo, mantener los pies a ras de suelo.

Aunque le había prometido a Rebeca que iría al médico al día siguiente, tenía una idea mejor.

Generalmente funcionaba y me evitaba perder la mañana rodeada de jubilados en una sala de espera.

Tranquilos, ¡no iba a llamar a mi madre! En otras circunstancias tal vez lo hubiera hecho porque ella, como todas las madres, tenía súper poderes curativos. Y sintiéndolo mucho, en esta ocasión, no los podría usar en mi beneficio porque eso implicaría darle toda clase de explicaciones sobre por qué me encontraba mal y acabaríamos hablando de David, de lo pésima pareja que soy y de que tendría que haberlo tratado mejor para que no saliera corriendo. En fin, ¡cosas de madres!

Una vez más buscaría remedio y medicinas por la vía rápida o, lo que es lo mismo, en el mercado legal farmacéutico. Después de todo, la televisión se pasa el día diciendo: “consulte a su médico o farmacéutico” y todo el mundo sabe que la televisión es la Biblia del siglo veintiuno. Entré en la primera farmacia que encontré en el camino de vuelta a casa y salió a atenderme una señora de unos cincuenta y muchos años con aspecto de Bernarda Alba que no tardó mucho en hacerse una opinión, equivocadísima por cierto, sobre mí.

—Buenos días, ¿en qué le puedo ayudar?

—Mire, es que me ha debido sentar algo mal...

—Es que los jóvenes os alimentáis fatal. Una dieta equilibrada, ésa es la clave para una vida sana.

Le sonreí forzosamente controlando el conato de vómito que amenazaba con dejarme en ridículo delante de aquella señora que (muy acertadamente) pensaba que no me sabía alimentar adecuadamente. Me estaba mareando cada vez más, así que traté de explicarle con las pocas palabras que conseguía pronunciar y a riesgo de parecer una yonqui en pleno mono que si no me daba algo inmediatamente para quitarme esa sensación le iba a dejar (muy a mi pesar, eso sí) un bonito recuerdo en su impoluto mostrador.

—Tengo vómitos y náuseas —le dije bajando la cabeza y apoyándome con los codos en el mostrador.

—¿Desde cuándo tienes los síntomas?

—Hace tres días empecé vomitando pero la sensación de mareo y las náuseas vienen y van desde entonces.

—Comprendo.

La farmacéutica no dejaba de analizarme como si fuera una cobaya e imagino que empecé a tener alucinaciones porque creí ver un atisbo de compasión en su mirada. Supongo que le estaba dando pena verme en ese estado, lo que no era de extrañar ya que, después de que mi cuerpo se negase a asimilar ninguno de los alimentos (por así llamarlos) que le había proporcionado en los últimos días, cualquiera que me viese notaría que estaba muy demacrada y ojerosa.

—Por favor, ¿me podría dar algo? Lo que sea —supliqué enfatizando “lo que sea” y confirmando la deplorable imagen que esa señora se estaba haciendo de mí.

—Chica, no te impacientes...

Impacientarme no, pero cabrearme, sí. Digo yo que para que me vendiera un jarabe de nada contra las náuseas no era necesario hacerme el tercer grado. Después de todo, no es que le estuviera pidiendo algo para colocarme... Pero la encantadora señora no cejaba en su empeño por hacer bien su trabajo y siguió bombardeándome a preguntas:

—¿Eres alérgica a algún medicamento?

—Que yo sepa no...

Si lo fuera seguro que mi madre me lo repetiría a todas horas, así que la respuesta era no.

—Está bien —al fin pareció encontrar algo y mostrándome orgullosa el botín que sacó de la rebotica me especificó cómo usarlo—. Puedes tomar dos de éstas cuando tengas mareos y una cucharada de esto antes de cada comida. Eso sí, debes seguir una dieta blanda durante los próximos días.

—Gracias. ¿Cuánto le debo?

—Son catorce con setenta —pero antes de entregarme la bolsa con mi salvación se detuvo y volvió su mirada inquisitiva hacia mí—. Solo una cosa más, ¿no estarás embarazada? Las cápsulas podrían ser perjudiciales en caso de embarazo.

Salí de allí bufando. ¡Al menos me había librado de esa bruja! ¡Pero quién se había creído que era!

No solo me había tratado despectivamente durante todo el tiempo sino que encima había escupido sobre mí la duda de un embarazo. ¿Algo más que me pudiera pasar? ¡Desde luego solo me faltaba que esa bruja tuviera razón!

todos

álvaro

No había nada como una tarde en el zoo para darte cuenta de que la libertad era el mayor privilegio del ser humano. Sin embargo, a través de la mirada de un niño, el zoo adquiría unos matices completamente diferentes. Ellos no veían la tristeza que se desprendía del encierro sino que disfrutaban de la aventura y el descubrimiento. Los niños se dejaban deslumbrar por la grandiosidad de los elefantes, la gracia y el desparpajo de los monos y los chimpancés o la elegancia de los pavos reales. Y yo, viendo la sonrisa enmarcada en las caras de las dos renacuajas que tengo por sobrinas, estaba seguro de que con esta excursión me había ganado el premio al mejor tío del año.

—Tío, ¿vamos a ver a los delfines?

—Lola, ya te lo he explicado antes. Aquí no hay delfines pero si os parece bien otro día os llevo al Acuario, ¿vale? Y ahora es hora de despedirse de las jirafas.

—¿Y nos comprarás un helado?

—¿Tú crees que mamá estaría de acuerdo?

—Uno pequeño...

—Está bien. Bárbara, ¿tú qué opinas? ¿Compramos un helado después de ver a las jirafas?

—De coholate.

Estaba seguro de que mi hermana me iba a matar por mimarlas de ese modo y consentirles el chantaje emocional al que me sometían cuando estaba a solas con ellas pero soy un hombre débil y estoy completamente enamorado de estas dos mujercitas.

Está claro que las mujeres nacen con un don especial para dominarnos desde su más tierna infancia. Y a estas dos parecía que les habían dado unas clases extras. Claro que siendo hijas de quien eran, no podía ser de otro modo.

—¿Cómo se han portado mis monstruos! —dijo Laura nada más abrir la puerta cuando regresamos sanos y salvos de nuestro paseo.

—¡Mamá, el tío nos ha llevado al zoo!

—¿Sí? ¡Cuéntame a ver qué han visto mis monstruos!

—Había un elefante pequeño y su madre que era muy grande le daba comida, también había un león y monos y jirafas y....

Empezó la retahíla del animalario y casi sin parar a tomar aire relató hasta el último detalle de lo acontecido aquella tarde.

—Bárbara se ha dormido en el coche. Es un cielo —le dije aún bajo el hechizo de las niñas.

—¿Entonces se han portado bien? —se interesó Laura sin poder creerse que las niñas no hubieran

ocasionado ningún problema en toda la tarde.

—Son unas niñas estupendas.

—Me estás haciendo demasiado la pelota. ¿Algo que deba saber?

—¿Algo como qué?

—Caídas, peleas, llantos. ¿Han matado a algún pato? No sé, esas cosas que hacen este par de demonios en cuanto te despistas dos segundos.

—¡Ah! Te referías a esas cosas —y haciéndole ver que hacía recuento de los animales del zoo le dije—: Creo que los dejamos todos dentro de sus jaulas... Aunque yo miraría debajo de la cama por

si al final se han traído al cocodrilo.

—Si no fueras mi hermano preferido te diría lo idiota que eres y te daría tu merecido por tomarme el pelo —y me dio un leve empujón simulando un golpe de karate.

—¿No les habrás dado muchas golosinas?

—¿Cuentan los helados?

—¡Antes de cenar!

—Eran muy pequeños, lo prometo —me disculpé mientras levantaba los brazos cual ladrón pillado con las manos en la masa.

Con la pequeña en brazos y Lola colgando de su pierna derecha salió de la habitación con la amenaza de volver en cuanto les diera algo de cenar y las metiera en la cama. Pasé al salón porque necesitaba hablar con Sergio de lo ocurrido. No sobre la tarde en el zoo sino sobre Rebeca y el torbellino en el que me empezaba a encontrar metido. Desde luego era toda una suerte que uno de tus mejores amigos estuviera casado con tu hermana y que tuvieran unas hijas tan adorables, porque así con una visita podía matar dos o más pájaros de un tiro.

—¿Qué tal en el zoo? No habrás enseñado a mis pequeñas cómo se masturban los monos, ¿eh?

—Tranquilo. Siguen tan inocentes como cuando las recogí esta tarde.

—Y tú, ¿qué tal? Parece que la sonrisa que traías se ha quedado en el zoo.

—Veo que no voy a poder andarme con muchos rodeos, ¿no?

—Tú veras... Y si lo que tienes que contarme es cosa de hombres, date prisa antes de que baje Laura.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Entre que les da de cenar, les da un baño y las mete en la cama, yo diría que poco. Esa mujer es como Speedy González.

—Necesito contarte algo sobre Rebeca, la chica a la que le he alquilado el apartamento.

—Viviendo con tu hermana, ¿te crees que no sé quién es Rebeca? Se pasa el día diciendo que te han cazado...

—¿Tan evidente es que me gusta?

—Igual deberías mirarte al espejo más a menudo. Últimamente tienes cara de cordero degollado.

—El caso es que me está volviendo loco. Es sexy, divertida, sexy, inteligente, ¿te he dicho que es sexy?

—Sí, pesado... Ya me ha quedado claro que la chica te gusta.

—No había sentido nunca nada igual.

—¿Y cuál es el problema? Si es guapa, inteligente y es evidente que en la cama funciona bien, ¿por qué te haces tantas pajas mentales?

—¿Que por qué? ¿Tengo que recordarte que me ha alquilado su casa porque se va un año de viaje? Sergio se quedó pensativo y chasqueando los dedos me dijo.

—Según yo tienes dos opciones: aprovechar el tiempo que te queda para estar con ella sin ningún tipo de compromiso, o bien, recular inmediatamente y tan amigos.

—¿Y si ella es la definitiva?

—Tú estás peor de lo que había pensado. Ahora entiendo esa cara de mustio que me traes hoy.

—¡Sin ofender! —bromeé quitándole un poco de hierro a la conversación.

—¿Qué andáis tramando? —interrumpió Laura nada más entrar en el salón.

—Estábamos poniéndonos al día.

—¿Hablando de Rebeca en mi ausencia?

—Qué mal pensada eres. Hablábamos de trabajo.

—Hermanito, aunque no lo creas, soy bastante inteligente y vosotros dos estabais hablando de mujeres. Así que empieza a largar por esa boquita.

—¿Cómo la aguantas todo el día? —pregunté a mi cuñado tratando de desviar la atención pero su cara de pecado me revolvió el estómago—. ¡Serás cerdo! No te olvides de que es mi hermana.

—Álvaro, no te vayas por las ramas... Aunque si no quieres contármelo, no pienso obligarte.

—¡Que no es eso!

Así que nuevamente sucumbí a los encantos, o más bien encantamientos, de las mujeres de esta familia.

Repetí la historia, solo que esta vez Laura me obligó a detallarle cada uno de los minutos que había pasado con Rebeca. Cuando terminé el relato de los hechos sentenció:

—Tú haz lo que quieras pero yo si fuera tú me pasaría hasta el último segundo pegado a esa chica.

<<Si ella quisiera, claro>>, pensé para mis adentros. De ninguna manera iba a reconocer delante de mi hermana que mi gran dilema no era tanto el hecho de admitir que Rebeca me hacía sentir más que cualquier otra mujer que hubiera conocido hasta ese momento, sino que tenía un miedo atroz a que ella no estuviera dispuesta a admitir que sentía lo mismo que yo.

maría

—¿Te parece normal que no haya dado señales de vida desde hace tres días? ¿Estará bien? No le habrá pasado nada, ¿verdad? —me preguntó Rebeca más para desahogarse que para que le diese una respuesta real.

—No sé. ¿En qué quedasteis?

—Que llamaba él.

—Entonces dale tiempo. Todavía es pronto para que un tío se ponga a pensar en lo que hará el fin de semana. Si fuera viernes sería preocupante pero, siendo miércoles, aún estás a tiempo.

—Pero yo quiero hablar con él. Le echo de menos.

—Pues llámale tú. Claro que igual no es tan buena idea. ¿No querrás espantarlo o que piense que estás ansiosa?

—No, pero...

—Sin peros, llamará. Y ahora debo dejarte, que tengo que hacer algo importante.

—¿Tanto como para dejarme en este preciso momento?

—Mucho más, créeme.

¡Y tan importante! Desde la visita a la farmacia no había podido pegar ojo pensando que igual la encantadora señora tenía razón y los síntomas podían deberse a un embarazo incipiente. Tanto era así que, ante la incertidumbre, ni siquiera había sido capaz de tomarme la medicación que me había prescrito con lo que al hecho evidente de que mi estómago seguía montado en una montaña rusa, ahora había que sumarle que ¡veía bebés por todas partes! Me toqué la tripa ante la posibilidad de que una pequeña María o un Davicito ya estuvieran creciendo dentro de mí.

Como ya había terminado con mis reservas de cobardía ocultando a David que me iba de viaje, me dispuse a coger el toro por los cuernos y afrontar la realidad: estaba enamorada de David y, precisamente por ello, la noche que volvimos de celebrar el aniversario de nuestra primera semana juntos no me importó hacer el amor con él sin protección. Y ahora, el aparatito que tenía entre mis manos me daría el veredicto sobre las consecuencias de nuestro pequeño desliz. Mientras esperaba a que esa cosa se pronunciase, empecé a ponerme histérica y un millón de pensamientos contradictorios inundaron mi

cabeza.

Azul, rosa, azul, rosa. ¡No puedo mirar! ¡Dios, cómo se lo cuento a mi madre! Azul, rosa, azul, rosa. Pensamiento positivo, pensamiento positivo. Esto no puede estar pasándome a mí. Azul, rosa, azul, rosa. Aunque un peque con los ojitos de David no estaría nada mal. Azul, rosa, azul, rosa. ¡No quiero mirar! Azul, rosa, azul, rosa. ¿Quiero azul o rosa? Yo lo único que quiero es que David esté aquí conmigo... Azul, rosa, azul, rosa. ¡Necesito a Rebeca! ¿Y si es positivo?

Odiaba el debate moral que estaba teniendo lugar dentro de mí y necesitaba dejarlo todo a un lado, abrir los ojos y averiguar el resultado del test. María, eres fuerte, me decía para darme ánimos, puedes hacerlo, no tengas miedo, el futuro será maravilloso, solo tienes que contar hasta tres.

—Una, dos y... ¡Dios, voy a ser madre soltera!

álvaro

Del estadio emanaban cánticos y ritmos tribales que iban caldeando el ambiente. Era un partido importante, diría que casi tanto como mi decisión de no volver a llamar a Rebeca. Tenía que poner tierra de por medio como un delantero cuando se alejaba de la defensa contraria en busca del tanto que le llevase a la victoria. Quizás no sea la mejor de las comparaciones y quizás no gane nada con ello pero en la cola de acceso al estadio tenía un pensamiento único y repetitivo, << *era mejor dejar las cosas como estaban*>>. Lo absurdo de la situación es que, aunque había decidido no volver a llamarla, eso no me había ayudado a sacarla de mi mente.

Así que, para distraerme del deseo irrefrenable que me impulsaba a coger el teléfono y hacer una tontería que me llevase a incumplir la promesa que me había hecho a mí mismo, me había dejado engatusar por Sergio. Quizás él estuviera en lo cierto y esta noche era lo que necesitaba para pasar página. Mi cuñado es de los que piensan que no hay problema que no se vea desde otra perspectiva tras una noche de fútbol y cañas con los colegas.

Y ahí estaba, dejándome arrastrar por la masa de enardecidos aficionados que esperaban corear los goles de su equipo. Sergio siempre había sido un forofo en toda regla. ¡No sabéis la que se montó cuando nacieron mis sobrinas! Con solo un día de vida quiso hacerlas socias del equipo de sus amores, a lo que obviamente mi hermana se opuso con rotundidad. ¡Menuda feminista era ella!

“Son ellas las que deben decidir si les gusta ese deporte de bestias que solo sirve para que los hombres de este país puedan tener una excusa para no hacer nada más que estar plantados delante de la tele de lunes a domingo, que si la Liga, la Copa, la Champions... Cuando sean mayorcitas ya decidirán ellas solitas si quieren ir al fútbol y sobre todo de qué equipo quieren ser”.

—Pero hombre. Alegra esa cara que estamos a punto de presenciar un momento histórico. ¿No lo oyes? Ya puedo sentir la emoción de la victoria —me instó Sergio a participar del ambiente.

—Anda que, como a todo le pongas tanto entusiasmo, mi hermana estará encantada.

—Calla, que bastante he tenido toda la semana... ¿Me estás escuchando? —me espetó al tiempo que tiraba de la manga de mi camisa para llamar mi atención—. ¿Me escuchas o no?

Lo cierto era que en aquel momento mucho caso no le estaba haciendo.

—Perdona —me disculpé—. ¿Ves a aquel tío de la camiseta azul? Es el novio de María, el que estaba en la cena el otro día...

—Pues creo que te ha visto y viene hacia aquí. Así que espero que siga siendo su novio porque, si no lo es, a lo mejor esta noche acabamos en el hospital.

david

No me cabía ninguna duda de que había terminado siendo una noche interesante. ¿Quién iba a decirme a mí esa mañana cuando el gran jefe me había dado esas entradas, que la cosa iba a terminar así?

—A tu chica le gustaba el fútbol, ¿no? —me había dicho muy ufano, ajeno por completo a los últimos cambios de mi vida sentimental—. Pues coge estas entradas y llévatela a ver las semifinales.

La cara de Rebeca cuando me vio aceptar las entradas sin decir ni “mu” sobre mi reciente ruptura con María, fue un auténtico poema. ¿Qué pretendía que hiciese? ¿Decirle que habíamos roto? No podía hacerlo porque aunque, esta vez, había sido yo el que se había marchado todavía deseaba con todas mis ganas encontrar el modo de impedir que María cogiese ese avión.

Con las entradas en la mano y sin más compañía que mi propia persona, me dispuse a pasar los controles de seguridad del estadio cuando entre la muchedumbre, reconocí a Álvaro, el tipo que estaba en casa de Rebeca. La coincidencia me arrancó una sonrisa y, muy lejos de estar enfadado con el responsable indirecto de mi descalabro emocional, le hice una señal que invitaba al acercamiento que él aceptó inmediatamente.

En cuanto nos pusimos a hablar y le pregunté por Rebeca. Su respuesta esquiva confirmó lo que la actitud de Rebeca desde hacía varios días, siempre nerviosa y pendiente del teléfono de un modo obsesivo, me había dado a entender. Lo que fuera que tenían o dejaban de tener estaba pasando a la historia.

En las dos horas siguientes, entre vítores, aplausos y celebraciones varias fuimos forjando el inicio de una amistad que yo personalmente necesitaba más de lo que me había imaginado. Desde mi llegada de Sevilla había vivido encerrado en María. Primero quise encontrarla, después recuperarla y más tarde mantenerla a mi lado, lo que la había convertido en mi único punto de referencia en los últimos meses. Sin embargo, en esa noche de fútbol, la camaradería que se creó con Álvaro y su cuñado Sergio me hizo recordar cuánto había echado de menos tener amigos cerca. Aunque podía contar con Marcos para lo que quisiera, el teléfono no siempre podía suplir lo que unas cervezas en el bar.

Después del partido y tras varios brindis por la victoria, por la pierna derecha del delantero más goleador de la Champions, por el balón emblemático, por el entrenador y por toda la plantilla de cracks nos juramos lealtad eterna. Mucho más tarde, llevamos en volandas a Sergio y se lo entregamos a su amante esposa que con aires de abadesa nos recriminó: “¿No os da vergüenza hacerle esto a un honrado padre de familia?”, para terminar despidiéndose de nosotros diciendo

“desde luego, la que dé con vosotros, ¡una santa!”, lo que sin duda nos provocó la más prolongada de las carcajadas de la noche.

—¿Te acerco a casa? Seguro que me pilla de paso... —se ofreció Álvaro.

—Si lo dices, te creo y te lo agradezco. Entre lo poco que conozco esta ciudad y lo borracho que estoy, no te voy a decir que no.

—Por cierto, ¿dónde te llevo?

—A la Gran Vía. Me estoy quedando en un hotel hasta que encuentre algo.

La expresión de Álvaro palideció.

—De veras que lo siento. Ojalá pudiera hacer algo para solucionarlo.

—¿Eres capaz de suspender el tráfico aéreo en el próximo año?

—Créeme. Me encantaría retroceder en el tiempo y acabar con el maldito de la Cierva si pudiera serte de ayuda.

—No es culpa tuya. Cuando decidí venir a Madrid, aunque esperaba recuperar a María, no tenía

muchas esperanzas ni siquiera de encontrarme con ella. Y mucho menos podía imaginarme que volveríamos a estar juntos. No dejo de pensar en lo felices que podríamos haber sido. Pero ella quiere hacer ese maldito viaje y ¿sabes qué significa eso para mí?

—Me hago una ligera idea. Aunque conozco a Rebeca desde hace poco, ese viaje pesa mucho. Lo nuestro no había ni siquiera empezado, así que no importa demasiado. Pero tú ¿por qué no intentas arreglar las cosas antes de que ella se marche?

—No hay nada que arreglar. Le pedí que eligiera y ella ya lo ha hecho, así que estoy planteándome volver a Sevilla. Además, a mi socio le encantará que vuelva al redil. Este tiempo que me he tomado para buscarla lo han tenido demasiado ocupado y alejado de su recién estrenada esposa... Así que al menos alguien se alegrará de mi desgracia.

—Siento que digas eso —y me dio una palmada en el hombro al tiempo que me invitaba a subir al coche—. Ahora que somos amigos es una pena que te vayas tú también. Ojalá hubiese otra solución.

—No veo el modo. Y tú con Rebeca, ¿seguro que no hay alguna posibilidad?

—La verdad es que he decidido dejar las cosas como están. No tiene mucho sentido enredarse en una historia que se va a acabar en pocas semanas.

rebeca

¡Odiaba a los hombres! A todos pero a uno en especial. Sus idas y venidas eran insoportables. Los tíos y Álvaro como el que más son como el mismísimo Gaudí. ¡Aparecen y desaparecen como por arte de magia! ¿A que nunca habéis oído hablar de ningún mago o escapista que sea mujer? Eso es porque no es ninguna casualidad que Houdini o Copperfield sean hombres. Si no que se lo pregunten a Claudia

Schiffer. Estoy segura de que ella os confirmaría que mientras fue novia de David C. el mejor número de su ex lo presencié cuando terminaron su relación. Me juego el cuello a que le dijo: “Cariño, ¿me ves? Pues ya no me ves”. ¡A saber cuántas horas se pasó la pobre esperando a que David pusiera fin al numerito antes de percatarse de la bromita!

Y es que a ellos les va eso de perderse cuando las cosas se ponen feas. Los hay de varias clases.

Los que son como David solían desaparecer después de un gran golpe de efecto. Una notita de despedida, muy cobarde todo sea dicho de paso y ¡no volvían a dar señales de vida! Pero mis preferidos (ahí va bien servida una ración doble de ironía...) son como mi querido Álvaro, es decir, unos cabrones despiadados que te hacen creer que eres la mujer de su vida para luego desaparecer del mapa sin ningún motivo justificado después de haberte prometido que te llamarían. ¡Valiente mamón!

No es justo que desaparezcan sin más. Las mujeres tenemos derecho a saber qué estado poner en Facebook. Soltera, enamorada, sola, buscando guerra... Claro que dada mi desastrosa vida sentimental lo único que pude escribir fue “Ocupada... organizando el viaje”. ¿Qué debería haber hecho? ¿Escribir la verdad? De nuevo abandonada. Primero fue Andrés el que me dejó tirada y ahora era Álvaro el que hacía mutis por el foro justo cuando pensaba que había encontrado a alguien interesante que me hacía reír, tremendamente atractivo, que besaba como Dios y que me ponía... ¡a mil! Menos mal que tras la noche que pasamos juntos era él el que no se quitaba el “nos” de la boca.

¡Luego dicen de las mujeres! Pero a ellos, ¿quién los entiende? Yo desde luego no. Ya solo me faltaba que en el último momento me llamase para decirme que no quiere alquilar la casa.

¡Vaya semanita! Como si no tuviera bastante con la historia de Álvaro y los preparativos del viaje, el colmo de mis males era que me habría encantado poder hablar de esto con María. Pero ¡ésa era otra! Lo único que había sabido de ella últimamente es que se había ido al pueblo de sus padres a

arreglar no sé qué papeles de unas tierras que heredaron de su tía Dolores. “Una faena a estas alturas”, me dijo antes de marcharse, “pero no me queda más remedio que solucionarlo antes de irnos, no vaya a ser que algún cabo suelto me obligue a volver antes de tiempo. Ya sabes cómo son estas cosas de las herencias, te despistas y ya te han hecho el lío”. Pero la verdad es que no sabía cómo eran esas cosas porque nunca he heredado nada. Ni tan siquiera un jersey viejo de un hermano mayor ¡porque soy hija única!

Así que allí estaba reconcomiéndome por dentro sin noticias de María y, por supuesto, sin noticias de Álvaro... Y como el aburrimiento es muy malo, empecé a desconfiar de todo y de todos. ¿Desde cuándo María tenía una tía en el pueblo que se llamaba Dolores? ¿Por qué nunca me había hablado de ella? Y aunque siempre me había fiado de María a pies juntillas, algo me decía que detrás de esa historia de la herencia, más que una tía del pueblo, estaba David y su huida en estampida. Tal vez María se pensaba que podía engañarme pero esta nueva ruptura con David la había dejado destrozada.

Se había pasado los días enteros sin comer, apática y demacrada. Y de repente lo vi claro, nítido.

¿Cómo había podido no darme cuenta antes? María se había ido para poner distancia de por medio con David. La pobre estaba pasando sola por ese mal trago mientras que David... Bueno, de él mejor no hablar. Se había volcado en el trabajo como si no hubiese un mañana. Donde antes solo había María, ahora solo hay trabajo, trabajo, trabajo.

El timbre del teléfono interrumpió mis cavilaciones y miré hacia el techo pidiéndole a Dios, o quien fuera que estuviese ahí arriba, que fuese María para decirme que volvía a casa.

—Rebeca, soy Álvaro, ¿cómo estás?

¿Pero de verdad quería saberlo? Naturalmente me abstuve de formular la pregunta en voz alta ya que en cuanto oí su voz decidí que sería mejor mostrarle mi enfado.

—Todo bien, gracias. ¿Tú? —intenté parecer jovial esperando que se lo estuviera tragando.

—Espero no pillarte en un mal momento. Quería hablar contigo de la mudanza.

—¡Ah! era eso... —dije decepcionada pero aliviada al saber que al menos el alquiler seguía en pie.

—Quería preguntarte si mañana por la mañana te viene bien que me pase a dejar algunas cosas.

Tengo algunos muebles pequeños y varias cajas que podría ir llevando... si no te supone un problema, claro.

Me quedé pensando qué sería lo correcto. ¿Era mejor que hiciera la mudanza a finales de mes cuando le entregara las llaves o ponerle a prueba y comprobar que no estaba usando esa llamada como una excusa para verme?

—Mañana tengo trabajo, pero si quieres le dejo una copia de las llaves a la vecina para que puedas dejar las cosas. Hay un cuarto escobero en la cocina bastante grande donde puedes dejarlo todo —si me había servido para pasar una hora escondida, bien podría meter él sus cosas hasta que me fuera.

—Genial, pero igual es más fácil que le dejes las llaves a David. He quedado con él para tomar algo esta tarde y me las dará sin problema.

—Ok, se las paso luego.

—Gracias de nuevo y hablamos.

De aquella breve conversación saqué varias conclusiones: Álvaro no tenía ninguna intención de verme y usaba “hablamos” como el que dice “¡Hola!”. Aunque lo que más desconcertada me había dejado de nuestra charla había sido el saber que Álvaro y David se habían convertido en buenos amigos.

álvaro

¡La echaba de menos! Oír la voz de Rebeca había revuelto mis sentimientos una vez más. Tenía ganas de verla, de abrazarla y sobre todo de besarla y sentirme así de pillado por una mujer a la que apenas había visto cinco veces, era una experiencia nueva para mí. Llevaba días intentando ignorar las constantes señales de socorro que me mandaba mi cuerpo, pidiéndome que lo liberase de la tortura de no verla y creedme que estaba siendo muy complicado a pesar de saber que había hecho lo correcto alejándome de ella. Ni siquiera la insistencia de mi hermana me había hecho cambiar de opinión. ¿De qué serviría pasar todo el tiempo con ella antes de que se marchase? Ésa solo sería una manera inútil y desafortunada de prolongar la agonía de una relación que no iba a tener sentido en el próximo año.

Lo mejor era seguir adelante como si nada hubiera sucedido. Y eso es lo que estaba haciendo. Rebeca me gustaba, y mucho, pero no me engañaría pensando en una relación con ella.

—Aquí las tienes —me dijo David entregándome las llaves del apartamento de Rebeca.

—Gracias, por fin ha llegado el momento. Mañana llevaré las primeras cosas. ¿Ha ido todo bien?

¿Te ha dicho algo?

—Ha estado bastante fría pero ha insistido en que a las doce le viene bien.

—¿Tú crees que estará allí?

—No lo creo. Tenemos una reunión fuera de la oficina a las once.

—Ya me extrañaba.

—¿Por qué dices eso? ¿No te estarías haciendo ilusiones?

—¿Ilusiones? No, qué va. Lo de Rebeca está superado.

—Si tú lo dices. Solo te diré que esta mañana cuando me ha dado las llaves estaba más tensa de lo normal y trabajando con ella he descubierto que no le gusta que los demás vean sus puntos débiles.

—Y según tú yo soy uno de ellos.

—Piensa lo que quieras. María siempre decía que bajo su aparente impasibilidad se esconde un alma frágil.

No me atreví a preguntarle cuál era su intención al contarme aquello pero tampoco tuve valor para decir que ya no importaba. En otras circunstancias habría intentado averiguar si los sentimientos que había sentido la noche que pasamos juntos podían tener un significado definitivo para ambos pero el viaje de Rebeca era una barrera que no estaba seguro de querer saltar. Además, el hecho de que hubiese aceptado que fuese a su casa a una hora en la que ella no estaría, sin duda, era otra señal inequívoca de que ella también había pasado página. Cuando la llamé una parte de mí esperaba encontrar una Rebeca enfadada o al menos ofendida por no haberla llamado. Sin embargo, ella había sido correcta y distante, dejando muy claro que no había nada entre nosotros. David no podía tener razón. Era imposible que ella estuviera ocultándome sus sentimientos.

—Entonces, ¿me acompañas mañana o no?

—Que sean las doce y media. Así me acerco cuando salga de la reunión. Y ahora, andando.

Llegamos tarde y sospecho que si no estamos a tiempo en casa de tu hermana se va a empezar a poner muy nerviosa.

Cuando llegamos, Laura y Sergio lucían elegantemente. No en vano era su aniversario y habían reservado mesa en un restaurante con varias estrellas Michelin.

—Chicos, gracias por quedaros con los monstruos. Ya están dormidas y, con suerte, os dejarán tranquilos toda la noche.

—Está bien pesada. Sabemos tu teléfono y el de tu marido de memoria, hemos memorizado el del restaurante por si acaso, el coche está en la puerta por si cualquier catástrofe natural ocurriese y... ya somos mayorcitos para cuidarnos y hacernos cargo de las peques. Puedes irte tranquila.

—No es por ellas por las que me preocupo... —el radar de mi hermana ya se había puesto en funcionamiento. Ahí estaba analizando nuestras expresiones hasta pillarnos en un renuncio que nos hiciera confesar que teníamos novedades.

—Deja de preocuparte que no hay nada que nuevo que contar —respondí sabiendo dónde pretendía llegar con su mirada y tratando de distraerla para que disfrutara de su noche especial.

—Decid lo que queráis pero me tenéis con la mosca detrás de la oreja.

—Laura, cariño, vamos a llegar tarde... —intervino Sergio. Al menos uno de nosotros pensaba con la mente puesta en otra cosa.

—¿Qué es más importante? ¿Una cena o la penosa vida amorosa de estos dos? —preguntó Laura retóricamente a su marido.

—Bueno, si prefieres pasar nuestro aniversario escuchando a estas dos nenazas, tú misma. Nunca sabrás lo que te pierdes.

—Después de tantos años y aún piensa que puede sorprenderme...

Y mirando a mi encantadora hermanita añadí:

—Estaremos bien. Vosotros divertíos que por aquí todo irá sobre ruedas.

—Está bien pero nos tomamos una copa a la vuelta, así me contáis todas las novedades.

¡A ver quién era el guapo que la frenaba!

—David, amigo, esta noche toca charla —dije dirigiéndome a mi nuevo compañero de fatigas cuando nos quedamos solos.

—Quién sabe. Con suerte Sergio la emborracha y se le olvida toda esta historia del interrogatorio.

Además, ¿qué tenemos que contar? Estamos de puta madre, tenemos todo lo que un hombre puede desear. Una casa para nosotros, una tele enorme, un buen partido a punto de empezar, unas cervezas y comida para un regimiento... ¡Esto es vida!

—Ni que lo digas ¡A quién le importa que dos tías prefieran marcharse de viaje que disfrutar de nuestra compañía!

Nos miramos tratando de confirmar que a nosotros no nos importaba, aunque en el fondo ninguno de nosotros estuviese convencido de que eso fuera cierto.

Nos repartimos tareas y escogimos cada uno un lado del sofá. Para mí el derecho y el poder del mando, para David el izquierdo y el control de las cervezas y los aperitivos. La cena estaba en el horno tal y como Laura nos había dejado escrito en las instrucciones de la nevera. Como solo teníamos que calentarla diez minutos, lo haríamos al llegar la media parte del partido.

A las tres menos cuarto entraban en casa los tortolitos besándose como dos recién casados.

—Chicos, primero el parte y luego a la carga.

La Gestapo en persona acababa de entrar. Mi hermana volvía con toda la artillería cargada. David y yo miramos a Sergio, nuestro único aliado en aquella pequeña batalla, que parecía no haber cumplido su misión. Laura estaba como una rosa, despierta como nunca, dispuesta a iniciar la conversación pendiente.

—La noche ha pasado sin incidentes —anuncié a la mismísima directora de las SS pensando que si desviaba el tema hacia las pequeñas tal vez, pero solo tal vez, se olvidase del interrogatorio.

—¿No se han despertado?

—Solo una vez pero les di agua y siguen durmiendo como dos angelitos.

—¿Y vosotros?

¡Mierda! Era nuestra hora, el camino hacia el pelotón de fusilamiento se abría a nuestros pies. No había escapatoria posible.

—Unas cervezas, un buen partido, un par de películas bastante buenas... nada especial. Ah, la cena estaba riquísima, gracias.

—Sergio, ¿nos sirves algo más fuerte para que estos chicos se animen a contármelo todo?

El tercer grado estaba servido. Solo faltaba el foco deslumbrándonos la cara. Empezó hablando David que terminó contándole con pelos y señales su historia con María desde los inicios, cuando hablaban por teléfono mientras aún vivía en Sevilla hasta unos días atrás cuando salió del apartamento de María en medio de la noche.

—¿Y llevas todo este tiempo sin saber nada de ella?

—No hemos estado en contacto directamente si es eso a lo que te refieres. Pero sé por Rebeca que está pasando unos días en el pueblo de sus padres.

—Entiendo. ¿El veredicto lo queréis ahora o esperamos a que hable mi hermanito?

Laura se estaba convirtiendo en juez y parte de nuestras vidas amorosas. Juez porque no podía evitar darnos su opinión y parte porque siendo mujer seguro que terminaba haciéndonos sentir culpables por algo que probablemente habíamos hecho y que ni nosotros mismos podríamos haber

imaginado que entrañase un sacrilegio contra el género femenino.

—Lo justo es que ahora hable Álvaro, si no me temo que terminará escabulléndose —contestó David pensando que de ese modo podría irse de rositas.

—Tampoco es que haya mucho que contar... conocí a alguien que se va a marchar y considero que no merece la pena seguir con ello.

—Desde luego, veo que sigues tan estúpido como siempre.

Estaba claro que no iba a ser tan compasiva conmigo como lo había sido con David. Sin duda aquello de que la confianza da asco en mi caso se cumplía a pies juntillas.

—¿Se puede saber por qué me insultas?

—Porque siempre haces lo mismo. Hablas de encontrar a la persona adecuada y cuando la tienes delante dejas que se te escape.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que la ate a la pata de la cama?

—Si ella se deja... Pero ten cuidado porque que yo sepa, el rapto es un delito —bromeó quitándole hierro a mi incipiente enfado.

—Entonces, señora experta, según tú ¿qué es lo que debo hacer? —la insté a seguir.

—Sí, eso. ¿Qué es lo que deberíamos hacer? —ahora era David el que parecía ansioso por encontrar respuestas o fórmulas milagrosas.

—Es tan sencillo que ni siquiera os lo podéis imaginar —y cuando la fulminé con la mirada se explotó de manera más directa—. A veces no basta con decirle a una mujer que la quieres o que quieres estar con ella, nosotras necesitamos “acciones”.

¿Quererla? ¿Tendría razón mi hermana y me había enamorado de Rebeca? ¿Así de rápido? Que

David lo estaba de María era blanco y en botella pero ¿yo?... Una vocecita dentro de mí me dijo que lo mejor era dejarlo estar pero un grito ensordecedor me agitó fuertemente haciéndome volver a la realidad:

—¡Eres idiota! No tenías esa cara de alelado y esa mirada de felicidad ni cuando estabas en el altar a punto de casarte. Así que, hermanito, ¡háztelo mirar! Y sobre todo, empieza a pensar cómo demostrarle que estás loco por ella —y apuntando su dedo acusador hacia David sentenció—: ¡Y eso va por los dos!

Al otro lado del sillón de tres plazas observé a David que la observaba divertido y sentí que podía leerle el pensamiento:

<< Laura tiene razón. Las palabras a veces no son suficientes. Ya le he dicho a María más de mil veces que la quiero y no ha servido de nada. Es el momento de sacar la artillería pesada y pasar a la acción. Esta vez el miedo a perderla no me va a detener >>

rebeca

Esa mañana me había despertado más temprano de lo normal y con la sensación de que un tren de mercancías me había pasado por encima. ¡Y no era para menos!

El día anterior, al volver del trabajo, había terminado de empaquetar algunas cosas y despejado la casa dejándolo todo listo para recibir a Álvaro y su mudanza.

Aunque en un primer momento el trabajo físico me mantuvo concentrada y muy activa, poco a poco, mientras miraba a mi alrededor una extraña sensación empezó a apoderarse de mí.

Solo podía pensar en que las mismas paredes que me habían acompañado durante los últimos años, las mismas que me habían visto madurar, no serían las mismas que me darían cobijo en los próximos meses. Los libros ya no llenaban la estantería del salón; las cintas de vídeo y los DVD

ahora se amontonaban en varias cajas aún por precintar. Los recuerdos acumulados con el paso del tiempo y las fotos ya no estaban a la vista evocando momentos felices.

En torno a mí solo había estanterías vacías y grandes huecos que pronto serían ocupados por los objetos y recuerdos de Álvaro. ¡Vaya paradoja! Álvaro ocuparía todos los vacíos de mi apartamento pero yo nunca podría ocupar el que él había dejado en mi corazón. Me había enamorado como una imbécil de un hombre que se había muerto de miedo en cuanto le abrí mi alma. ¡Y yo que pensaba que era él el que iba lanzado hacia un nosotros!

Pero ya no habría un nosotros... Ni ahora ni a mi regreso. Estaba furiosa y una cólera irrefrenable me impulsaba a gritar con rabia. ¡No era justo! Él no se merecía disfrutar de mi hogar mientras yo estuviera fuera. ¡No quería ni imaginármelo! La imagen era insoportable: Álvaro en mi cama y yo a miles de kilómetros de distancia.

¿Cómo había podido ser tan idiota? ¿Dónde había estado mi lado práctico cuando me dejé llevar por ese impulso loco? ¡Y qué más daba! El quid de la cuestión era que aunque existía la posibilidad de que Álvaro no quisiera volver a verme, yo estaba loca por él y tenía que hacer algo al respecto. Si ese idiota se pensaba que podría evitar enfrentarse a mí antes de que me fuera estaba completamente equivocado.

Y mientras terminaba de machacarme los músculos moviendo las últimas cajas urdí mi pequeño

plan. Llamé a la oficina y adelanté la reunión que tenía a las once a las diez. De ese modo tendría el tiempo suficiente para volver a casa a tiempo de recibir a Álvaro.

Eran casi las doce cuando entré de nuevo en casa. Solo me había dado tiempo a dejar el bolso en la que aún era mi habitación cuando escuché el sonido de unas llaves girando en la cerradura. Corrí al salón empujada por el poco valor que aún me quedaba, justo a tiempo para ver cómo la puerta se abría y descubrir que Álvaro no era el que entraba por ella.

—¿David? ¿Tú qué haces aquí? —pregunté contrariada.

—Había quedado con Álvaro en que le ayudaría con la mudanza. ¿Y tú?

—Ya ves... ¿Dónde está Álvaro?

—Rebeca, ¿era por esto que has adelantado la reunión de esta mañana?

—David, yo no te he pedido explicaciones sobre María así que ahórrate el sermón, por favor.

—Tienes razón. Álvaro volverá más tarde. Hemos descargado las primeras cosas y mientras yo las subía, él ha ido a por el resto.

—Entiendo —dije por decir.

En realidad no entendía nada. Para una vez que me armaba de valor e intentaba enfrentarme a la verdad, todo se complicaba absurdamente. Lo sencillo hubiera sido que Álvaro entrase por esa puerta y que viera lo que se estaba perdiendo, una mujer enérgica, decidida y fuerte que luchaba por lo que quería. Sin embargo, tras el chasco con David, me sentía de nuevo cansada, ansiosa y sola.

—Aún me quedan algunas cosas por llevar al trastero. Espero que estas cajas no os molesten mucho —fue todo lo que pude decir mientras contenía unas ganas irrefrenables de llorar.

—Tranquila, cogerá todo perfectamente.

Como no estaba dispuesta a montar un numerito delante de David, y mucho menos me sentía con

fuerzas para plantarme delante de Álvaro ahora que el poco valor que tenía me había abandonado, decidí que lo mejor sería hacer mutis por el foro antes de empeorar más las cosas.

—David, estoy pensando que es mejor que os deje solos. Al final yo no pinto nada aquí y estorbaría más que otra cosa.

—¿Estás segura? No creo que Álvaro tarde mucho en llegar.

—Es mejor así y no le digas que me has visto, ¿vale?

—Pero...

—Pero nada. Creo que los dos sabemos cómo están las cosas. Créeme, es mejor que os deje solos con todo esto.

—Como quieras. Te llevo las llaves mañana a la oficina.

—Claro. Por cierto, será mi último día así que no te vayas a hacer daño hoy con esas cajas.

—Tendré cuidado. No me lo perdería por nada del mundo. Y aunque suene cursi, ¡te voy a echar de menos! —y acto seguido me abrazó. Juraría que más que despedirse de mí trataba de consolarme.

¡Qué majo!

—Mucha suerte David y gracias por haber sido un amigo. Y no me lo pongas muy difícil en la oficina. Cuando vuelva quisiera recuperar mi puesto.

—Puedes estar tranquila.

—Lo sé, eres un buen tipo y me habría encantado que las cosas entre tú y María hubiesen terminado de otra manera. Sé que no es cosa mía pero siento mucho que no hayáis podido hablar de lo ocurrido. Me siento bastante responsable por cómo han ido las cosas.

—Rebeca, tú no has tenido la culpa de nada.

—Entonces, ¿no piensas que te la estoy robando?

—Sinceramente, al principio un poco sí que lo pensé —me abrazó de nuevo y me besó en la mejilla—. Te echaré de menos.

—¿Solo a mí? —y no me hizo falta que contestara. Su cara era un auténtico poema cuya única destinataria podía ser María.

—Pasadlo bien.

Cogí mi bolso y con la cazadora en la mano me despedí de nuevo de él lanzando un beso al aire y dispuesta a salir de ese apartamento antes de que Álvaro volviese. La charla con David nos había tenido entretenidos un buen rato y no quería correr el riesgo de cruzarme con su amigo en el rellano o en el portal. Así que siguiendo ese karma tan negativo que me obliga a esconderme en las circunstancias más inverosímiles, me pasé la siguiente media hora sentada en el rellano del primer piso rezando para que Álvaro llegase pronto y cogiera el ascensor. ¡Qué vergüenza si me descubría

ahí sentada!

La situación me hizo recordar el día de mi fiesta de cumpleaños cuando, tras una noche en blanco, me metí en el escobero para no enfrentarme a él. Tenía gracia la cosa. La primera vez me había dado miedo saber lo que había sucedido y ahora el temor no era otro que leyese en mis ojos lo mucho que ya le echaba de menos y sobre todo que se diese cuenta de que estaba completamente enamorada de él.

david

Tres horas después, Álvaro y yo ya casi habíamos terminado con la mudanza. No había nada como el embrutecedor trabajo físico para que uno se olvidara de los problemas, aunque en el caso de Álvaro eso no parecía haberle ayudado en lo más mínimo. Apenas había hablado en toda la mañana y su actitud me había dejado bien clara una cosa: parecía empeñado en borrar cualquier huella del paso de Rebeca por aquella casa. Quería cambiar de sitio todo aquello que le pudiese recordar a ella y estaba decidido a mover las estanterías, las mesas, el sofá y hasta la habitación con tal de que aquel apartamento fuese un lugar completamente diferente. Y como no cejaba en su empeño pensé que sería mejor esperar a que se calmara antes de contarle que Rebeca había estado allí buscándolo. Como amigo de ambos me sentía en el deber moral de contárselo, a pesar de que Rebeca me hubiese hecho prometer que no lo haría. Pero después de lo que había visto esa mañana tenía que decírselo para que pudiera tomar la decisión adecuada al respecto.

Solo viendo cómo le afectaba el apartamento era más que evidente lo que sentía por ella. Y si unas pocas horas allí lo estaban sacando de quicio, ¿qué pasaría cuando se hubiese instalado? Con suerte vivir allí le

ayudaría a superar lo de Rebeca, aunque lo que realmente me temía y esperaba por su bien era que le sirviese como terapia de choque para abrir los ojos de una vez por todas y reconocer que estaba enamorado de Rebeca. Y es que, como dicen, no hay más ciego que el que no quiere ver...

y todos esperábamos que viese la luz antes de que fuera demasiado tarde para ambos.

En mitad de mis divagaciones alguien llamó a la puerta con los nudillos, y acto seguido, teníamos ante nosotros una presencia femenina. Para mi sorpresa y decepción de Álvaro, no era Rebeca, sino María.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? — nos interrogó haciendo ver que si alguien estaba en el lugar equivocado éramos nosotros—. ¿Dónde está Rebeca?

Ajeno a las preguntas de María, estaba absorto en el brillo especial que emanaba de sus ojos y que me hizo reavivar esperanzas. ¿Acaso no se alegraba de esa coincidencia tanto como yo?

—Ha salido a hacer unos recados mientras trasladábamos algunas cosas de Álvaro pero ha dicho que volvería después de comer —le respondí tratando de no mostrar mi entusiasmo al verla, a la vez que evitaba cruzarme con la mirada de Álvaro que estaba completamente contrariado al saber que había visto a Rebeca y no se lo había comentado.

—No quería molestar. Quizás tendría que haberla llamado antes de aparecer por aquí pero supongo que será la costumbre. En el trabajo dijeron que se había ido a casa así que pensé en darle una sorpresa y venir directamente.

Yo la miraba embobado. No me podía creer que María estuviera ahí mismo, a menos de dos metros de mí, preciosa como nunca. Quizás fueran imaginaciones mías pero creí vislumbrar un amago de sonrisa mientras exponía los motivos que la habían llevado hasta mí. Nada importaba que en esa estancia fuéramos tres o que yo fuese solo un invitado accidental en aquella situación. María y

yo estábamos en la misma habitación y yo solo la veía a ella y ella solo se dirigía a mí.

—¿Así que estáis de mudanza?

—Exacto —y cuando me giré para localizar a Álvaro me di cuenta de que ya no éramos tres.

Estábamos María y yo solos así que le debía una a mi amigo—. ¿Qué tal en el pueblo? —le pregunté tratando de establecer una conversación que le permitiera quedarse un poco más.

—Bien, muy bien. Han sido días difíciles y bastante complicados pero ya está todo solucionado.

—Me alegro de que lo que sea esté resuelto. Aunque si has pasado por malos momentos me habría gustado estar allí contigo para ayudarte.

¡Ya lo había dicho! Después de todo no había sido tan difícil sacar el tema. Era lo que sentía y estaba decidido a demostrárselo de cualquier modo posible. La miré y me di cuenta cuán ciertas habían sido sus palabras. Si en un primer momento solo había visto que María estaba más bella que nunca y que tenía una luz especial en la mirada tras su confesión vi que había perdido un poco de peso y que sus facciones reflejaban cansancio. ¿Estaría todo superado como decía?

—Y a mí me habría encantado que hubieras estado junto a mí.

Aun preocupado por los motivos que habían llevado a María a irse al pueblo, suspiré aliviado al oír sus palabras, completamente esperanzado ante una posible reconciliación. La miré y la invité a ocupar el sillón de piel marrón envejecida que tanto nos había costado subir. Y antes de que pudiese darme cuenta María empezó a hablar ajena a todo el desorden y el caos que reinaba por doquier.

—No tenía pensado que fuese de esta manera pero considero que es mejor que te cuente por qué

de repente me fui al pueblo de mi madre. Pero antes de empezar quiero que me dejes explicártelo todo desde el principio y que me prometas que tratarás de ponerte en mi lugar. Es muy importante que sepas que lo que te voy a contar no es una estratagema para hacerte cambiar de opinión y, por favor, no olvides que para mí no ha sido fácil tomar esta decisión.

—María, por favor, deja de dar rodeos. Estoy empezando a preocuparme con tanto misterio.

Aunque más que preocupado me encontraba completamente perdido y tan desubicado como cualquiera de los cuadros que había en el suelo.

—Perdona. Lo mejor será que empiece por el día en que te fuiste de casa. Estaba hecha polvo después de nuestra conversación, muy frustrada por no haber sido capaz de explicarte que mi decisión de irme no tenía nada que ver con mi amor hacia ti y que pasar un año fuera era una necesidad propia, el ansia por encontrarle un sentido a mi vida.

Imagino que mi cara era el reflejo de la desesperación, no solo porque sentía que volvía a la casilla de salida sino porque aún no era capaz de entender a dónde quería llegar con todo aquello.

—El caso es que en esos días me empecé a descuidar un poco más de lo normal y empecé a tener problemas para digerir cualquier alimento.

—Por eso perdiste peso ¿Has ido al médico?

—Sí, por eso estoy más delgada. Pero no me hizo falta ir al médico, en realidad, una señora muy agradable me hizo abrir los ojos.

—No te sigo...

—Lo siento. Me parece que estoy divagando. Cuando fui a la farmacia para que me recetaran algo contra las náuseas...

—¿Náuseas? No querrás decir que... ¿estás embarazada?

—Sí, me hice el test y dio positivo.

—María...

—Si me dejaras acabar te podría contar que la noticia me dejó perpleja. No sabía qué hacer, si hablar con Rebeca, contigo. Pero ¿qué os iba a contar si ni siquiera yo podía asimilar tantas cosas a la

vez? Así que me fui al pueblo para alejarme de todo por unos días y tomar una decisión al respecto.

Confieso que me estaba volviendo loco de desesperación, María podía llevar dentro de sí a un hijo mío. Necesitaba tocarla y sentir que todo era real así que acerqué mi mano a su vientre pero ella me la apartó antes de llegar a rozarla siquiera. Le supliqué entonces que me sacara de dudas y me dijera de una vez por todas si todo estaba bien.

—¿Si todo está bien? Pues depende de a lo que te refieras. Si te refieres a que si he interrumpido el embarazo, pues te diría que al principio fue una de las opciones que barajé. Me sentía tremendamente confusa, ¿qué sabía yo de bebés? ¿Cómo iba a hacerme cargo yo sola de uno? Luego todo empezó a cobrar sentido y supe que mi avión ya había salido y —tocándose la tripita con mucho amor añadió—: que éste era el viaje que tanto había ansiado.

—Eso quiere decir que has cancelado el viaje con Rebeca.

—No exactamente —me dijo y yo la miré contrariado—. Había venido para contárselo todo.

Cuando supe lo del embarazo recibí una llamada de mi madre pidiéndome que la acompañara al pueblo. Y como necesitaba tiempo y distancia para tomar una decisión acepté. Imagino que Rebeca habrá estado muy preocupada por mí. No he contestado a ninguno de sus mensajes en todo este tiempo. Si lo hubiera hecho, no habría podido ocultarle lo que me estaba pasando y yo quería que fueras tú el primero en saberlo. Después de mi madre, claro. A ella no se le escapa una.

—No te preocupes por Rebeca. Seguro que en cuanto se lo cuentes se morirá de la alegría. ¿Ya has ido al médico? ¿El bebé está bien?

—Sí, estamos perfectamente los dos —y ahora fue ella la que cogió mi mano y la dejó reposando en su vientre—. Soy consciente de que acabo de soltarte toda esta bomba, así a bocajarro. Pero como trataba de decirte al principio, no te he contado todo esto para presionarte ni para hacerte cambiar de idea. Después de estos días sé que puedo enfrentarme a esto sola. Pero tú eres el padre y tienes derecho a decidir qué lugar quieres ocupar en todo esto. No es necesario que me des una respuesta ahora mismo. Piénsalo con calma.

—María, por favor, déjame hablar.

—Lo siento, tienes razón... Habla que yo escucho.

—No necesito tiempo para pensar en nada. Y no pongas esa cara hasta haber oído lo que tengo que decirte hasta el final. Mientras tú estabas en el pueblo yo también tomé algunas decisiones respecto al futuro. Por eso, cuando te he visto entrar por esa puerta he sabido que alguien ahí arriba me estaba dando la oportunidad que tanto le había pedido. Aunque me acabaras de contar que estabas embarazada y que seguías interesada en pasear tu tripita por medio mundo habría aceptado. Y es que esperarte un año no es nada si pienso que después tendremos la vida entera para estar juntos.

Sin apenas haber terminado de hablar María se arrojó a mis brazos y me besó con fiereza como el que se lanza ante un plato de comida tras diez días de huelga de hambre.

—Te quiero.

—Y yo a ti princesa pero déjame que acabe —no quería que se precipitase todo y dejar cosas sin resolver. Ése era el momento de disipar cualquier tipo de duda y empezar de cero—. Necesito que sepas que nunca dudé de ti sino de mí. Pensaba que si te dejaba ir descubrirías que no era lo suficientemente bueno para seguir contigo. Tenía miedo de que te dieras cuenta de que no me necesitabas tanto como yo a ti. Y puedes estar segura cuando te digo que, en este momento, soy el hombre más feliz de la tierra. Y no porque vayamos a tener un bebé ni porque hayas decidido quedarte en Madrid, sino porque estoy tan seguro de ti y de mí que lo demás es un regalo que recibo con los brazos abiertos. Te quiero y creo que esto te demostrará que lo que estoy diciendo no es algo improvisado.

Me levanté buscando la chaqueta que había dejado en una de las sillas del salón cuando llegué pocas horas atrás. Rebusqué en el bolsillo y saqué la cajita de terciopelo negro con el anillo de pedida que había comprado el día después de hacer de canguro a la hermana de Álvaro. Si era cierto eso de que las mujeres querían ver actos y no palabras, éste era el momento de averiguarlo.

—¿Quieres casarte conmigo?

La idílica escena de amor se vio interrumpida por un estupefacto Álvaro que, preocupado por el tiempo que había pasado desde que nos dejó solos, había decidido subir para comprobar que todo estaba en orden.

—¿Se puede saber qué haces ahí arrodillado?

—¡Tú que crees! —y fingiendo cara de pocos amigos miré a María esperando su respuesta—. Y si no fueras tan inoportuno le habrías dado tiempo a responder.

—¡Está loco! —intervino María— Y yo también debo estarlo porque no rechazaría su propuesta por nada del mundo.

Y dicho esto se abalanzó sobre mí y terminamos rodando de felicidad por el suelo.

—Tortolitos. Dejad de sobaros y levantaos para que os pueda felicitar.

Ya en pie, nos abrazamos los tres celebrando la buena noticia hasta que, casi al unísono, nos quedamos en silencio. Aunque ninguno se atrevió a decirlo todos sabíamos que no sería una felicidad completa hasta compartirla con la única persona ausente, Rebeca. Retomando las riendas de la situación María trató de poner a Álvaro al día, contándole que esa mañana se había pasado por allí para explicarle a Rebeca que había decidido no acompañarla.

—Espera María, no te estoy entendiendo... ¿Qué tiene que ver que os caséis con el hecho de cancelar el viaje?

—Álvaro, la boda no es lo único que celebraremos en los próximos meses —y con una sonrisa que no le cabía en la cara anunció—: ¡Vamos a ser padres!

—¡Mi madre! —exclamó Álvaro como si el mundo se le estuviera cayendo encima.

rebeca

Ajena a las noticias bomba que estallaban en mi apartamento, traté de ocupar la mañana en disparidad de actividades y, entre ellas, comer con mi madre, a la que hacía diez días que no veía, fue sin duda la que más me reconfortó. Mi madre se había quedado viuda años atrás y después de un prudente periodo de luto había vuelto a ser la persona solar y divertida que me había criado. Durante la comida le puse al día sobre el viaje y acordamos que nos alcanzaría en algún punto del camino. La única condición era que se tratase de un destino con playa y que fuera lo más paradisíaca posible. Más tarde nos habíamos despedido como siempre, con un millón de besos de madre y con la promesa de que

comeríamos de nuevo juntas el día antes de mi partida.

Mientras paseaba camino de vuelta a casa me di cuenta de algo muy curioso. Durante la larga conversación que había mantenido con mi madre acerca del viaje, no había mencionado a María ni una sola vez. Quizás fuera porque tras su desaparición y su falta de noticias había terminado por preocuparme seriamente y una parte de mí se empeñaba en acallar lo que realmente creía de la situación: María se había echado atrás y no sabía cómo decírmelo. Y como si mis pensamientos hubieran despertado y llamado a la conciencia de mi amiga, un mensaje suyo me anunció que ya estaba de vuelta. Nos veríamos a la hora de la cena y aclararíamos todo el misterio en torno a su exilio rural.

maría

—¡Qué bien te veo! —me saludó Rebeca nada más verme dándome un abrazo que pareció durar horas. ¡Cómo la había echado de menos!—. Estás súper guapa.

—¿Tú crees?

—Sí, estás diferente, ¿qué te han hecho en ese pueblo? ¿Algún lugareño te ha subido la moral?

—Casi, casi... —y estallamos en carcajadas recuperando la sintonía que siempre había reinado entre nosotras—. Solo necesitaba pasar unos días fuera y recargar pilas. Tú, ¿qué tal? ¿Algo nuevo qué contarme?

—Nada importante. Mañana es mi último día de trabajo así que tendré casi una semana libre para rematar los últimos detalles del viaje. Por cierto, ¿cómo lo llevas tú? ¿Te queda mucho por hacer?

Como has estado fuera si necesitas un cable dímelo, ¿vale?

—Por mí no te preocupes, está todo bajo control —la tranquilicé consciente de la mentira que acababa de formular. ¡Qué horror! Era la primera vez, ¡vale, la segunda con lo de mi tía la del pueblo!, que le mentía a mi mejor amiga y me sentía realmente mal por ello, a pesar de que tenía mis motivos para hacerlo. Ya sabéis lo que se dice, ¡todo vale en el amor y en la guerra! Y creedme cuando os digo que mi pequeña omisión de intenciones era en nombre del amor.

—¡Menos mal! Estaba convencida de que esta noche me ibas a decir que habías cambiado de opinión y que al final cancelabas el viaje.

—Pero, ¿por qué?

—Imagino que estaba preocupada por tu desaparición... pero ya no importa. ¡No sabes cuánto me alegro de que no haya sido así!

—Supongo que es normal que le hayas estado dando vueltas... Lo siento mucho, no tenía que haber desaparecido de esa manera.

—¡Ya está todo olvidado! Lo más curioso es que estos días me he dado cuenta de algo importante.

Necesito este viaje más de lo que pensaba. Creo que aunque tú hubieras decidido quedarte lo habría hecho de todas formas.

—Me alegra saber que este viaje sigue siendo tan importante para ti. Y ahora cuéntame, ¿has sabido algo de Álvaro? —le pregunté cambiando de tema ahora que ya había resuelto la primera de mis incógnitas respecto a Rebeca.

—Pues no mucho. Aunque te encantará saber que ya no me da miedo admitir que estoy enamorada de él. Ya no lo niego, es evidente que estoy más colada por Álvaro de lo que lo he estado por ningún otro hombre.

—¿Y no vas a hacer nada al respecto?

—No tiene mucho sentido. Él ha dejado las cosas bien claras con sus acciones. Y si te soy sincera necesito tanto ese viaje que lo haría aunque las cosas hubieran sido diferentes y Álvaro y yo estuviéramos juntos. Todos estos meses y energía organizándolo todo han hecho crecer en mí un deseo que no voy a ignorar. Ahora no podría renunciar al viaje. Lo haría contigo o sin ti, con Álvaro o sin él.

<< *Las piezas iban encajando* >> dije victoriosa dirigiéndome al ser que empezaba a crecer en mi interior. No era la primera vez que lo hacía. De hecho desde que había tomado la decisión de ser

madre los monólogos con mi tripa eran muy comunes y cada vez más frecuentes. Le informaba de lo que iba a hacer, le contaba historias y le preguntaba qué prefería tomar para desayunar, comer o cenar a sabiendas de que aún no me podía responder. Sin duda alguna el embarazo había supuesto un gran cambio en mi vida y me había dado una gran certeza: ya nunca estaría sola. Esa personita que crecía dentro de mí era toda mía y de su padre, por supuesto. Cuando David me propuso matrimonio no podía creerme que al final todo fuese a salir bien... Bueno, todo, todo no, ya que en nuestro camino hacia la felicidad absoluta había un par de trabas con nombre propio: Álvaro y Rebeca, de las que me iba a ocupar personalmente. Ese par necesitaban un empujón y yo estaba dispuesta a dárselo.

Era increíble que en todo el tiempo que había pasado fuera esos dos no hubieran sido capaces de aclarar las cosas. Era como si se esforzaran por bloquear cualquier posibilidad de relación entre ellos a pesar de ser completamente perfectos el uno para la otra. ¡Con lo evidente que era que se querían! Hasta un ciego se habría dado cuenta de que Álvaro no había encajado muy bien la noticia de mi cambio de planes. Claramente se había alegrado por nosotros cuando le contamos lo de la boda y el bebé pero mientras digería toda esa información, se quedó blanco como la leche y algo me hacía sospechar que el principal motivo de su desolación era Rebeca.

Y en cuanto a mi mejor amiga, esta noche hemos ido a cenar juntas y nuestra conversación me ha dejado

claras dos cosas: que está dispuesta a hacer el viaje sin mí y que está irremediablemente enamorada de Álvaro. Y, para qué negarlo, ambas suponían buenas noticias para lo que llevaba tramando todo el día.

—¿Cómo están mis chicas preferidas? —me sobresalté al escuchar la voz de David que acababa de entrar en la habitación. Él volvía de cumplir una parte importante de la misión que me traía entre manos.

—¿Tus chicas?

—Sí, mis chicas... Porque esta cosita linda que vive dentro de ti va a ser una niña preciosa, tan guapa o más que su atractiva mamá.

—¡Zalamero!

—No puedes culparme por ser feliz y mucho menos por demostrártelo —y empezó a besarme el cuello mientras me abrazaba rodeando mi cintura.

—Espera. Para un momento —lo detuve cuando caí en la cuenta de algo que antes no estaba en la habitación—. ¿Y esa maleta?

—Pues esa maleta quiere volver a casa contigo. Quiere que seamos una familia desde hoy mismo.

—Dile a esa maleta que siempre ha sido parte de esta familia y que no le vamos a tener en cuenta que se haya marchado unos días. Eso sí, si alguna vez tiene la necesidad de volver a irse sola que tenga muy presente lo que se pierde —y le besé con tanta pasión que podría parecer que estaba sellando con fuego mi amenaza.

—La maleta dice que lo había echado mucho de menos pero que se alegra de que todo vuelva a ser como siempre. Bueno, mejor que siempre. Te quiero.

—Yo también te quiero —y cuando dejamos de besarnos me lancé de lleno a interrogar a David. -

¿Qué tal ha ido la cena con Álvaro?

—¿Porque no me cuentas primero qué es lo que te traes entre manos? Si estoy metido en el ajo, quiero saberlo todo.

—Ok, pero solo porque necesito información que solo tú puedes conseguirme.

—Estás muy sexy haciendo de chica Bond...

—Si yo soy una chica Bond... ¿tú eres James?

—Por supuesto. Y no sabes cuánto te va a costar sonsacarme esa información que tanto te interesa.

—Eso es pan comido... ¡ni Matahari en sus buenos tiempos lo haría mejor que yo!

Y qué queréis que os diga, hicimos un alto para sellar nuestra reconciliación con una pausada sesión del sexo más romántico y tierno que habíamos practicado hasta ese momento. Pero después, le hice el tercer grado a mi recién estrenado prometido para asegurarme de que mi plan para ayudar a Álvaro y Rebeca tenía alguna probabilidad de éxito.

—Cuéntamelo todo sobre Álvaro.

—¿Qué quieres saber?

—Sois amigos, ¿no?

—Sí.

—Bueno, pues empieza por ahí. ¿Cómo fue?

—Unos días después de nuestro incidente en casa de Rebeca me dieron unas entradas para ir al fútbol y poco más. Nos encontramos allí, él estaba con su cuñado y una cosa nos llevó a la otra. Nos fuimos de cañas y poco a poco fuimos intimando. Ahora soy casi de la familia. Conozco hasta a su hermana... y en cierto modo ella es la responsable de que estemos juntos. Así que le debemos mucho.

—¿Sí?

—Sí, fue ella la que me hizo ver lo que yo era incapaz de ver por mí mismo, la que me aconsejó que dejara de lado lo superfluo y antepusiera mi amor por ti. Ella me empujó a entrar en acción.

Créeme, fue una suerte que aparecieran en mi vida justo cuando más lo necesitaba.

—Recuérdame que le mande un regalo y, por supuesto, están invitados a la boda.

—Tranquila. Se lo podrás decir tú misma muy pronto. En cuanto Álvaro le cuente las novedades organizará una cena en su casa para conocerte. ¡Me apuesto lo que quieras!

—Iré encantada. Ahora sigue, ¿qué te ha contado Álvaro de Rebeca?

—No puedes pedirme eso... No puedo traicionar a un amigo contándole sus secretos más íntimos a mi amante futura esposa. Es como si le pidieras a un sacerdote que se salte el secreto de confesión.

—No, no es lo mismo.

—¿Y por qué?

—Porque si yo te digo que Rebeca está enamorada de él no estoy traicionando a nada ni a nadie.

Ella es mi amiga y quiero que sea tan feliz como yo, como nosotros. Y si Álvaro te ha dicho que también lo está de ella, entonces, debemos hacer algo. ¿No crees?

—Uhm... Veo que hay muchas Marías dentro de ti: Matahari, Celestina...

—¿Serás bobo! Llevo razón y lo sabes. Conozco la historia por Rebeca pero necesito la otra versión y solo tú puedes dármela.

—Está bien. Creo que por todo lo que me ha contado hasta ahora ella es la persona con la que siempre había soñado. Pero debe pensar que ha llegado en el momento equivocado así que antes de empezar algo serio con ella ha preferido poner distancia.

—¿Y cree que lo va a conseguir desapareciendo del mapa?

—Yo tampoco creo que sea la mejor manera. La verdad es que nadie lo piensa. Su hermana le ha insultado de mil maneras diferentes para que reaccione y se arriesgue pero él se mantiene frío como el hielo. Aunque, si tengo que ser sincero contigo, esta mañana cuando le hemos contado nuestros planes me ha parecido que ese hielo empezaba a resquebrajarse.

—Yo también lo pensé, pero necesitaba estar segura. Si es verdad lo que dices igual mi plan podría funcionar. Quizás podamos solucionar este entuerto antes de que sea demasiado tarde.

—A veces me das miedo... ¿qué es lo que has pensado hacer?

—Acércate —y entre susurros organizamos hasta el último detalle y jugamos a los espías el resto de la noche.

rebeca

Ya estaba todo listo. Las maletas estaban preparadas y solo faltaban unas horas para que empezara el año más excitante de nuestras vidas.

Antes de irme a la cama caí en la cuenta de algo muy absurdo. Durante el próximo año las llamadas telefónicas con María quedarían suspendidas... así que, honrando el santo sacramento de “la última llamada”, cogí el móvil y marqué su número. Como siempre charlamos distendidamente y, entre las muchas cosas que nos contamos, acordamos que a la mañana siguiente nos encontraríamos directamente en el aeropuerto. De ese modo cada una podría despedirse de su familia y “seres más queridos” sin agobios ni testigos.

—¿Seguro que es buena idea que vayamos por separado al aeropuerto? —le pregunté en un momento de dudas.

—¿Por qué no va a serlo?

—No sé, igual es una estupidez pero ¿qué pasaría si una de las dos perdiera al avión? María, la otra se plantaría en París sola y abandonada... y eso no sería divertido.

—No seas boba. Si eso ocurriera sería solo porque eres una gafe en potencia. No va a pasar nada, ¿vale? Te prometo que no estarás sola en París.

—Más te vale.

—¿Qué has sentido al dejar tu apartamento?

—¡Ha sido horrible! Cuando terminé de recoger las últimas cosas era como si le faltase alma

—confesé desde mi antiguo dormitorio en la casa de mi madre. Al final había cedido a sus ruegos y había accedido a pasar la última noche con ella. Es lo menos que podía hacer ya que le había prohibido acompañarme al aeropuerto—. Además, como el apartamento ya estaba listo para la mudanza de Álvaro me sentía una extraña en mi propia casa.

—Ya me imagino. Será una tontería pero ese apartamento ha sido testigo de demasiadas cosas y no he querido ni verlo. Prefiero recordarlo tal y como lo tenías decorado. Por cierto, ¿ya sabes cuándo se instalará Álvaro?

—La verdad es que no he hablado con él directamente pero David me dijo que se trasladará este fin de semana.

—Sé que es un poco tarde para preguntar esto pero hace unos meses tú misma me hiciste esta pregunta y quiero estar segura de que hacemos lo correcto. ¿Sigues queriendo coger ese avión mañana a pesar de haberme reconocido que estás enamorada de Álvaro?

—Pues claro. Nunca he estado más segura de algo. Si lo dices por lo del apartamento, solo es un poco de nostalgia. Pero tengo que reconocer que desde esta mañana siento en el estómago un hormigueo que me dice que algo bueno va a pasar. ¡Me siento viva de nuevo!

—Me alegra oírtelo decir.

—Es como volver a tener 15 años y experimentar los nervios de nuestro primer viaje juntas, ¿lo recuerdas?

—¡Como para olvidarlo! No dormí en toda la noche. Debí visitar el baño veinte veces de lo nerviosa que estaba. ¡Si hasta mi madre no quería dejarme ir porque pensaba que tenía gastroenteritis!

—Lo recuerdo como si fuera ayer.

—Y pronto recordaremos esta noche.

—Sí... y aunque parezca mentira ya ha llegado la hora. Esta noche estamos en Madrid y mañana nos espera la ciudad de la luz.

—¡Ah! París... —las palabras de María me llegaron a través del auricular repletas de nostalgia.

—Que duermas bien.

—Lo haré. Hasta mañana.

Di una última mirada rápida al escaso equipaje que reposaba a los pies de la cama y me acurrugué entre las almohadas, completamente convencida de que lo mejor estaba por llegar.

david

En la habitación que compartíamos María y yo, había escuchado con mucha atención la conversación que mi prometida había mantenido con su amiga. Aunque conocía sus planes y sabía que estaba fingiendo para ayudar a Rebeca, no pude evitar pensar que esa conversación hubiera sido real si no estuviéramos esperando un bebé y me pregunté si renunciar al viaje habría sido un sacrificio demasiado grande para María. Y como si ella pudiese leerme la mente se volvió hacia mí en cuanto colgó el móvil y me dijo:

—Te quiero y no cambiaría cien vueltas al mundo como ésa por la inmensa felicidad que siento estando con vosotros.

—Pero no sientes ni un poquito de envidia al no poder ir con Rebeca.

—No siento envidia. Tengo todo lo que quiero y como parece que necesitas volver a oírlo, te lo repetiré una vez más. Este bebé y tú sois el viaje más emocionante que me ha podido regalar la vida.

Cuando nazca el renacuajo ya tendremos tiempo de coger muchos aviones. Ahora lo único que me preocupa es que el plan acabe como hemos planeado. La única cosa que me da rabia perderme será la cara de Rebeca si todo sale como me imagino. Ay, ¡eso sí que me va a dar pena!

—Para compensarte, cuando todo esto acabe, te espera una pequeña sorpresa.

—¿Sí?

—Sí, pero será la guinda que ponga fin al pastel. ¿O es que piensas que tú eres la única capaz de mover los hilos?

—¿Qué es? Soy una mujer embarazada, tienes que decírmelo.

—No te pienso decir nada. Soy una tumba.

—¿Vas a poder vivir con la carga de haberme negado mi primer antojo?

—Por supuesto que sí.

—¿No te preocupa que nuestro bebé pueda salir con una marca de nacimiento que diga, "ésta es por culpa de papá"?

—Eso se llama chantaje psicológico y no pienso someterme.

—¿Qué tal has dejado a Álvaro? —pregunté rindiéndome.

—Bien, parecía muy seguro de lo que estaba haciendo.

—Eso es porque está haciendo lo correcto. ¿Cuándo vuelve?

—En una semana.

—No puedo esperar a que regrese y nos lo cuente todo.

—Mujeres...

rebeca

Ahora que estaba tan cerca, ahora que ya era una realidad sentía algo muy parecido al miedo. Imaginé que sería como el temor previo a la descarga de adrenalina que sienten los paracaidistas novatos cuando están en una avioneta preparados para lanzarse al vacío. Me sentía justo así, asomada a la compuerta de un aeroplano y a punto de saltar. Había llegado hasta aquí, sabía que tenía que hacerlo y lo mejor de todo ¡quería hacerlo! Echarse atrás sería factible pero yo quería saltar, iba a saltar.

En las últimas semanas habían sido muchos los momentos en los que habría sido mucho más fácil abandonar. La llegada de Álvaro fue especialmente dura para mí. Irrumpió en mi vida volviéndolo todo del revés y cuanto más lo conocía, más difícil me parecía tener que renunciar a él. ¡Cómo me hubiera gustado que compartiéramos juntos más tiempo! Me habría encantado averiguar pequeñas cosas sobre él como qué champú usaba, aprender a distinguir entre sus diversos cambios de humor, leer en su mirada... Ahora todo eso ya no importaba. No había podido ser y yo tenía que aceptarlo.

Llegados a este punto, lo que realmente contaba para mí era que, pese a todo, me sentía orgullosa y feliz porque había hecho algo por mí misma. Este viaje ya me había aportado algo muy valioso. Por primera vez, estaba llevando a cabo un objetivo que me había fijado yo misma, no uno socialmente impuesto como estudiar una carrera o encontrar un buen puesto de trabajo, sino uno de verdad, solo mío. Por eso, cuando el hastío de los últimos meses se había apoderado de mí, este viaje había sido lo único que me había empujado a seguir. Y estaba convencida de que aferrarme a él me iba a cambiar la vida y me iba a ayudar a encontrar el camino. << *Deseo irme para encontrarme*>>, pensé antes de salir de la casa de mi infancia.

El taxi ya había llegado y, tras saludar con la mano a mi madre que estaba asomada al balcón, entré en el vehículo y le pedí al taxista que me diese una pequeña vuelta por el centro de Madrid antes de llevarme al aeropuerto. Quería despedirme de las calles de mi ciudad y volver a ver todos mis rincones preferidos. Me debía un último paseo por la ciudad que tanto amaba. Quería recordar los motivos por los que debía regresar a casa antes de que empezase el momento de vivir nuevas experiencias.

El taxista me observaba desde el espejo retrovisor y por suerte para mí era uno de esos raros taxistas que no hablan. Siempre había pensado que si hubiera sido taxista me habría pasado la jornada laboral imaginándome la vida de los pasajeros y me regocijaba pensando en que durante unos minutos, exactamente los que duraría la carrera, yo formaría parte de sus historias. Tenía gracia, quizás aquel taxista tan callado estaba tratando de componer los trozos de una historia en la que yo era la protagonista. Tal vez pensaba que la mía era una historia triste aunque la realidad fuese que por primera vez en mucho tiempo me sentía feliz. La herida que me había provocado la decisión de Álvaro, aunque seguía abierta, terminaría curándose y eso me reconfortaba.

Seguí despidiéndome de la ciudad, empapándome de las imágenes que añoraría en la distancia y disfruté memorizándolo todo así, en movimiento.

Veinte minutos después ya estaba en el aeropuerto y equipaje en mano me dirigí a la facturación donde, con gran alivio, encontré a María.

—¡Hola! —nos saludamos.

—¿Me apuesto lo que quieras a que pensabas que iba a llegar tarde?

—Un poco sí. ¿Y David? ¿No ha venido a despedirte?

—Sí, pero le he dicho que se marchara ya. Yo ya he facturado, ¿te queda mucho?

—Ya ves, todavía hay seis por delante.

—Pues me adelanto para comprar unas revistas, ¿vale?

—Ok, espérame para pasar juntas el control de seguridad.

Ya en la puerta de embarque.

—¿Qué tal has dormido? —pregunté a María ansiosa por comprobar que yo no era la única emocionada con la aventura.

—Bien, aunque me desperté temprano.

—Dios, me parece mentira que lo estemos haciendo.

—Sí, ¿verdad?

—María ¿estás bien?, pareces más nerviosa de lo habitual.

—¿Es que tú no lo estás?

—Sí, pero... no sé, te noto extraña.

—Bueno, pues deja de pensar en mí y vamos a ir pensando en subir al avión.

—Tienes razón. Asusta un poco, ¿no?

—Créeme hay decisiones peores que tomar en la vida.

A nuestro alrededor algunos pasajeros colocaban su equipaje de mano sobre sus asientos mientras otros esperaban sentados leyendo la revista de la compañía aérea o el folleto de medidas de seguridad a la espera de que el embarque finalizara.

—Rebeca, déjame salir que necesito ir al baño —me dijo María repentinamente.

—Pero si solo quedan dos minutos para que esto despegue. ¿No puedes esperar?

—No, tengo que ir al baño, es una emergencia.

—No creo que la azafata te deje, pero si no puedes esperar...

—Voy a intentarlo.

María retrocedió hacia la cola del avión y cuando me giré para ver si la había podido convencer ya la había perdido de vista. ¡Desde luego, lo que no consiguiera esa loca! Estaba claro que se había camelado a la azafata, esa azafata que se colocó delante de mí y empezó a hacer posturas varias que indicaban dónde se encontraban las salidas de emergencia. "Dos delanteras, dos centrales y dos traseras". Esa misma azafata que se colocó la mascarilla y después el chaleco salvavidas y que, una vez acabada la demostración, recogió sus aparejos y se sentó colocándose el cinturón de seguridad.

Esa misma a la que no le importaba que María estuviera en el baño mientras el avión había empezado a ¡¡¡¡despegar!!!!

—Perdone —dije acercándome a la azafata una vez se apagaron las luces que obligaban a abrocharse el cinturón—. Mi amiga ha ido al baño antes de despegar. ¿Le importaría ir a ver si está bien? —le pedí intentando controlar mis ganas de estrangularla por su impasividad.

—Su amiga no está en el baño. Se bajó antes de despegar y me dio esta carta para usted.

La azafata me entregó un sobre que sin duda iba dirigido a mí. "Para Rebeca". Aquélla era la letra de María. La habría reconocido entre un millón. Volví a mi asiento, me coloqué el cinturón de seguridad y me preparé para leer el contenido de la misiva que María me había escrito.

Querida Rebeca,

"¡No me mates! Sé que en estos momentos te estarás preguntando por qué diablos me he bajado del avión sin decirte nada. Créeme cuando te digo que mentirte (u ocultar información) estos días no ha sido nada fácil para mí por varios motivos (no seas impaciente y sobre todo no te saltes ni una sola coma que más abajo descubrirás cuáles son). Espero que cuando acabes de leer esta carta te des cuenta de que todo lo he hecho por amor y que solo te he contado alguna que otra mentirijilla piadosa por necesidades del guion.

Como sé que te gustan las historias bien contadas, empezaré por el principio. El día que regresé del pueblo de mis padres fui derecha a tu casa para contarte algo que sin duda había cambiado mi vida revolucionándola. Probablemente pienses que soy muy bruta pero no encuentro otro modo de

decirlo: ¡Voy a ser mamá! ¿Te lo imaginas? Cuando la prueba de embarazo dio positivo no podía creérmelo. La noticia puso patas arriba mi mundo, estaba asustada, más bien tenía un miedo atroz y necesitaba tomar una decisión libremente, alejada de presiones. Por eso me tomé unos días y me marché con mi madre al pueblo. Y como me imagino que lo estarás pensando, sí, lo de la herencia era una bola aunque sí que estuvimos arreglando papeleos de la casa de mi abuela. (Ves, primera mentira piadosa).

Como bien recordarás, cuando planeamos este viaje hace un año lo hicimos buscando dejar atrás un tipo de vida que no nos satisfacía a ninguna de las dos. ¡Imagínate el shock cuando a tan solo un mes de nuestra partida me enteré de mi estado de buena esperanza! Nuestros planes se habían ido al traste y el destino, muy sabio, había decidido por mí. Aunque pensándolo bien, como la esencia de nuestro viaje había sido ¡que el azar decidiese!, eso era precisamente lo que me había ocurrido y el destino ya había hecho su trabajo antes de que yo cogiera ese avión. Una vez acepté mi embarazo todas las ansias, los ahogos y las angustias que había sentido en el pasado desaparecieron y sentía una felicidad inmensa por la aventura que me esperaba. ¡Había un bichito creciendo dentro de mí!

Por cierto, estoy de dos meses así que ¡solo faltan siete!

El caso es que volviendo al día que te fui a buscar, cuando llegué a tu casa tú no estabas pero me encontré con David y me di cuenta de que era la oportunidad perfecta para solucionar las cosas y contarle las novedades. Por una parte quería que tú fueras la primera en saberlo pero David es el padre de esta cosita y el amor de mi vida. ¡Ves, otra vez estaba ahí el destino poniéndome las cosas fáciles! David y yo estuvimos charlando bastante tiempo (te lo contaré todo con pelos y señales pero ahora voy al grano, ¿ok?) y decidimos empezar los tres de cero. Y ahora, si no tienes el cinturón abrochado agárrate porque este año tendrás dos citas ineludibles. ¡Me caso!

Por supuesto serás mi testigo de boda y como madrina del bebé (David cree que será niña, pero no me quiero hacer muchas ilusiones) tendrás la obligación de volver para el bautizo.

Como ves, todo lo que te he contado explica por qué estás sentada sola en ese avión pero no por qué he elegido este momento para confesarme contigo. El motivo es obvio: te conozco y me habrías usado como excusa para no hacer algo que te ha dado muchas energías este último año. Este viaje va a ser muy importante para ti. Temí que los nervios de última hora te traicionaran y que te dejaras arrastrar por las novedades.

Así que ahora disfruta del vuelo y concéntrate en todo lo que estás por descubrir sobre ti misma y sobre el mundo.

Por favor, cuando llegues a París llámame. Estoy deseando escuchar cómo me insultas durante diez minutos. Y quiero que sepas que bajo ningún concepto dejaré que cojas un avión de regreso.

¡Tienes que hacerlo por las dos!

Te quiero,

María.

P.D. Aún no hay fecha para la boda. Ya te iré informando. No te vas a librar de mí tan fácilmente.”

Doblé el papel y lo volví a meter en el sobre con mi nombre. Un único pensamiento me vino a la mente: << ¡Será cerda!, había dicho que no me iba a dejar sola en París.>>

Me costó unos minutos asimilar todos los cambios en la vida de María y de rebote en la mía propia.

¡Dios! Se iba a casar con David, estaba embarazada, y yo iba a ser tía. Y me invadió un sentimiento de paz al darme cuenta de que las cosas estaban como debían. En lo que a mí respectaba, simplemente, ya estaba más cerca de convertirme en una vieja solterona. Eso sí, cuando el bebé creciese siempre tendría a su tía Rebeca cerca. En los pocos minutos que hacía que conocía la noticia ya había decidido que le consentiría todos los caprichos, le haría galletas en las tardes de lluvia y muchas cosas más.

Suspiré y admití que la idea ya empezaba a gustarme. ¡Yo tía!

Sonreí ante mis propias ocurrencias y la positividad que se transmitía en la carta de María empezó a invadirme poco a poco. Quería reír y contarles a todos los pasajeros la feliz noticia. Tal vez al piloto no le importase anunciarlo por megafonía. "Estamos sobrevolando París, el sol brilla en la capital

francesa... la mejor amiga de nuestra pasajera 5C, va a ser mamá".

Había soñado mil veces con este viaje, con los lugares que visitaríamos, las personas a las que conoceríamos, las culturas que nos acogerían pero jamás había imaginado nada de eso sin María. Sin embargo, por algún motivo no me sentía en el lugar equivocado. María tenía razón en algo, si me lo hubiera contado antes no estaría llegando a París... y eso sí que hubiera sido un error. Tal y como me había pedido en su carta no regresaría hasta que tuviera que cumplir con mis obligaciones como dama de honor y madrina. No sería ningún problema modificar la ruta las veces que hiciera falta para adaptarme a las fechas de las ceremonias y, con suerte, me daría tiempo a llegar hasta China antes de que naciera el bebé.

Aunque María me había pedido que la llamara cuando llegara a París, una vez aterrizamos decidí esperar a estar en el hotel para poder hacerlo con calma. ¡Esa llamada no iba a ser breve!

Las puertas de la terminal de llegadas se abrieron y una docena de personas se agolpaban atentas a la salida de sus familiares, amigos o parejas. Segura de que nadie me esperaba, tiré de mi equipaje buscando el cartel que indicase la parada de taxis cuando una voz me saludó a mi espalda:

—Bienvenida a París.

—¿Álvaro?

Me quedé de piedra. Estaba totalmente inmóvil, bueno casi, ya que una lágrima brotó de mi interior y se deslizaba lentamente por mi mejilla. Viendo el panorama y consciente de que estábamos en medio de la terminal interrumpiendo el paso de todos los pasajeros y sus familiares, Álvaro se hizo cargo de la situación, me quitó el equipaje de las manos y me indicó el camino del parking donde nos esperaba un coche alquilado. Me abrió la puerta del nuevo modelo de Fiat con el distintivo de la agencia de alquiler y me invitó a entrar. Como yo seguí en plan autómatas y no era capaz de pronunciar ni una sola palabra, me abrochó el cinturón de seguridad y me dijo mirándome fijamente a los ojos:

—Espero que pese a tu silencio te hayas alegrado de verme.

Asentí con la cabeza. Entonces se dirigió al asiento del conductor rodeando el coche por la parte trasera y desde el espejo retrovisor pude ver que respiraba aliviado. Juro que quería hablar pero por primera vez en mi vida no sabía qué decir y lo peor de todo es que no se me ocurría ningún sitio en el que esconderme. Álvaro arrancó el coche y abandonamos los accesos al aeropuerto para adentrarnos en las calles de París.

—Apuesto a que te estarás preguntando qué hago aquí, ¿verdad? —asentí de nuevo—. Y antes de

que rompas tu silencio quiero explicártelo todo. Estas semanas me he comportado como un verdadero estúpido. He estado evitando acercarme a ti, pensando que así conseguiría alejar lo que siento. Y en realidad lo único que he logrado con ello ha sido desperdiciar un mes. He perdido un

mes en el que me habría gustado disfrutar de lo que teníamos. Me dio miedo enfrentarme a lo que estaba naciendo entre nosotros y pensé que la distancia podría impedir que lo que sentía siguiera creciendo. Necesito que sepas que los días que compartimos fueron hermosos, verdaderos.

—Pero... —intenté sin éxito articular una frase.

—Déjame acabar, por favor. Si no es demasiado tarde me gustaría pasar contigo esta semana. Es como si el destino me hubiera concedido una prórroga, una última oportunidad para demostrarte que no solo soy el hombre más estúpido del planeta sino también que estoy irremediabilmente enamorado de ti.

¿Enamorado? ¿Había dicho enamorado? O el mundo se estaba volviendo loco o aún seguía en mi

antigua cama de adolescente soñando antes de coger el avión a París. Tenía que ser eso. Era imposible todo lo que me estaba pasando en las últimas horas. Primero la boda y el embarazo de María y ahora Álvaro declarándome abiertamente su amor. Cerré los ojos con fuerza y conté hasta diez dispuesta a despertar de nuevo en el viejo dormitorio de la casa de mi infancia. Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos... Cuando los abrí la vi delante de mí: la Torre Eiffel. ¡Estaba en París! Me volví hacia Álvaro y traté de articular mi primera frase completa en tierras francesas.

—Tengo una pregunta.

—Menos mal que puedes hablar... —dijo aliviado mientras esperaba lo que le tenía que decir.

—La última vez que estuvimos juntos en mi casa te hice una pregunta.

—Sí, la recuerdo perfectamente.

—Pero no me contestaste, así que voy a volver a preguntártelo: ¿qué va a pasar cuando me vaya dentro de una semana?

—¿Aún no conoces la respuesta? —negué con un movimiento enérgico de cabeza, evitando hacer

pucheros—. Rebeca, te quiero y no renunciaría a ti ni aunque te fueses a la luna. Puedo esperarte el tiempo que haga falta. Ahora sé que la distancia no puede acabar con el verdadero amor. Eso sin contar que estaremos conectados todo el tiempo.

—Gracias a Dios, a Skype, WhatsApp... —dijimos al unísono.

—Y puedes estar segura de que apareceré a tu lado... cuando menos te lo esperes.

—¿Vendrás?

—Sí, pero no te diré ni cuándo, ni dónde. Así será más emocionante.

—¿Me quieres?

—Pues claro, boba.

Mientras esperábamos a que el semáforo en rojo cambiara de color le miré fijamente y en sus labios se dibujó esa sonrisa que tanto me gustaba y que me hacía perder el control. Atraída por el hechizo de sus labios que me reclamaban, me acerqué y le besé dulcemente. Solo el estruendo de docenas de cláxones nos hizo volver a la realidad. Cuando arrancamos de nuevo, entre carcajadas, añadí:

—Yo también te quiero.

maría

Misión cumplida. Rebeca estaba en París con Álvaro. Colgué el teléfono tras la larga charla que habíamos mantenido y me encaminé hacia el sofá donde David me esperaba.

—¿Era Rebeca?

—Sí, todo ha salido como lo habíamos planeado.

—Buena chica. Creo que ya es hora de darte tu recompensa.

—¿La sorpresa?

— Sí —me dijo David entregándome unas llaves y un sobre cerrado.

Ante mi mirada inquisidora enseguida me explicó:

—Son las llaves de nuestra nueva casa.

—¿Tenemos una nueva casa?

—Sí, pensé que al bebé le gustaría tener su propia habitación.

—¿Al bebé?

—Bueno, al padre también le gustaría poder disfrutar de su preciosa mujercita a solas...

—¿Y el sobre?

—Ése lo vas a tener que abrir para descubrir la sorpresa que esconde.

Ansiosa por saber qué contenía en su interior rasgué el sobre cuidando de no romper su contenido.

—¡Son dos billetes de avión a París con fecha de mañana!

—Los compré cuando fui a acompañar a Álvaro al aeropuerto. Será nuestro viaje de novios porque, aunque aún no estemos casados, creo que éste es el mejor momento para ir. Tal vez luego no podamos hacerlo por lo del embarazo y todo eso. Además no quiero que te pierdas estos días con Rebeca. Era el principio de vuestro viaje y debéis estar juntas.

—¿Y qué va a decir Álvaro?

—Él está de acuerdo conmigo. Y por cierto, tienes prohibido llamar a Rebeca para contárselo.

Ella aún no sabe nada e imagino que no querrás arruinarle la sorpresa.

—¡Gracias! No sabes cuánto te quiero... Bueno cuánto te queremos —dije acariciándome la tripita de dos meses.

—Y lo más importante, ¿no pensarías que iba a quedarme quieto dejando que faltases a la promesa que le hiciste a Rebeca? Recuerda que le juraste que no estaría sola en París.

—Y no lo está.

—Lo sé pero seguro que está deseando abrazarte y poder celebrar contigo todas las novedades.

Y fue así como Rebeca no estuvo sola en París y cómo sin faltar a nuestras promesas empezamos juntas el camino de nuestras nuevas vidas.

FIN

Sobre la autora

M^a Áng e le s Lópe z Rodríg ue z (Barcelona, 1976). Catalana de nacimiento, madrileña de adopción y ciudadana del mundo... pasó su infancia en su ciudad natal y su adolescencia en el sur de España. Con la mayoría de edad se trasladó a Madrid donde se licenció en Publicidad y Relaciones Públicas y cursó un Master en Gestión Publicitaria, ambos en la Universidad Complutense.

Tras un paso fugaz por el Departamento de Comunicación de una empresa de desarrollo de software informático, su verdadera carrera profesional empezó como Relaciones Públicas en el fantástico y caótico mundo de la moda. En las últimas dos décadas ha acumulado millones de anécdotas y millas en su pasaporte. Ha trabajado para numerosas firmas de lujo y diseñadores de moda, a la vez que conocía a infinidad de personajes del mundo del cine, la música y la cultura, nacionales e internacionales.

Amante de la lectura y devoradora de historias, hace quince años escribió su primera novela, *Apuntes*, que permaneció en un cajón hasta hace unos meses cuando una incipiente necesidad por el CAMBIO con mayúsculas le llevó a rescatarla. Ahora *Apuntes* es “Cuando menos te lo esperes”, una apuesta hacia el cambio que todos necesitamos y una respuesta a las encrucijadas que la vida pone en nuestro camino.

Para más información visita la página web de la autora:

www.mariaang e le slope zrodrig ue z.com

Agradecimientos

Gracias a Alessandro por mostrarme la vida desde otro punto de vista, por obligarme a parar y por ayudarme a encontrar el camino. Te quiero.

Gracias a todos los que leyeron *Apuntes* por primera vez y me animaron a escribir. Aunque nuestros caminos se hayan separado, nunca olvidaré el entusiasmo con el que leísteis la primera versión. Fuisteis un buen comienzo...

Gracias especialmente a Iván. Entre tus muchas locuras creíste en mí y, aunque nunca llegamos a convertir *Apuntes* en una obra de teatro, siempre te recordaré.

Gracias a M^a Eugenia, nuestra amistad me inspiró la simbiótica relación entre las dos protagonistas. María y Rebeca tienen algo, o mucho, de los años que compartimos. Los hechos son distintos pero los valores de la amistad siguen intactos.

Gracias a los que habéis leído *Cuando menos te lo esperes* con mirada crítica, olvidándoos que sois mis amigos y mi familia.

Todos vuestros consejos, opiniones y sugerencias han sido de gran ayuda.

Gracias a Patricia, mi gallega del alma, por regalarme su visión de la novela para la portada. ¡Cree en ti tanto como lo hago yo!

Gracias a Rocío y Adrián por sus “correcciones”, por su tiempo y por sentir este proyecto como suyo. Os quiero mucho.

Gracias a mi familia por no llamarme loca cuando cambié de rumbo y por apoyarme siempre, haga lo que haga.

Y gracias a todos los que tenéis este libro en vuestras manos y habéis invertido vuestro tiempo en soñar conmigo.



Marzo 2016

www.mariaangeleslopezrodriguez.com

[1] **Pretty Woman**: comedia romántica **estadounidense** protagonizada por Richard Gere y Julia Roberts que narra la historia de amor entre un multimillonario y una prostituta.

[2] **Harry**: protagonista masculino de la comedia romántica *Cuando Harry encontró a Sally*, interpretado por Billy Crystal, que cuenta la historia de una pareja y las vicisitudes del amor a lo largo de años, con Nueva York como testigo.

[3] **Sally**: protagonista femenina de la comedia romántica *Cuando Harry encontró a Sally*, interpretado por Meg Ryan

[4] **300**: película épica-de acción que cuenta la batalla de las Termópilas, estrenada en el año 2007 y dirigida por Zack Snyder. Es la adaptación cinematográfica de la serie homónima de cómics de Frank Miller.

[5] **¿Por qué lo llaman amor cuando quieren decir sexo?** : comedia española protagonizada por Verónica Forqué y Jorge Sanz, dirigida por Manuel Gómez Pereira y estrenada en 1993.

[6] **Campanilla**: personaje ficticio de la novela *Peter Pan* que representa un hada en ocasiones malcriada que está enamorada de Peter.

Document Outline

- [david y maría](#)
- [rebeca](#)
- [álvaro](#)
- [todos](#)
- [álvaro y rebeca](#)
- [david y maría](#)
- [todos](#)
- [Sobre la autora](#)
- [Agradecimientos](#)